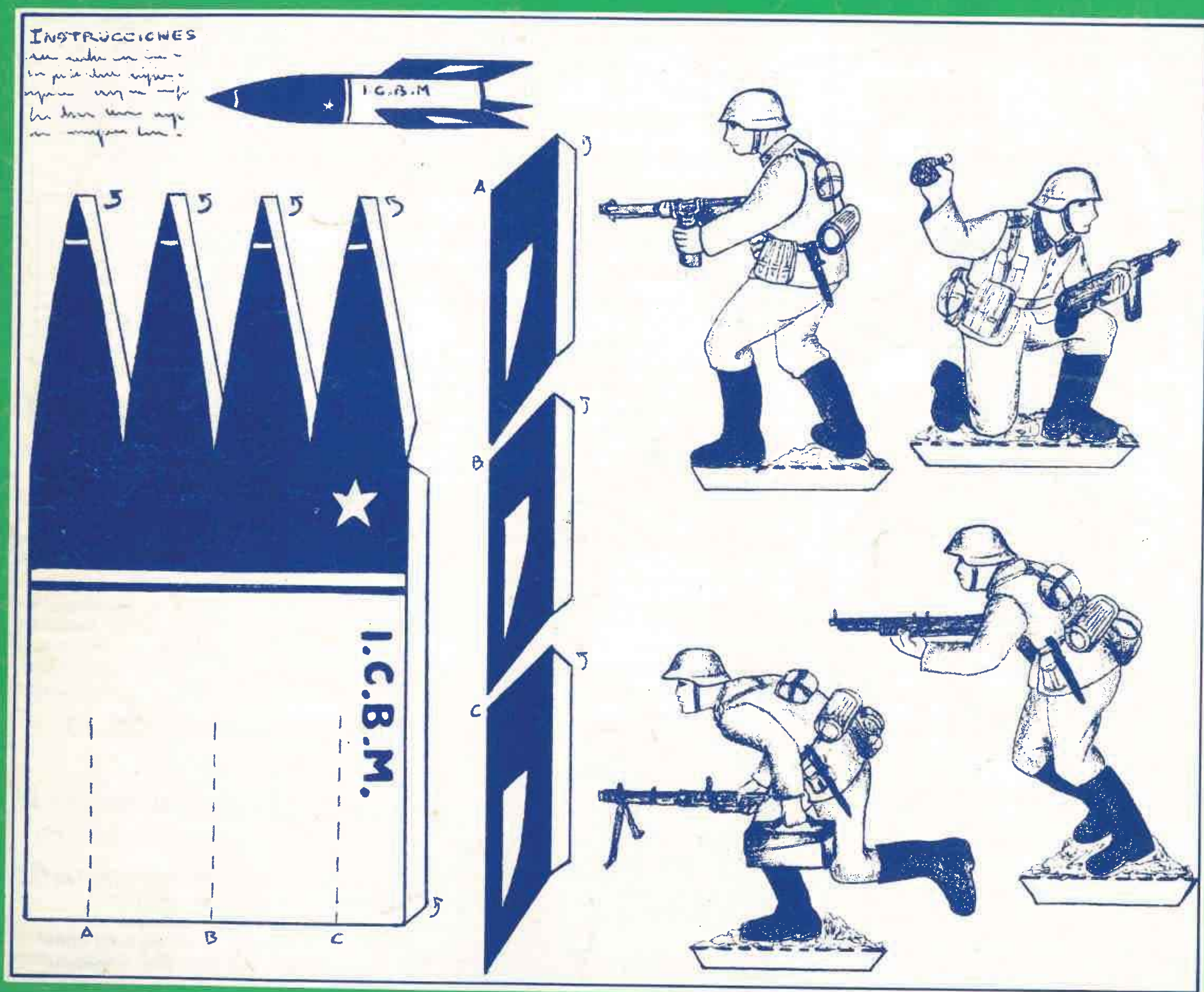
mensual / febrero 1981
nueva serie / número 19
ESPAÑA: 100 Ptas.

inprecor

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press



¿Quién es el responsable de la carrera de armamentos?

EL SALVADOR: LA OFENSIVA

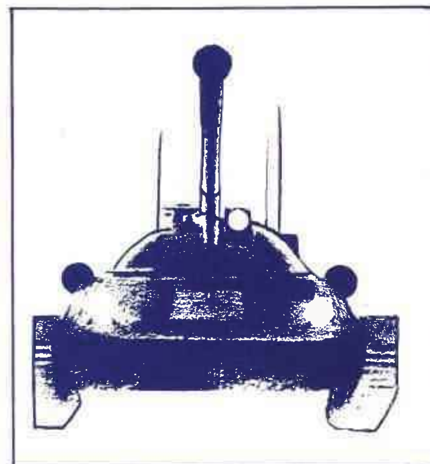
Sumario

El Salvador

Ha comenzado la ofensiva general contra la Junta

A finales de diciembre de 1980 se abrió una nueva etapa de la revolución salvadoreña: las fuerzas revolucionarias han lanzado un ataque de gran envergadura contra la criminal dictadura militar. Presidida por Napoleón Duarte, que dirige la Organización Demócrata-Cristiana Americana (ODCA), la Junta es directamente responsable del asesinato de unos 13.000 civiles en el único año de 1980. El resultado del enfrentamiento en curso depende en buena medida de la capacidad de quienes se oponen a una intervención imperialista para impedir que tenga lugar. La solidaridad activa con la revolución salvadoreña es por tanto la tarea número uno del movimiento obrero a escala mundial.
Página 4 •





Quien es el responsable de la carrera de armamentos?

Desde 1945 han venido agitándose las amenazas de guerra de una forma periódica —muy especialmente en Europa y los EE.UU.—, pero sin duda jamás tanto como hoy. Este despliegue de la propaganda militarista, con la que se trata de cubrir ideológicamente el relanzamiento de la carrera de armamentos por parte del imperialismo, pede tener consecuencias negativas —si no se le combate— para la evolución del nivel de conciencia de las masas en varios países. En este artículo se trata de iniciar la reflexión en torno al contexto militar internacional a comienzos de los años 80.
Página 7 •

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria
(IV Internacional)

apdo. de Correos, 50.370
(Cibeles) Madrid
Imprime Ratlles. Mallorca, 206
Barcelona Dep. Leg. 40029/79



Polonia

La crisis social desemboca en una crisis política abierta

Ultimamente han vuelto a proliferar los choques entre la clase obrera polaca y el poder burocrático. Han tomado un cariz abiertamente político. Aunque estos conflictos estén ya inscritos en las huelgas de julio y agosto de 1980, y sobre todo en los acuerdos con que terminaron, su aparición modifica considerablemente la situación.
Página 22 •

el debate en el movimiento obrero polaco

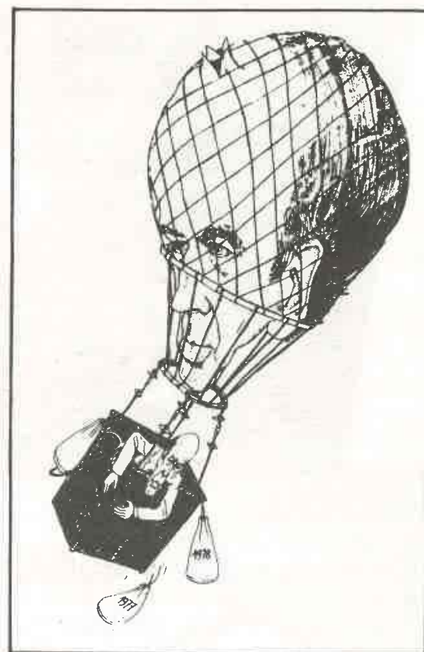
Durante sus primeros meses de existencia, los sindicatos independientes *Solidarnosc* han tenido que concentrar todas sus energías en la lucha contra los ataques y golpes bajos de la burocracia. Esto explica en gran parte el retraso en la discusión colectiva en torno a la elaboración programática. En este sentido, los textos que se publican en este número de INPRECOR —y en el siguiente— no son sino un inicio de reflexión, una formulación incipiente de la estrategia del movimiento.
Página 25 •

Brasil

Las estrechas puertas de la "liberalización" y la construcción del Partido de los Trabajadores

En Brasil se está gestando una de las situaciones más explosivas de América Latina en el próximo periodo. Por su peso y su grado de organización, la clase obrera brasileña está llamada a desempeñar un papel fundamental para el futuro del movimiento obrero y popular latinoamericano. Publicamos aquí un amplio informe sobre la crisis de la dictadura, la recomposición del movimiento de masas y las tareas de los revolucionarios en la situación actual.
Página 29 •





Francia

El PCF y las elecciones presidenciales

La situación política en Francia ya está dominada por las elecciones presidenciales, que tendrán lugar en marzo-abril de 1981. Los partidos ultiman sus preparativos (designación de sus candidatos, temas de la campaña, preparación del material de propaganda...), los medios de comunicaciuón le consagran ya muchos espacios, proliferan las reuniones y manifestaciones. Publicamos aquí un primer artículo sobre el tema.
Página 36 •





El Salvador

Ha comenzado

EL 13 de diciembre, el Frente Martí de Liberación Nacional (FMLN) anunció el lanzamiento de una nueva fase de la ofensiva político-militar contra el régimen. Desde el 25 de diciembre han empezado a desarrollarse, en diversos departamentos de El Salvador, enfrentamientos en que participan millares de combatientes de las "fuerzas regulares de la guerrilla".

El FMLN ha advertido a las masas trabajadoras que *"hay que prepararse para la ofensiva final contra el régimen existente"* y que *"cada uno tendrá que desempeñar su papel en las barricadas, en las trincheras, en la huelga general o en el combate"*.

El 2 de enero de 1981, el Frente Democrático Revolucionario (FDR) llamó a la población a la insurrección. El 6 de enero, en las ondas de *Radio Liberación,* la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) del FMLN lanzó un llamamiento para preparar la huelga general política.

De paso por México, Salvador Cayetano Carpio, uno de los cinco dirigentes de la Comisión Ejecutiva del FMLN, declaró: *"El aspecto radical de nuestro proceso tiene raíces históricas, y la más conocida es la masacre de 30.000 campesinos, en 1932, por el ejército, ejército que prácticamente no ha abandonado el poder desde entonces. Se explica también por el enorme porcentaje de parados, por el peso específico y muy importante de los asalariados en la población activa, por cincuenta años de una tiranía militar que siempre ha defendido a los patronos"*.

Una Junta en crisis

En los meses de octubre y noviembre de 1980, la Junta lanzó una importante operación contra los combatientes revolucionarios en los departamentos de Morazán, San Vicente y Chalatenango. Esta ofensiva fracasó. Las fuerzas revolucionarias demostraron en esta ocasión una capacidad de combate que provocó vacilaciones en las filas del ejército.

Si las fuerzas gubernamentales no pudieron destruir el potencial militar del FMLN, a cambio multiplicó las masacres ciegas de las poblaciones campesinas. Fueron las masacres de este tipo que, en Nicaragua después de septiembre de 1978, empujaron a miles de jóvenes trabajadores y campesinos a unirse a las fuerzas combatientes de los revolucionarios.

A comienzos de diciembre uno de los dirigentes del FMLN, Schafik Handal, declaraba, en una conferencia de prensa clandestina celebrada en San Salvador: *"Se puede afirmar que nuestras fuerzas guerrilleras*

A. DURET

...a ofensiva general ...ontra ...a Junta

han reconquistado sus posiciones en Morazán y San Vicente".

El fracaso de la campaña de Otoño, para las fuerzas armadas regulares, traduce también la falta de impacto entre la población de la reforma agraria que debía impulsar la junta; el ejemplo del departamento de Morazán es muy significativo a este respecto.

En este contexto, a comienzos de diciembre, en la Junta se abre una profunda crisis. Se multiplican los choques entre las diversas fracciones que la componen.

El secuestro y posterior asesinato de varios representantes públicos del FDR acentúa esta crisis, que desemboca en la expulsión de la Junta del coronel Majano. Su salida contribuye a agrietar el edificio político y militar de la clase dominante.

En efecto, Majano había metido en la Junta a José Rodolfo Veira, uno de los dirigentes de la Unión Campesina Salvadoreña (UCS) y también del ISTA (Instituto de la Reforma Agraria). La salida de Majano impulsó a Veira a distanciarse con respecto a la Junta, lo que ha reducido aún más la base social de ésta.

Veira ha sido asesinado el 4 de enero, y Majano ha acusado formalmente a la Junta de ser responsable de este asesinato.

Paralelamente, en el seno del propio ejército, sectores de jóvenes oficiales afirman su oposición al comandante Jaime Abdul Gutiérrez, y su vinculación al coronel Majano. Este no dejará de desafiar al gobierno y a finales de diciembre reconoce públicamente al pueblo el "derecho a la insurrección".

Todo ésto contribuye a minar la credibilidad política de la junta. Un solo hecho revela la amplitud de la pérdida de confianza en el seno de la clase dominante: según el director del Banco Central, 1.500 millones de dólares han dejado ya el país...

Una ofensiva preparada

La ofensiva del FMLN que se desarrolla actualmente saca beneficio de esta crisis y se apoya en una serie de elementos favorables.

En primer lugar, la unificación definitiva de las fuerzas revolucionarias se realizó en Octubre de 1980. Así se forma una dirección reconocida por la gran mayoría de las clases trabajadoras, y por tanto apta para conducir una auténtica guerra revolucionaria, que pueda combinar acciones militares, huelgas e insurrecciones.

Además, con ocasión de la huelga general de Agosto y de los múltiples enfrentamientos de Otoño, las fuerzas revolucionarias no sólo pudieron crear órganos unitarios en la base, en las ciudades, sino que pudieron llevar a cabo su preparación militar de forma considerable.

Las fuerzas de liberación se componen ahora de tres elementos: tropas regulares, grupos guerrilleros y embriones de milicias urbanas. El FMLN dispone de un armamento mucho más completo que antes. Como prueba, en la tercera semana de Diciembre logró destruir con morteros y bazocas, numerosos aviones del ejército del aire salvadoreño que estaban estacionados en una de las bases militares más protegidas del país.

Asimismo, la artillería antiaérea de que dispone ahora le ha permitido derribar un avión que bombardeaba con napalm una concentración de combatientes en la región de Guazapa a una treintena de kilómetros de la capital San Salvador.

Radio Liberación emite regularmente, desde comienzos del mes de Enero en onda corta, de 6 a 8 horas de la mañana y de 18 a 20 horas de la tarde, lo que facilita la integración de amplios sectores de la población en la lucha, así como la coordinación de las operaciones militares. El FMLN se ha lanzado también a una vasta campaña en el plano político y diplomático.

Tenía que responder a las maniobras del secretario de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, Arístides Calvani, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Venezuela, que viene desplegando sus esfuerzos por asegurarle a Napoleón Duarte el apoyo internacional de los demócratas cristianos. El FDR ha obtenido importantes victorias en el plano diplomático —particularmente entre las fuerzas socialdemócratas— para aislar a la Junta, cuya autoridad y prestigio internacional han declinado considerablemente tras el asesinato de 4 monjas norteamericanas.

Guillermo Ungo, miembro de MNR (socialdemócrata) es nombrado a la cabeza del FDR. Ha anunciado la próxima creación de un gobierno democrático revolucionario (GDR). La formación de este gobierno debe acentuar tanto la crisis de la Junta como afirmar un polo alternativo en el plano nacional e internacional, en el momento de la última fase de la ofensiva.

Ya se ha lanzado un llamamiento a los funcionarios para que se pongan del lado del FDR. No cabe ninguna duda que aprovechando las vacilaciones creadas en el Ejército por la salida de la Junta de Majano, próximamente se lanzará un llamamiento directo a los militares; podría hacerlo el propio Majano, incluso en el marco político creado por el FMLN.

El quinto punto del programa anunciado por Salvador Cayetano Carpio, a su paso por México, es bantante explícito a este respecto: *"El GDR formará un ejército de nuevo tipo, integrado por el ejército popular revolucionario y por los grupos de individuos sanos y patrióticos que se encuentran entre los soldados y oficiales del ejército actual. Los que abandonen ahora al gobierno quedan invitados a discutir la formación de un nuevo gobierno".* En su ofensiva de Junio de 1979, contra la dictadura de Somoza, el FSLN había empleado fórmulas análogas.

La dirección del FMLN no pretende crear zonas liberadas. Multiplica las acciones amplias en un número creciente de departamentos. Las fuerzas guerrilleras ya han ocupado, durante un tiempo, limitado, diversas aldeas.

El FMLN trata de combinar este tipo de acciones militares con la preparación de la huelga general —en la que las fuerzas sindicales vinculadas al FDR constituyen la columna vertebral—, la insurrección en las ciudades y la proliferación de las acciones guerrilleras en todo el país. El diario *El País* de Madrid, indica el 9 de enero de 1981 que el ejército regular ha tenido que renunciar a rodear las fuerzas guerrilleras en la región de Guazapa.

Los portavoces del FMLN afirman que se expresan ya numerosos signos de desmoralización en el seno de las tropas gubernamentales, y que es este factor el que está en el origen de la creciente utilización de mercenarios por el Estado Mayor.

Las amenazas imperialistas

Pero la existencia de estos mercenarios

refleja también otra realidad: el imperialismo norteamericano, las fuerzas reaccionarias de América Central y América Latina, están dispuestos a prestar todo su apoyo a la Junta y a asestar un duro golpe al ascenso revolucionario en América Central.

La cooperación es cada vez más estrecha, entre los ejércitos salvadoreño y hondureño. Aviones salvadoreños ametrallan a los campesinos pobres, refugiados en la frontera con Honduras. Entre las fuerzas salvadoreñas hay consejeros militares norteamericanos; algunos periodistas han confirmado esta noticia —dada por el FMLN—, y la embajada estadounidense en El Salvador mantiene el silencio al respecto.

Además, no cabe duda que entre las filas de las fuerzas represivas salvadoreñas hay miembros de la antigua guardia nacional somocista; lo que refleja los estrechos lazos existentes entre las fuerzas militares de Guatemala —donde está "refugiada" una buena parte de la antigua guardia nacional nicaragüense— y de El Salvador.

Para el imperialismo norteamericano y sus aliados, no sólo se trata de golpear a la revolución salvadoreña, sino de quebrar el ascenso revolucionario en toda América Central. Los principales consejeros de Ronald Reagan para América Central han escrito en la revista *Washington Quarterly: "En el caso de El Salvador, Guatemala y Nicaragua, la salvaguardia de estos países residía en el apoyo resuelto de los Estados Unidos al sector privado, y en la participación activa de los hombres de negocios en el gobierno. Para aplicar estos principios a Nicaragua, hay que derrocar evidentemente el régimen sandinista existente"*.

A finales del mes de noviembre, la Alianza Productiva, la organización patronal de El Salvador, visitó al nuevo presidente electo Ronald Reagan. Informó que éste estaba a favor —al igual que ellos mismos— de una "solución militar a la crisis", cosa que la administración Carter no ha hecho sino preparar con la ayuda masiva prestada a la Junta.

Para tratar de legitimar una intervención que respondiera a una "petición de la Junta", las agencias de prensa norteamericanas presentan la ofensiva actual, bajo la dirección del FMLN como producto de un complot internacional: *"Los Estados Unidos afirman que han sido entrenados* (los combatientes del FMLN) *en Nicaragua, por la Organización para la Liberación de Palestina, y que han recibido dinero y armas de Vietnam, Cuba, Libia e Irak"*.

De este modo se perfila una nueva prueba de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución en América Central. En Nicaragua, la dirección del FSLN es consciente de ello. El 28 de diciembre, Tomás Borge, uno de los nueve comandantes de la revolución, reafirmó una vez más la solidaridad del pueblo y de los revolucionarios nicaragüenses con el pueblo salvadoreño y su vanguardia.

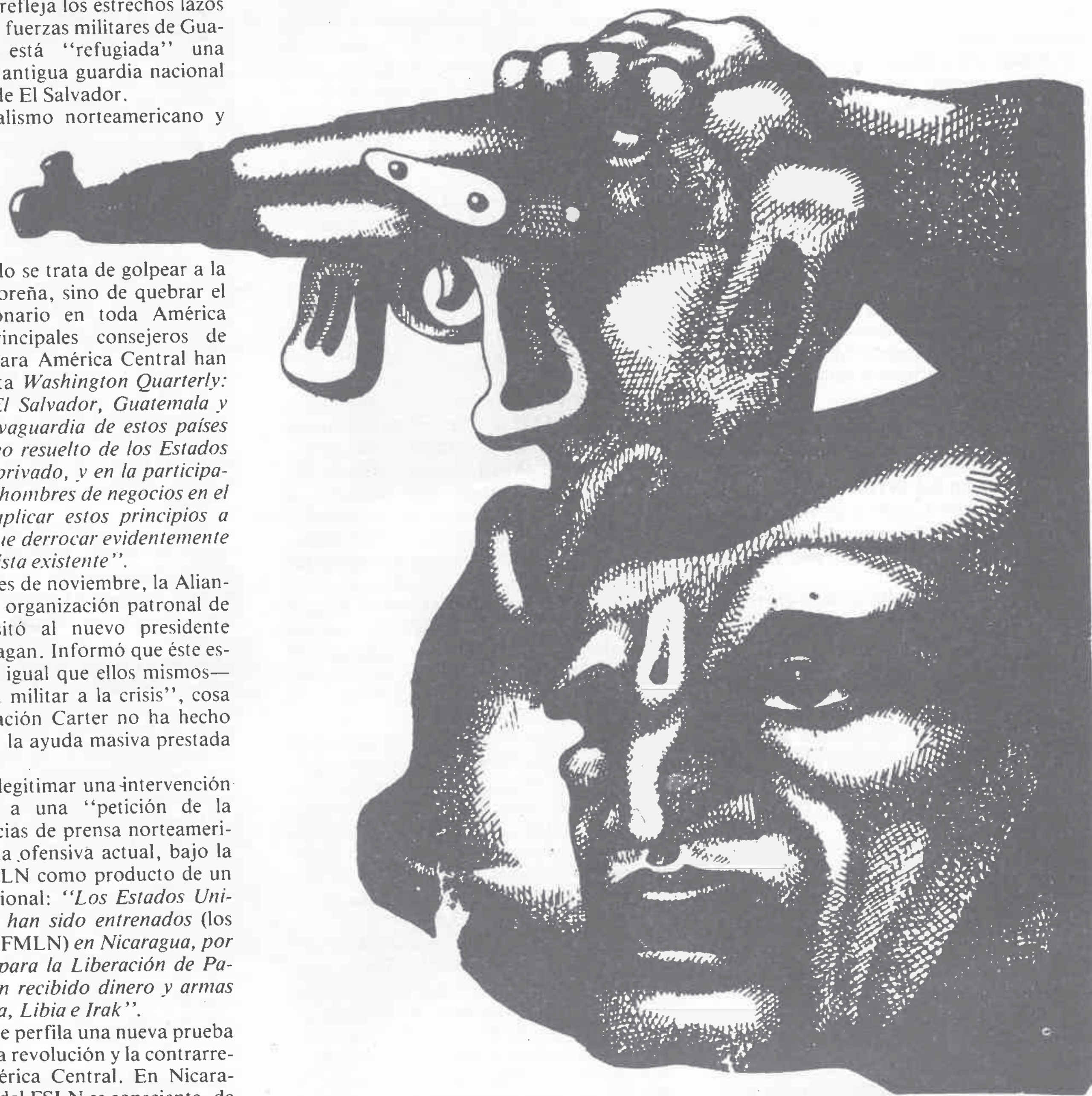
En el II Congreso del PC cubano, que tuvo lugar en el mes de diciembre, Fidel Castro ha afirmado lo mismo. Sin embargo, puso el acento, con toda la razón, en la voluntad del imperialismo norteamericano y de sus aliados en la región de ampliar su intervención directa e indirecta en América Central. Washington lo hace todo por evitar que el pueblo salvadoreño pueda hacerse con las riendas de su propio destino.

El resultado de los enfrentamientos depende en buena parte de la capacidad de todas las fuerzas que se oponen a una intervención imperialista para impedir su materialización. La solidaridad activa con la revolución salvadoreña es por tanto, actualmente, la tarea número uno del movimiento obrero a escala mundial.

¡Ni un céntimo, ni un arma, ni un soldado para la Junta!

¡Ruptura de todas las relaciones con la Junta de el Salvador!

¡Por la victoria del FMLN! ■



¿Quién es el responsable de la carrera de armamentos?

Jean Louis Michel

Siempre en nombre de la pretendida superioridad militar de los países del Este, los belicistas norteamericanos y sus aliados de Europa Occidental tratan de justificar sus preparativos de guerra. Esta argumentación se expresa ora en forma de una recopilación de cifras más o menos trucadas o parciales —cosa que se ha convertido en verdadera especialidad de los medios de comunicación occidentales—, ora en forma de una exposición de la doctrina militar oficial, de la OTAN por ejemplo —cosa que aparentemente es más sutil—.

En ambos casos, el objetivo es el mismo: lograr que la comprensión de los "problemas militares" resulte inaccesible a las masas, y obtener de este modo una especie de cheque en blanco permanente para los centros de decisión de la burguesía.

La comparación de los potenciales militares debe abordarse a la luz del desarrollo global y comparado del conjunto de fuerzas productivas en Occidente y en el Este. El *boom* nuclear, hecho predominante de los últimos 30 años, en la medida en que moviliza un enorme potencial humano, tecnológico y científico, refuerza aún más este tipo de enfoque.

En efecto, ¿cómo no destacar la contradicción que muestra la política norteamericana hacia el Este, cuando por un lado Washington pretende limitar la exportación de tecnología occidental con destino a la URSS, y por otro afirma que existe una amenaza soviética, derivada de un pretendido desequilibrio de potenciales militares que supondría un retraso occidental en materia científica, tecnológica e industrial?

Y lo que es cierto con respecto a la tecnología aplicada al armamento, lo es tanto más en relación al potencial humano capaz de emplear este armamento en una guerra moderna. Todos los análisis que concluyen que existe una simple paridad entre el Este y Occidente, en el terreno de la carrera armamentística, tienen por lo general en común el hecho de ignorar el desarrollo comparado de las fuerzas productivas de ambos bloques, que sigue siendo muy favorable a los occidentales.





EN muchos terrenos, la comparación Este-Oeste sólo puede establecerse incluyendo en cada uno de los bloques las fuerzas de los países aliados directos de los dos principales protagonistas, en el marco de los respectivos pactos militares, a la sazón la OTAN y el Pacto de Varsovia. Las fuerzas de los demás Estados —con la única excepción de Francia, potencia nuclear de pleno derecho— no alterarían notablemente los datos del problema, máxime cuando se constataría sin duda la misma tendencia a la superioridad del potencial militar del imperialismo frente al de la burocracia.

Los expertos militares distinguen tres categorías de criterios a la hora de evaluar la relación de fuerzas Este-Oeste. El primero consiste en la "comparación cuantitativa", que contrapone columnas de cifras sin mucho significado: tantos hombres, tantos tanques, tantos aviones o cohetes, etc.

El segundo, complemento indispensable del primer criterio, afecta a un aspecto más serio, la "comparación cualitativa", o dicho de otro modo, el intento de evaluar el carácter operativo de los datos cuatificables en un momento dado y en un espacio con determinadas condiciones. Entre los factores que deben contemplarse en este caso, hay que mencionar —sin pretender ser exhaustivos— la moral de la tropa, la doctrina militar táctica o estratégica, la capacidad efectiva de la reserva, el mantenimiento del material y muchos factores más.

El tercer criterio afecta a lo que ha venido en clasificarse bajo el epígrafe de las "intenciones": es lo que llamaríamos el análisis concreto de la situación concreta, en términos políticos.

Este es el método que aplican los expertos de la burguesía, pero en general los estudios de este tipo están reservados para las altas instancias de los Estados burgueses y no para los mortales comunes, para quienes se **destila una propaganda que no por muy grosera es menos eficaz.**

Este lenguaje doble de la burguesía constituye una dificultad para los marxistas, en la medida en que al dirigirnos a las masas, debemos responder punto por punto a la propaganda mentirosa de los círculos imperialistas, sin dejarnos engañar, sin embargo, **por el discurso militar oficial, aparentemente más serio, pero que lleva muchas veces a un callejón sin salida.**

Por ejemplo, en el contexto actual, tenemos que demostrar que la pretendida superioridad soviética no es más que un señuelo que sirve de pretexto para relanzar la carrera armamentística; pero al mismo tiempo se trata de comprender que la superioridad militar, ésta muy real, de los occidentales, no está en modo alguno en contradicción con el desarrollo de una crisis de dirección importante del imperialismo a escala internacional, que paraliza en buena medida su capacidad estrictamente militar.

Sólo el marxismo permite orientarnos frente a esta situación a nivel internacional. Si *"la guerra no es sino la prolongación de la política por otros medios"*, podemos citar sin duda también a Clausewitz en relación a las doctrinas militares, incluso en la era nuclear: *"Es posible,* escribía en su época, *que no resulte imposible elaborar una teoría sistemática de la guerra, rica en ideas y de gran trascendencia, pero las que existen en este momento están muy lejos de ello. Sin hablar ya del espíritu acientífico que las preside, no son sino una trama de banalidades, de lugares comunes y desatinos, por mucho que pretendan ser coherentes y completas"*.

La equivalencia, en tela de juicio

En mayo de 1979, un informe de la Comisión de Defensa y Armamentos de la UEO (Unión de Europa Occidental) estimaba: *"Una comparación de todos los potenciales muestra que la Alianza del Atlántico Norte dispone, a nivel mundial, y teniendo en cuenta todos los factores, de un potencial defensivo que sigue siendo capaz de hacer frente con eficacia al del Pacto de Varsovia. Ni la OTAN, ni el Pacto de Varsovia, pueden tratar de alcanzar, por la vía militar, objetivos políticos agresivos dirigidos contra la otra alianza. Ningún bando es sensible a la presión"*.

A comienzos del año 1980, el secretario de Estado norteamericano para la Defensa, Harold Brown, llegaba a la misma conclusión: *"Es un error pensar que en estos momentos una guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética pueda ser ganada por un bando u otro"*.

Finalmente, en el mes de junio pasado, el general Rogers, comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN, observaba también: *"Si se considera nuestra estrategia de respuesta graduada, que requiere una gran* ***competencia a todos los niveles— clásica,*** *armamento nuclear de teatro o estrategia nuclear—, la Unión Soviética no puede estar segura en ningún caso de que un ataque contra Occidente no recibirá inmediatamente una respuesta atómica. Sin embargo, no puedo creer que un ser razonable, prudente, preocupado por el interés de su país, pueda hacerle correr semejante riesgo de destrucción"*.

Los círculos oficiales imperialistas coinciden en reconocer que "en la situación actual" no existe ninguna superioridad global de las fuerzas del pacto de Varsovia. Es cierto que afirmar lo contrario, con fines de propaganda, implicaría el riesgo de quitarles toda credibilidad. Sin embargo, la "ventana de la vulnerabilidad" podría entreabrirse para la OTAN, en un futuro más o menos próximo. Esta es la tesis de las capitales occidentales. El estudio de los diferentes sectores de las fuerzas militares demuestra, por el contrario, hasta qué punto esta afirmación carece de fundamento.

En el terreno de las armas nucleares estratégicas —armamento susceptible de golpear el territorio del agresor, a diferencia del armamento táctico del campo de batalla —llamado "de teatro"—, se considera en Occidente que existe entre los Estados Unidos y la Unión Soviética lo que se ha convenido en llamar una "equivalencia mayor", en que cada uno tiene la posibilidad de aniquilar, en última instancia varias veces, a su adversario.

Esta apreciación de carácter general sólo contempla parcialmente la realidad, en la medida en que los medios soviéticos están basados en tierra, en sus tres cuartar partes, siendo por consiguiente más vulnerables a un primer golpe, que el arsenal norteamericano, que dispone de medios muy diversificados, tierra-tierra, aire-tierra y sobre todo mar-tierra (submarinos *Poseidon* — y pronto los *Trident*, que no tienen equivalente en el Este). Un único *Poseidon,* ya envejecido, puede destruir todas las ciudades soviéticas de más de 100.000 habitantes, como reconocía el presidente Carter en marzo de 1978... y los norteamericanos poseen 31.

De ahí que las condiciones de perfeccionamiento de los arsenales estratégicos en el próximo futuro son muy favorables a los EE.UU. Para pretender rivalizar con ellos, los soviéticos tendrían que ser capaces de diversificar sus medios nucleares, dotándose en particular de una fuerte componente embarcada, suponiendo así un desarrollo aún más fuerte de su marina. Evidentemente, esto está fuera de su alcance.

Para Washington, el problema es muy distinto: sólo afecta a la vulnerabilidad ante un primer golpe, de los *Minuteman,* cuya sustitución por el MX será efectiva a partir de 1980. **Cuando los expertos norteamericanos hablan de la "ventana de la vulnerabilidad" a nivel estratégico, para los próximos años, se refieren a la sustitución de los antiguos misiles balísticos intercontinentales (ICBM) soviéticos, que se encuentran en sus silos subterráneos, por una nueva generación de armas más fáciles de poner en funcionamiento, con cabezas múltiples, y sobre todo mucho más precisas (SS 13, 16, 17, 18, 19), que "serían capaces de destruir a los *Minuteman* en sus silos" en el primer golpe.**

Sin embargo, omiten a sabiendas tener en cuenta tres factores que destruyen su argumentación: en primer lugar, los *Minuteman* podrían ponerse en funcionamiento durante los tres cuartos de hora que duraría el viaje de los misiles soviéticos con destino al territorio norteamericano; en segundo lugar, su no puesta en funcionamiento no significaría inmediatamente su total destrucción; finalmente, y sobre todo, la fuerza nuclear embarcada en los EE.UU. permanecería intacta. En este contexto



apareció el proyecto MX.

Se trata de un vector que puede transportar 10 cargas de 300 kilotoneladas cada una, susceptibles de alcanzar su objetivo con una precisión de 100 metros, desde una distancia de 10.000 km. Cada carga destruiría todo en un radio de 4 km. Instalados en plataformas móviles, los MX se desplazarán entre distintos silos de lanzamiento distribuídos en torno a 200 "pistas" ovaladas de 25 km. de longitud.

El coste estimado al empezar la operación de despliegue del MX en los estados de Nevada y Utah asciende a 56.000 millones de dólares, a los que se añaden otros 8.000 millones de dólares para la instalación de la defensa próxima de los lugares de lanzamiento. Con este sistema *"el proyecto militar más importante jamás lanzado por el hombre"*, los Estados Unidos se asegurarán una superioridad duradera sobre la URSS, en todos los sectores del armamento estratégico.

Inmediatamente después de adoptarse este programa, un informe del Pentágono se planteaba, sin embargo, otro sistema, actualmente alternativo, pero por qué no complementario del MX, en el día de mañana, bautizado con el nombre de SUM *(Shallow Underwater Mobile* —vector móvil submarino). Este sistema, comparable al MX en términos de eficacia, sería instalado a bordo de pequeños submarinos que navegarían en aguas próximas a las costas norteamericanas.

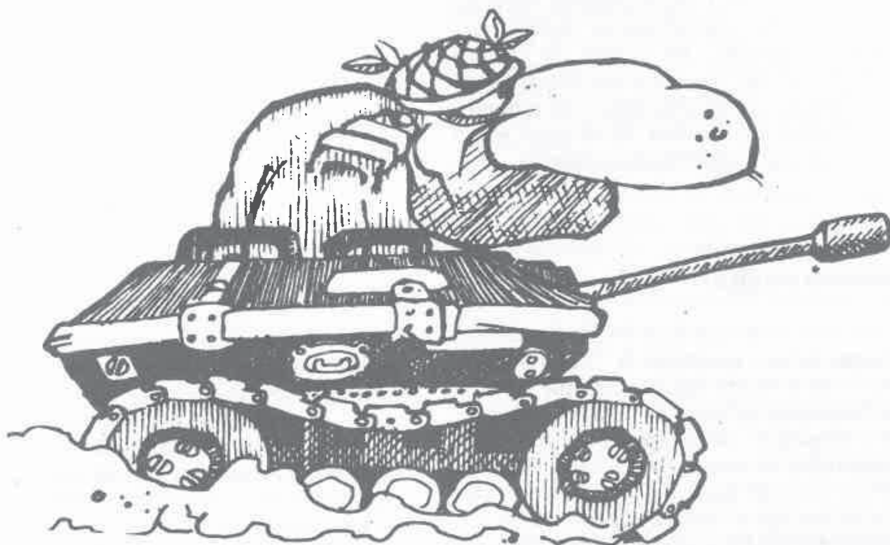
Otros proyectos norteamericanos, en el terreno del armamento estratégico, afectan a la construcción de un nuevo tipo de bombardero destinado a sustituir a los B52 de aquí al final del decenio. Carter abandonó finalmente el proyecto B1, pero el Congreso norteamericano examinará a partir de mediados de marzo de 1981 los nuevos proyectos del Pentágono en lo que se refiere al nuevo bombardero. Es significativo que después de armar mucho jaleo en torno al bombardero soviético *Tupolev-26*, el famoso *Backfire*, los norteamericanos parezcan desinteresarse. No cabe duda que lo consideran anticuado.

El nuevo bombardero estadounidense, calificado de "invisible", emplearía *"materiales no metálicos de nuevo tipo, que en lugar de devolver las ondas emitidas por el aparato, las dispersan"*. Por consiguiente, sería muy difícil de detectar, y el ejército norteamericano precisa *"que estaría al amparo de la mayoría de sistemas de defensa antiaérea conocidos actualmente"*. Este proyecto es importante, pues revela el relanzamiento de la carrera armamentística incluso en terrenos en que oficialmente no existe ninguna necesidad particular.

El proceso de las SALT

Las SALT *(Strategic Arms Limitation Talks)*, negociaciones que afectan a la limitación del armamento estratégico, se iniciaron en 1968, por parte de los EE.UU. y la URSS. En mayo de 1972, Nixon y Breshnev firmaron el acuerdo provisional con que terminó la primera fase del proceso SALT.

En junio de 1979, Carter y Breshnev firmaban en Viena el 2° acuerdo SALT, cuya ratificación iba a rechazar el Senado norteamericano. SALT-I se refería a las armas defensivas y sancionaba el compromiso de ambas partes a no instalar sistemas defensivos contra misiles balísticos (ABM, *Anti-Ballistic Missile* —misil antibalístico). Dos lugares, que pronto se reducirían a uno, escapaban en cada lado de esta prohibición.



Las razones que permitieron una conclusión, sin una crisis importante, de las SALT-I, se refieren por un lado al coste muy elevado de los sistemas ABM, y por otro lado a las serias dudas que suscitaban en aquella época, en cuanto a su eficacia.

Muy distintas serían las negociaciones sobre el armamento estratégico ofensivo, pues ambos bandos poseían ya este tipo de armas en gran cantidad y no pensaban dejarse adelantar irremediablemente en materia tecnológica. Así, insensiblemente, se pasó de una perspectiva de limitación de las armas estratégicas a un control negociado de la carrera armamentística.

Inmediatamente después de las SALT I, la Comisión Mixta se puso a trabajar, tratando de aplicar a las armas ofensivas el principio de igualdad que había prevalecido en relación a las armas defensivas. Dos años después, a finales de 1974, se firmó un nuevo acuerdo provisional, en Vladivostok, por parte de Breshnev y Ford, fijando a cada parte un techo de 2.400 cohetes, 1.320 de los cuales podían llevar ojivas de cabeza múltiple.

El primer punto del acuerdo firmado en Viena, en 1979, contempla diversas medidas de limitación aceptadas provisionalmente en Vladivostok. Establece el límite infranqueable de 2.250 cohetes para la "triada" tierra-aire-mar, 1.200 de los cuales pueden tener cabezas múltiples; 820 misiles intercontinentales basados en tierra ó 1.320 si se incluyen los misiles de crucero lanzados por aviones.

Estas "limitaciones" constituyen la parte del acuerdo que tiene valor de tratado hasta 1985. El protocolo —segunda parte del acuerdo— prevé el no despliegue, durante 3 años, de una serie de armas nuevas. Esto no quiere decir nada, pues ninguna de estas armas iba a ser desarrollada dentro de este plazo, pero en cambio impulsa la aceleración de los preparativos para la salida, antes de lo previsto.

La tercera y última parte de las SALT II consiste en una declaración de principios con miras al inicio de las SALT III.

Así, las SALT se han convertido en una conferencia permanente entre las dos principales potencias nucleares, cuyo objetivo no tiene nada que ver con alguna perspectiva de desarme. Los techos astronómicos que establece cada acuerdo, lejos de frenar la carrera armamentística, la relanza de hecho, no tanto en su aspecto cuantitativo —dado que los techos son prácticamente imposibles de alcanzar— como en su aspecto cualitativo, donde destaca el imperialismo norteamericano, teniendo en cuenta su potencial económico.

En el capítulo de las "intenciones", el hecho de que el Congreso norteamericano no ratificará el acuerdo de Viena, es una prueba suplementaria de la responsabilidad principal que incumbe a los Estados Unidos en la carrera armamentística. El senador Fullbright estimaba, en efecto, que la firma de las SALT permitiría economizar 100.000 millones de dólares durante 15 años, en lo que respecta a los EE.UU., y 4 veces más a la URSS.

El despliegue de cada nuevo sistema de armas, con una paridad numérica equiva-

lente, resulta de 4 a 7 veces más caro en la URSS que en los EE.UU. La burocracia tiene cada vez más dificultades para proseguir en el terreno cualitativo esta carrera desenfrenada de la innovación tecnológica.

La actitud más flexible de Moscú, que ya no exige que se abandonen las decisiones de la OTAN de desplegar 572 euromisiles de aquí a 1983, como condición para reanudar las SALT III, resulta a este respecto muy significativa. No es posible responder mejor, en efecto, a la cuestión de saber a quién benefician las SALT, que citando al general Seignious, director de la Agencia Norteamericana para el Desarme: *"La URSS no detenta la superioridad estratégica y no la logrará en el futuro (...) Por el contrario, nuestro potencial militar crece, y los acuerdos SALT dejan abiertas todas las opciones que consideramos útiles para nuestra seguridad: los misiles de crucero lanzados por los bombarderos, los submarinos Trident, los misiles balísticos submarinos Trident I y Trident II; el misil móvil MX, o un nuevo bombardero pesado..."*



Los armamentos euroestratégicos

No cabe duda que es el problema del despliegue del armamento en la "Zona gris", es decir, en el teatro europeo, el que domina las polémicas militares de finales de los años 70 y comienzos de los años 80. Esta nueva generación de armas ha relevado el armamento nuclear táctico. Generalmente, por armas nucleares tácticas se entienden las armas destinadas a ser utilizadas contra el cuerpo de batalla del adversario.

Sin embargo, lo que precisamente plantea problemas con la nueva generación de armas, es su definición, su clasificación, que varía según los países afectados; para los norteamericanos, cuyo territorio está fuera del alcance de los nuevos ingenios, se trata de las llamadas armas "de teatro"; de este modo, Europa, donde serán instaladas, es considerada como un eventual campo de batalla; para los europeos —incluidos los soviéticos—, estas armas no pueden clasificarse en modo alguno en el arsenal táctico, pues su alcance y su precisión incluyen objetivos directamente situados en su territorio, y de ahí su denominación de euromisiles o armamentos euroestratégicos, cosa que evidentemente es más conforme a la realidad.

El despliegue de estos euromisiles en los próximos años tiene por objeto sustituir las armas nucleares tácticas, de concepción ya muy anticuada, pues en su mayor parte datan de los años 50. Es interesante destacar la desproporción existente entre el arsenal soviético, que cuenta con unas 3.500 cabezas nucleares, el de los países de la Alianza Atlántiuca, que numéricamente es dos veces mayor, y, desde el punto de vista de la calidad, seguramente lo es aún más.

Los euromisiles comportarán una serie de ventajas con respecto a sus predecesores: con un alcance notablemente mayor, podrán instalarse bastante lejos de los límites del eventual campo de batalla, por lo que serán menos vulnerables; más pequeños y manejables, su empleo será mucho más fácil; con un encendido y un lanzamiento casi instantáneos, la distancia tecnológica entre el MX y el *Minuteman* III, en el arsenal estratégico, es equivalente a la que existe entre los *Pershing* de la primera y segunda generación; pero, sobre todo, los euromisiles son el ejemplo más típico de una nueva generación de armas teledirigidas hacia el objetivo con una precisión extrema, a millares de kilómetros.

Esta evolución tecnológica fundamenta la evolución de la doctrina de la estrategia norteamericana, pasando de objetivos "anti-ciudades" a objetivos "anti-fuerzas".

En Washington, Londres, Bonn o París no dejan de subrayar que todo vino con la aparición en el horizonte de las amenazas del SS 20 soviético. Este ingenio, cuyo despliegue efectivo comenzó en 1977, tiene la reputación de ser "capaz de alcanzar los objetivos-fuerzas de los países de la OTAN y de Francia".

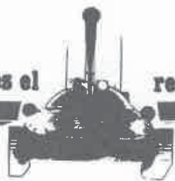
Se dice que la URSS ya posee 150 de estos misiles, y la cadencia de producción es del orden de 2 por mes, prosiguiendo sin cesar.

En los círculos especializados de Europa y de los Estados Unidos han surgido violentas polémicas en torno a la cuestión de saber si estos ingenios están o no "mirvados" (MIRV, *Multiple Independently Targede Reentry Vehicle,* ojiva de cabezas múltiples y de dirección independiente). La OTAN, que proyecta el desarrollo tecnológico de Occidente al Este, supone que es un hecho consumado, aunque hasta hoy nada permite probarlo. Aquí se ve hasta qué punto la amenaza-pretexto se hincha deliberadamente.

Y aunque nos creamos a pies juntillas la versión de los círculos imperialistas, ¿es cierto que los SS-20 entreabren la "ventana de la vulnerabilidad" de la OTAN? Podemos contestar categóricamente con un **no** a esta pregunta, si tenemos en cuenta tanto la evidente superioridad norteamericana en el terreno de los sistemas estratégicos centrales, como la existencia de 5 submarinos *Poseidon*, cuya eficacia ya hemos subrayado, y que desde 1977 están asignados a objetivos del "teatro europeo".

En estas condiciones, la decisión adoptada por la OTAN, hace justo un año, de implantar, de aquí a 1983, 108 *Pershing* II y 464 *Cruise Missiles* en el "teatro europeo", sólo guarda una relación muy lejana, pese a las habladurías de la propaganda occidental, con el despliegue de los SS-20, una parte de los cuales, por lo demás, podría estar dirigida muy bien hacia China, lo que relativiza aún más la credibilidad de esta pretendida amenaza "nueva".

De hecho, las motivaciones que están detrás de las decisiones de la OTAN son más complejas y menos confesables. El papel desempeñado por el canciller germano occidental Schmidt, que fue el primero de los políticos europeos que pidió la





instalación de las armas euroestratégicas, en octubre de 1977, ante el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, ha sido muy destacado. No cabe apenas duda que su país ha desempeñado un papel central en esta decisión, como uno de los pilares que a partir de ahora son fundamentales para la OTAN, y no sólo por razones vinculadas a la geografía.

La socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que realizaba el virage tanto en política interior como a nivel internacional, prosiguiendo al mismo tiempo con su política de normalización de sus relaciones con el Este (Ostpolitik), desarrollaba masivamente su potencial militar en todos los terrenos. De este modo, tenía necesidad, en el terreno de las armas nucleares, de donde está ausente, de asegurarse una credibilidad por medio de un arsenal, que si bien permanece enteramente bajo el control de la Casa Blanca, tanto en lo que se refiere al mantenimiento como a la eventual decisión de emplearlas, aparece como algo más europeo que los submarinos *Poseidon*, que recuerdan demasiado a los sistemas centrales norteamericanos.

Algunos comentaristas, particularmente en Francia, han sacado de ello la conclusión de que asistimos a los preparativos de un traslado de la responsabilidad de las "claves" de los euromisiles, de los norteame ricanos a los europeos, y particularmente a los alemanes occidentales.

Esta hipótesis parece que debe ser rechazada, a menos que se produzcan cambios políticos considerables, que implicarían un declive tan fuerte de los Estados Unidos, que Washington debería resignarse a jugar la carta de la "multipolaridad", incluso en el terreno nuclear, compartiendo sistemáticamente las tareas entre Europa y los EE.UU. Una situación semejante no puede ser resultado de una evolución lineal del declive relativo de los Estados Unidos, máxime cuando la elección de Ronald Reagan a la Casa Blanca no abre sin duda una perspectiva de refuerzo de la multipolaridad del mundo occidental.

Las declaraciones alarmistas del lado norteamericano, en torno al eventual abandono de Europa, como los discursos de Henry Kissinger y del general Haig en Bruselas, en septiembre de 1979, no tenían otra función que la de presionar a las burguesías europeas para que cumplan sus compromisos de aumentar en un 3% anual su presupuesto de defensa, como se encargarían de demostrar los acontecimientos posteriores.

Las decisiones adoptadas finalmente por la OTAN, y ello a pesar de las fuertes reticencias de los pequeños países europeos, ofrecen a los Estados Unidos la posibilidad de reafirmar su liderazgo militar, con menor gasto, pues los europeos pagarán buena parte de la factura en el plano financiero; además, les ofrecen una salida adicional para sus industrias de armamento; finalmente, si bien pueden comportar una acentuación de las tensiones Este-Oeste en Europa, refuerzan de hecho la "santuarización" de los EE.UU., que apuestan de modo realista a la imposibilidad para la economía soviética de mantenerse en todos los terrenos de la carrera armamentística (estratégico, táctico, euroestratégico, clásico).

Hacia una negociación de los sistemas avanzados

La próxima gran fase de negociaciones Este-Oeste sobre la limitación de armamentos afectará particularmente a la cuestión de las armas euroestratégicas, teniendo en cuenta el lugar que ocupan en el contexto militar internacional, en el que Europa sigue siendo uno de los puntos más sensibles.

Pero no es seguro que la próxima fase de las SALT, que tratará de este tema, pueda abrirse oficialmente en un futuro próximo, hasta tal punto parecen lejanas actualmente las posiciones de uno y otro bando, como demostraron las consultas preliminares que se abrieron a mediados de octubre de 1980 en Ginebra.

Por el lado norteamericano se afirma en principio la voluntad de continuar la negociación sobre la limitación del armamento, *"bajo la dirección del presidente Carter y* ***bajo la del presidente electo Reagan"***, como declaró uno de los copresidentes de la delegación norteamericana en la conferencia de Madrid.

Sin embargo, el objeto de la negociación es muy limitado, puesto que no se ha hecho ninguna otra propuesta de "menú" desde el 12 de diciembre de 1979, cuando la OTAN expresó el deseo de una "negociación bilateral en el marco de las SALT III", afectando *"a determinados sistemas de armas norteamericanas y soviéticas, de misiles nucleares de teatro de largo alcance"*, con el *"objetivo inmediato"* de establecer un acuerdo sobre la limitación de los *"sistemas de misiles nucleares basados en tierra"*.

Es muy poco probable que este punto de partida pueda variar antes del 20 de enero de 1981, fecha en que entrará en funciones Ronald Reagan, y mucho menos después de ese día. Los norteamericanos no tienen prisa en abrir una negociación más amplia, que afecta a la mayoría de los "sistemas avanzados", y probablemente rechazarán las propuestas soviéticas, tal como ya hicieron en la anterior fase de las SALT. En la carrera armamentística tienen la iniciativa, en casi todos los terrenos, y no piensan embarrancarse en discusiones que en su opinión son inútiles.

La postura soviética es muy distinta, pues Moscú, después de abandonar, en julio de 1980, durante la visita de Schmidt al Kremlin, la condición previa de abolir las decisiones de la OTAN para abrir las conversaciones SALT III, desea incluir en la discusión el conjunto de "sistemas avanzados", en otras palabras, todos los tipos de armas nucleares con un alcance superior a los 600 km. —cifra mencionada en el protocolo de las SALT II—, capaces de alcanzar su territorio.



La *Pravda* enumera los aviones capaces de alcanzar el territorio soviético a partir de Europa (los F-111 estacionados en Gran Bretaña, los F-4 estacionados en Gran Bretaña, la RFA, en España y los Países Bajos), o los portaviones del Mediterráneo (A-7), los 5 submarinos *Poseidon* asignados al teatro europeo, y, lo que parece lógico, las numerosas bases europeas que emplean estas armas norteamericanas, sin contar, por supuesto, los *Pershing*-II y los *Cruise*, que aún no están instalados. En este marco, estaría dispuesta a discutir sobre sus propios "sistemas avanzados", a saber, los SS-20, los misiles más antiguos, SS-4 y SS-5, los aviones Tupolev-26 (Backfire) y los TU-16 y TU-22, bombarderos de concepción también más anticuada.

La actitud soviética muestra hasta qué punto la burocracia considera tener necesidad de este marco de negociación permanente con el imperialismo, sin que, por lo demás, pueda hacer prevalecer en ella su punto de vista.

Por lo tanto, si hay que arriesgar un pronóstico fácil, sería el siguiente: en la carrera emprendida por todos, de un lado para obtener una negociación global rápida con la nueva administración norteamericana, del otro para ganar el máximo de tiempo y proseguir una competición sin riesgo, en la que se poseen todos los triunfos, es sin duda el imperialismo el que tiene todas las posibilidades de ganar, con varias cabezas de ventaja.

La redistribución de los medios clásicos

La parte consagrada a la investigación, la puesta a punto y el despliegue de las armas nucleares estratégicas o euroestratégicas y tácticas, no debe ocultar el verdadero "boom" registrado estos últimos años en todo el mundo en el terreno de los armamentos clásicos, convencionales, particularmente en Occidente, y no sólamente en los Estados Unidos, como se tiende demasiado a creer.

Sin embargo, hay que establecer una diferencia de talla entre los primeros y los segundos, pues, como subrayaba Harold Brown a comienzos de año: "*Cuando entramos en la era nuclear, en 1945, se podría haber pensado que nuestra seguridad ya no dependía de las preocupaciones tradicionales de las grandes potencias. Pero hemos descubierto que después de todo no hemos abandonado nunca el mundo nuclear. Las capacidades de combate convencional siguen siendo la única forma utilizable de la potencia militar. Desde 1945, han sido la única forma de potencial militar empleado*".

Así, si bien resulta forzosamente difícil estudiar el armamento nuclear en relación a un contexto de empleo práctico, dificultad que se deriva, por suerte, de su naturaleza, no sucede lo mismo, ni mucho menos, con los arsenales clásicos, concebidos para ser utilizados y que se emplean todos los días en algún lugar del mundo.

Desde el final de la segunda guerra mundial, Europa es el centro de una confrontación político-militar aguda entre el Este y el Oeste. Las amenazas de desestabilización, de un lado y otro del telón de acero, vinculadas a la actividad de las masas, contribuyen —se dice— a actualizar las amenazas de guerra, aunque, como se observó en el caso de la crisis polaca, el imperialismo y la burocracia tratan sobre todo de evitar perder el control de la situación, y en este punto son perfectamente solidarios.

La fábula más divulgada en relación a este eventual teatro de operaciones, se refiere a la "aplastante superioridad de los medios convencionales del Pacto de Varsovia" sobre los de la OTAN. A decir verdad, no es la primera vez que los occidentales avanzan semejante enfoque de la situación.

A comienzos de los años 50, la Alianza Atlántica proyectó, sobre la base militar, el estacionamiento de unas cien divisiones de la OTAN frente al Pacto de Varsovia, en Europa. Dos años más tarde, en la Conferencia Atlántica de Lisboa (febrero de 1952), el objetivo inicial quedó reducido a la mitad, cosa que fue considerada "satisfactoria" por los círculos atlánticos.

Hay que precisar aún que este objetivo teórico no será alcanzado jamás. A comienzos de los años 60, según las revelaciones hechas por el SIPRI en 1978, el departamento norteamericano de defensa, dirigido por Robert MacNamara, llega, tras un estudio serio, a la conclusión de que las fuerzas clásicas de la OTAN son muy superiores a las del Pacto de Varsovia. El informe en cuestión permanecerá secreto y el Consejo Atlántico de Atenas en 1962 adoptará, a petición de los norteamericanos, la perspectiva de reforzar el potencial clásico de la Alianza, por supuesto siempre para compensar la pretendia superioridad soviética en este terreno.

Sucede que aún hoy la OTAN se dispone a hacer frente a un despliegue de las divisiones blindadas del Pacto de Varsovia en Europa Central, apoyadas por una potente aviación táctica. Se olvida explicar al mismo tiempo que semejante ataque sería suicida, al menos por tres razones.

La primera se refiere al carácter vetusto de la mayoría de los casi 40.000 tanques del Este, superiores en número, pero de una efectividad claramente inferior, incluyendo los más modernos de ellos, el T-72 soviético, que los tanques occidentales, el XM norteamericano y el Leopard-II alemán. Pero son sobre todo las armas anti-tanque las que establecerían la diferencia, terreno en que la superioridad de la OTAN es incuestionable. Esta es una de las principales enseñanzas de la guerra del Kippour de 1973 en Oriente Medio, en que los carros de asalto sirios, idénticos a los del Pacto de Varsovia, fueron detenido a pocos kilómetros de su punto de partida, por una impresionante barrera de armas anti-tanque israelíes, que son las mismas, por supuesto, que las de la OTAN.

La segunda razón que tiene la URSS para renunciar a un ataque clásico en Europa Central radica en el hecho de que el apoyo aéreo táctico que puede ofrecer es inferior al de sus adversarios occidentales, incluídas las fuerzas francesas —particularmente en lo que se refiere a los aviones de ataque a la superficie.

Finalmente, la tercera razón evidente, es que un ataque de este tipo la expondría rápidamente al fuego nuclear de los occidentales sin siquiera "pasar a los extremos", inflingiéndole daños irreparables.

Así, uno puede verse tentado a pensar que las escenas dibujadas por los occidentales en general, y los de la OTAN en particular, no son sino elucubraciones carentes de interés. Pero no hay que caer en esta tentación, pues detrás de las maniobras y otros ejercicios programados para hacer frente a la "amenaza soviética" se perfila siempre "el enemigo interior", supuesto agente de una "desestabilización" social y política, que temen por encima de todo las burguesías europeas y su protector norteamericano.

Instruídos por la huelga general de Mayo de 1968 en Francia y después el Mayo rampante italiano y la caída de las dictaduras portuguesa, griega y española, las burguesías europeas y las OTAN han dirigido desde entonces todos sus esfuerzos a la "prevención de amenazas interiores".

De ahí resulta una reorganización de la mayoría de ejércitos europeos occidentales, según el modelo de la Bundeswehr o del ejército francés.

Estas medidas de reorganización de caracterizan generalmente por una tendencia a la profesionalización, al menos de las "unidades duras", que deben permanecer seguras y que están dotadas de importantes medios helitransportados; una parte creciente otorgada a la "defensa operacional del territorio" (información, control, mantenimiento del orden) y una redistribución de las unidades, reorganizando las reservas en el conjunto de los territorios afectados.

A nivel del armamento propiamente dicho, se detecta una voluntad constantemente reafirmada de adaptarlo —incluyendo el material pesado— a las condiciones de combate en los centros urbanos. El material "antiguerrilla" o "antidisturbios" se lleva la parte del león en los salones internacionales de exposición de las últimas producciones de armamento.

El mito de la amenaza soviética se utiliza así, sobre todo, por parte de los gobiernos capitalistas, para imponer una "militarización" del cuerpo social, un control estricto de las poblaciones civiles, en la perspectiva de un periodo de crisis que sería más proba-

blemente el resultado de la actividad de las masas que no el de las tensiones Este-Oeste. De ahí se comprende mejor por qué las interminables palabras en las conversaciones MBFR *(Mutual and Balanced Forces Reductions)*, que tratan de las "reducciones mutuas de fuerzas y armamentos y determinadas medidas anejas que afectan a Europa Cental", abiertas en Viena en 1973, no han sido otra cosa que un cascarón de nuez sin resultado tangible en ningún terreno significativo.

El segundo punto sensible en la coyuntura militar internacional se sitúa en la zona del Golfo Pérsico. Se ha hecho mucho ruido, en Occidente, a propósito de la intervención de la URSS en Afganistán, intentando ver en ella el signo precursor de un avance soviético hacia los "mares calientes".

Lo cierto es que bastante antes del "golpe de Kabul", el imperialismo había optado por reforzar su presencia militar en esta región vital para los suministros de petróleo de toda la economía capitalista. La caída de la avanzadilla iraní no hizo sino acelerar el proceso de reorganización, no sólo en el Océano Indico, a la salida del estrecho de Ormuz, sino también en toda la zona mediterránea.

Primero fue la hipótesis planteada por los estados mayores occidentales, de un "salto sobre los yacimientos petrolíferos de Oriente Medio", es decir, la perspectiva de una operación aerotransportada rápida, puntual y eficaz, que comportaría la creación de los primeros elementos de las fuerzas de intervención exterior norteamericanas y francesas.

La caída de los Palhevi en Teherán modificará el escenario, en el sentido de exigir una presencia más masiva, desde antes de empezar el periodo de crisis, para hacer frente, eventualmente, no a "actos de sabotaje terrorista", sino a un amplio movimiento de masas. A partir de esta evolución, los occidentales cuadriculan sistemáticamente toda la región, desde finales de 1979, sobre todo a partir de las unidades navales destacadas en el Océano Indico, aunque también tratando de asegurar unas bases aero-terrestres o portuarias cercanas para completar su dispositivo.

También aquí, la amenaza naval soviética resulta ser, pese a los progresos registrados, una banalidad, pero los medios de comunicación occidentales seguirán agitándola sin escrúpulos, hasta el punto de que el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres tuvo que desmentirlos categóricamente, estimando que los medios norteamericanos por sí solos, sin tener en cuenta por tanto las marinas de guerra inglesa y francesa, son claramente superiores a los de la Unión Soviética en el Oceano Indico.

Algunas cifras relativas al potencial global de los dos países susceptibles de lanzar una intervención en esta zona lo **atestiguan suficientemente.**

En cuanto a la infantería de marina, la relación es de 1 a 15: 184.000 *marines* contra 12.000 de la URSS; la capacidad de transporte aéreo va de simple a doble a favor de Washington. En cuanto a la marina, en la que los portaaviones constituyen la pieza maestra, particularmente en una configuración geográfica como la de la región del golfo, los Estados Unidos poseen 14, frente a los 5 de Moscú. Además, los portaaviones soviéticos tienen un tonelaje que alcanza tan sólo la mitad de los monstruos norteamericanos, y por consiguiente sólo pueden transportar un número limitado de medios aeronavales, mientras que los enormes portaaviones estadounidenses, que se relevan permanentemente en el Océano Indico, pueden embarcar, cada uno de ellos, hasta 90 cazabombarderos y numerosos helicópteros.

De una manera más general, a escala de todo el globo, la marina soviética resulta más vulnerable, en la medida en que sus unidades, para salir de sus reductos, deben pasar forzosamente por zonas que están al alcance de las bases occidentales, con la única excepción del Artico, aunque en esa región los puertos están bloqueados por el hielo durante seis meses al año.

Otras precisiones dadas por el Instituto de Investigación sobre la Paz y la Seguridad, de Hamburgo: una sexta parte de la flota soviética están hoy madura para el desguace; en 1976, la mitad de sus barcos de más de 1.000 toneladas tenían una edad de más de 15 años. Así, su inferioridad es patente en la totalidad de los medios navales y aeronavales.

El control del Océano Indico y de las vías de suministro de petróleo está vinculado, por supuesto, a la defensa de los intereses económicos del mundo capitalista sumergido en la crisis, pero jamás se subraya suficientemente la dimensión político-militar de la "redistribución a escala del globo" que comporta. Más de 50 unidades navales occidentales (frente a 12 navíos de combate soviéticos, unidades de apoyo y un portahelicópteros) se encuentran permanentemente en las proximidades del estremo de Ormuz; 25 unidades norteamericanas, entre ellas dos portaviones, 15 a 20 unidades francesas, según el periódico, entre ellas un portaavión, una decena de unidades británicas y, desde la primavera de 1980, 2 buques escolta de Alemania occidental.

Este dispositivo está asignado a la base británica de Diego García, que a su vez es relevada por las bases estadounidenses de Subic y Clark en las Filipinas. Los navíos norteamericanos también fondean en Mombassa, Kenia, y el día de mañana le llegará el turno a la antigua base soviética de Berbera, en Somalia, como base para los *marines*.

No existe prácticamente ninguna potencia occidental que no se plantee dotarse de medios navales nuevos, con destino a esta región del mundo.

Harold Brown anuncia "la construcción, en un plazo de 5 años, de un centenar de nuevos barcos de guerra"; la RFA logró, en junio de 1980, que la Asamblea Parlamentaria de la UEO suspendiera las limitaciones impuestas al armamento naval germano occidental, en el tratado de Bruselas de 1954.

Japón, que aún depende más de los abastecimientos de petróleo procedentes de la región que los demás aliados occidentales, se plantea, a su vez, la creación de una auténtica marina de guerra, de la que actualmente carece.

Al mismo tiempo, y para paliar la defección de las instalaciones iraníes, que en su momento figuraban entre las más importantes, como la red NADGE de alerta y vigilancia de la OTAN, el imperialismo hace todo lo posible en Oriente Medio y en el flanco suroriental de Europa, enviando los aviones radar gigantes AWACS a Arabia Saudí, realizando el golpe de Estado Militar en Turquía, y reintegrando a Grecia en la OTAN.

Este formidable salto adelante del dispositivo militar imperialista en la región del golfo contribuye a reactualizar la posibilidad de una intervención contrarrevolucionaria, en caliente, en otras partes del mundo, por ejemplo en Africa o América Central. La constante preocupación de los estados mayores de la contrarrevolución, por dotarse de poderosas fuerzas de intervención exteriores de rápido despliegue, que dispongan de medios logísticos con un amplio radio de acción, encuentra aquí la ocasión para rodar tanto a los hombres como a los materiales.

De ahí que sería extremadamente peligroso subestimar la redistribución de los medios militares convencionales del imperialismo, que en todas partes se dirigen directamente contra el movimiento de emancipación social y/o nacional de los pueblos.

Nuevas tendencias, nuevos ingenios

Este rápido inventario de los sectores **armamentísticos en que el imperialismo ha** relanzado la carrera para producir terribles medios de destrucción, sería incompleto si no evocáramos también diversos nuevos inventos, que el día de mañana serán realizables para los traficantes de armas occidentales. Tres ejemplos, entre otros, son significativos.

El primero de ellos se refiere a la bomba de neutrones, un arma termonuclear, en la que se refuerzan los efectos de la radiación neutrónica y se reducen los efectos colaterales de la onda expansiva y del calor. Este arma del "terror capitalista" ejerce por tanto un efecto máximo en el hombre y un mínimo de daños en los materiales e infraestructuras.

Según Samuel Cohen y Marc Geneste, que son sus propagandistas más acérrimos, *"el verdadero baño de la muerte"* que resultaría del empleo de una bomba "N" de una kilotonelada, haría sentir *"sus efectos perversos"* sobre una superficie de 12 km^2. Según la distancia que separe el punto de impacto de las personas que reciban la radiación, la agonía será más o menos prolongada, por ejemplo de algunas horas a una distancia de 700 m., mientras que a 900 m., la muerte sólo llegaría al cabo de 24 ó 48 horas...

De hecho no se trata de un invento nuevo, pues ya fue ensayado por primera vez en 1963, en una explosión subterránea en el desierto de Nevada. Gerald Ford decidió en secreto, a finales de 1974, almacenar ojivas neutrónicas con miras a su instalación en la RFA, pero Carter retiró, a finales de 1977, y esta vez públicamente, la decisión de su antecesor.

Ahora, el régimen de Giscard d'Estaing ha optado casi oficialmente por este arma, y es probable que Ronald Reagan suspenda a su vez la decisión de Carter. El coste relativamente módico de la bomba "N", incluso en su producción en serie, no es un motor potencialmente determinante de la carrera armamentística. Es su carácter de arma de campo de batalla el que le vale el apoyo de los estados mayores. Presentada en distintas ocasiones con fines muy diferentes (antimisil, defensa cercana de los almacenes...), el arma neutrónica será desarrollada probablemente, en el teatro europeo, como arma antitanque. Sus partidarios preconizan su instalación masiva en Europa Central, *"para formar una barrera frente al despliegue de los tanques del Pacto de Varsovia"*.

Sin embargo, la bomba de neutrones, que es una banalización del empleo del arma nuclear, pues supone su dominio en el tiempo y en el espacio, es sin duda una temible arma antisubversiva, susceptible de ser empleada mañana en Africa u otras partes. El silencio bochornoso de los expertos oficiales a este respecto equivale a una confesión, y es sobre todo esto lo que más debe afectarnos, en vista a su probable instalación en los próximos años.

Otro ejemplo similar es el eventual empleo de las radiaciones gamma tan temibles como los neutrones para los seres vivos, aunque solamente a largo plazo, y que podrían resultar más eficaces aún que las radiaciones neutrónicas frente a la "subversión". Démos a este arespecto la palabra a Cohen y Geneste, que describen con entusiasmo y cinismo un escenario terriblemente inquietante:

"Supongamos, en efecto, que una cabeza de cohete, en lugar de explotar brutalmente, como las bombas A, H o N, encima de una ciudad enemiga o cualquier otro objetivo, se limita a provocar, por encima del objetivo, una lluvia de microbalas activadas previamente en un reactor nuclear, concebido especialmente a este fin. Sobre la zona considerada se abate una alfombra de rayos gamma. Sus dimensiones son controlables. Están en función de la extensión cubierta por esta lluvia, que es mortal a corto plazo. Su tiempo de actividad es controlable, en función de la duración de la actividad de los componentes seleccionados. Su intensidad



es controlable, en función de la densidad de las microbalas... y de su naturaleza (...). Sus efectos sobre el adversario son espectaculares. Dado que no son inmediatamente mortales, le obliga, bajo amenaza de muerte, a abandonar lo más rápidamente posible la zona alcanzada, o a esconderse bajo tierra, para salir solamente al final del "tratamiento"(...). La dosis de terror administrada de este modo, sin masacres, nos parece suficiente, teniendo en cuenta el "miedo a las radiaciones", de características mitológicas, demostrado recientemente por el incidente de Three Mile Island y otros ejemplos (...). Y supongamos, para dar más vida al asunto, que una pequeña parte de nuestras ***microbalas se hace luminiscente debido a la irradiación, cosa que es muy fácil.*** *Entonces se abatirá sobre la zona alcanzada una siniestra luz verdosa, que delimitará la zona de muerte lenta y concretará, por la noche, el baño de rayos gamma al que quedarán expuestos civiles y militares si no abandonan el terreno. Todos sabrían que la muerte está ahí (...). Sería una forma de bombardeo militarmente eficaz, que dejaría todas las instalaciones bélicas sin gente para operarlas, y moralmente caritativa, pues concedería algunos minutos complementarios a los ocupantes para salvar su piel, delimitando la zona mortal de la que podrían salir corriendo".*

Tercer ejemplo revelador de estos ingenios tecnológicos e industriales, en que la cadena desenfrenada de la innovación y de los beneficios amenaza a la humanidad: la química y la bacteriología. Entre los países miembros de la Alianza Atlántica, dos se distinguen por los importantes almacenes de armas químicas de que disponen: se trata de los Estados Unidos y de Francia. Por lo demás, Gran Bretaña se orienta también en este sentido.

Los componentes de las armas químicas modernas están compuestos por fósforos orgánicos neurotóxicos, de la misma familia que los pesticidas, pero mucho más tóxicos. Fueron los nazis los primeros en fabricar este tipo de armas, a partir del descubrimiento del Tabun, en 1936, y sobre todo del Sarin, en 1938. Durante la primera guerra mundial, las armas químicas habían sido utilizadas masivamente, pero entonces no se trataba sino de productos mucho menos tóxicos que los gases neurotóxicos, que por lo demás no fueron utilizados entre 1939 y 1945.

Estos gases, almacenados habitualmente en forma líquida, pueden expandirse, ya sea en forma de nube de vapor, ya sea en forma de pequeñas gotas dispersadas por medios mecánicos, térmicos o explosivos. Provocan la muerte por axfisia en pocos minutos. En el caso de que la intoxicación provenga de un contacto con la piel, la agonía puede durar varias horas.

Dos científicos norteamericanos, M. Meselson y J. Robinson, estimaban hace poco: *"Ningún veneno en el campo de batalla es más eficaz que el gas neurotóxico: este gas, que combina una fuerte toxicidad con una actividad muy rápida, una efectividad sobre la piel y el sistema respiratorio, una facilidad de diseminación, un coste bajo y una fuerte estabilidad, es superior a cualquier otro agente químico"*.

Entre los gases producidos más corrientemente y almacenados en Occidente, cabe citar el agente GB o Sarin, el agente GD o Soman y el VS. Otros productos de consideran anticuados, pues son insuficientemente "eficaces". Entre estos últimos, están los "incapacitadores" o los "paralizadores", que, en principio, no tienen función de matar. Son agentes del mismo tipo de los que utilizaron masivamente los criminales de guerra norteamericanos en Vietnan. Clasificados en la categoría "antidisturbios", muchos de estos productos son almacenados actualmente por las policías de varios Estados.

Sin embargo, el aspecto que se refiere a las armas químicas está directamente vinculado al progreso tecnológico. *"Espero que*



los Estados Unidos decidirán producir más armas binarias. Un arma binaria se compone de dos agentes químicos, que son inofensivos mientras permanezcan separados, pero que al fusionarse, tras un disparo de un obús o de una bomba, se convierten en tóxicos", como se expresaba en junio el general Rogers, comandante supremo de las fuerzas de la OTAN.

Caminando sobre sus huellas, la Asamblea de la UEO declaraba en la misma época: *"Los stocks y tipos de armas químicas almacenadas por los miembros de la OTAN* ***deben alcanzar un nivel suficiente para cons****truir un potencial de disuasión y de represalia indispensable"*.

Las posibilidades de fabricación, de almacenamiento y de manipulación de las armas binarias son, a los ojos de los estados mayores, una baza a favor de la reorganización del arsenal químico. El año pasado, el Congreso norteamericano había rechazado los créditos necesarios para la puesta en marcha del programa binario. Pero el asunto no está liquidado, como se da a entender en el entorno de Ronald Reagan.

Nuevo curso y nuevas contradicciones del imperialismo.

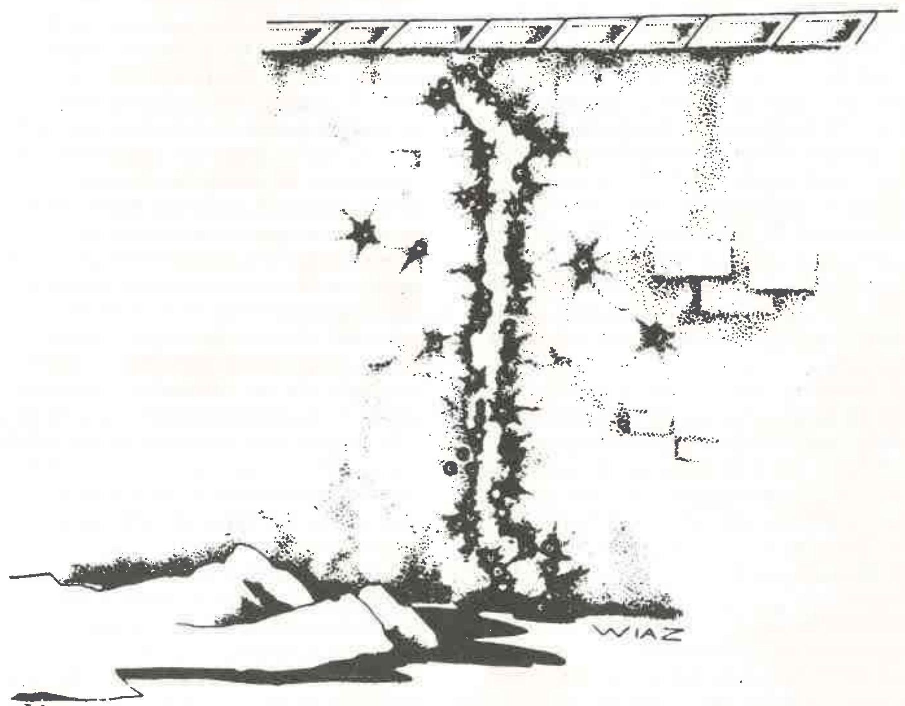
Hasta ahora hemos visto que prácticamente en todos los terrenos en que se ha relanzado, durante estos últimos años, la carrera de armamentos sobre bases más amplias, es el imperialismo el que ha tomado la iniciativa. El discurso militar oficial, al referirse a la "amenaza soviética" y a un análisis groseramente deformado del contexto militar internacional, sirve de cobertura para un redespliegue sin precedentes de los medios militares occidentales. Queda por precisar su amplitud total, las bases económicas y las consecuencias políticas, que como se verá comportan muchas contradicciones.

Según un folleto publicado en 1978 por la agencia norteamericana por el desarme, ya en 1976 los gastos militares en el mundo representaban un 5'8% del producto nacional bruto mundial, es decir, el equivalente al conjunto de gastos para la educación y más del doble de los gastos consagrados a la sanidad pública. Desde entonces, la tendencia ha ido en aumento.

Estos gastos ascienden actualmente, en todo el mundo, a cerca de un millón de dólares por minuto. Ochenta millones de hombres y mujeres trabajan en industrias que participan en la producción de equipos militares. De una cuarta a una tercera parte de los recursos de la humanidad en términos de "materia gris" se desvían a fines militares.

El SIPRI, en su último informe anual, indica que los gastos militares ascendieron en 1979 a cerca de 480.000 millones de dólares, y que sin duda rebasarán ampliamente los 500.000 millones de dólares en 1980. Este famoso instituto señala que *"el armamento es uno de los sectores económicos que conoce la expansión más fuerte del mundo"*, y que si se registra una fuerte progresión de los gastos militares de los países en vías de desarrollo (15'3% del total mundial, contra el 6'3% en 1965), siguen siendo los principales países industriales los que dirigen el juego, con un procentaje del 72'8% del total mundial.

Sin embargo, estas cifras reflejan una realidad más compleja, y hay que distinguir en lo que se deriva directamente de la producción de armamentos, del comercio internacional de armas y de los presupuestos militares que engloban los datos señalados —sin entrar aquí en el problema del maquillaje de toda una serie de créditos públicos, en diversos países, que de hecho se asignan a fines militares— y el mantenimiento de los potenciales defensivos.



El SIPRI calcula en 120 mil millones de dólares, para el año 1979, la producción de material militar, es decir, alrededor de una cuarta parte de los gastos militares globales. El *boom* de las industrias de armamento, sin embargo, sólo se notará a medio plazo.

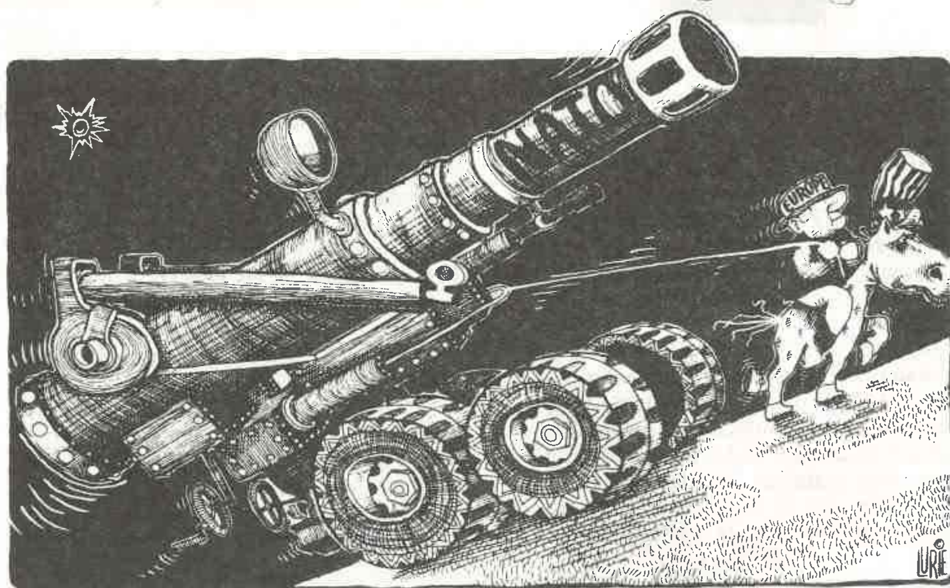
Algunas cifras bastan para fijar la parte que intenta llevarse el imperialismo norteamericano en este terreno; así, los programas autorizados para 1985 rebasarán en cien mil millones de dólares los de 1981 (en curso de ejecución), y la suma de inversiones previstas para los 5 próximos años alcanzará cerca de 1.032.000.000.000 (un billón treinta y dos mil millones) de dólares. Para el presupuesto de 1981, mientras que Harold Bronw reclama "solamente" un aumento de 1.000 millones de dólares, los partidarios de Ronald Reagan, que desean trabajar por cuatro, con el fin de acelerar la realización de los programas en curso y elaborar nuevos, avanzan cifras que van de 3.000 millones de dólares (senador Tower, futuro presidente de la Comisión de las Fuerzas Armadas), a varias decenas de miles de millones de dólares (grupo de expertos del equipo Reagan).

En estas condiciones, ni el potencial económico de la URSS y de los países del Pacto de Varsovia reunidos, ni el de los estados europeos occidentales, permiten a unos y otros esperar algo más que figurar muy por detrás de los Estados Unidos en el relanzamiento de la producción de armas.

Dicho esto, también en América del Norte la inyección de estas sumas en las industrias de guerra choca con muchas contradicciones. La dificultades de suministros en materias primas raras (particularmente para el sector aeronáutico), y la falta de mano de obra especializada se conjugan para reforzar aún más los efectos inflacionistas de estas inversiones improductivas.

De ahí hay que sacar una doble conclusión. La primera es que el relanzamiento masivo de la producción de armas en Estados Unidos no le permitirá al capitalismo salir de la crisis, y amenaza, por el contrario, con traducirse a cierto plazo en nuevas y fuertes presiones sobre las industrias de armas de Europa Occidental, con todo lo que ello supone en tensiones entre Washington y las capitales occidentales del viejo continente.

La segunda conclusión es que no sólo la



presión sobre las economías del COMECON será difícilmente dominable por la burocracia, con lo que se convertirá en fuente de nuevas tensiones en el Este, sino que también en otras partes del mundo la presión directamente militar del imperialismo dominante actualizará peligrosamente el retorno a su curso político abiertamente intervencionista de Washington. En resumidas cuentas, el relanzamiento de la producción norteamericana será forzosamente "desestabilizadora" en relación a la situación internacional actual y a este equilibrio ya precario.

En lo que se refiere al comercio internacional de armas, la situación es globalmente igual de favorable para los Estados Unidos, que acapara cerca de la mitad del volumen mundial de ventas de armas; a continuación viene la URSS, con un poco menos del 30%, Francia, con cerca del 11%, Italia, Gran Bretaña y la RFA, con menos del 5% cada una.

Un informe de la Comisión de Asuntos Generales de la UEO explicaba y comentaba en 1979 esta situación en los siguientes términos: *"En las circunstancias actuales, todo indica que por lo menos en el interior de la Alianza Atlántica, la situación beneficia principalmente a los productores de armas norteamericanos. En efecto, estos, que se benefician del amplio mercado que les ofrece las fuerzas armadas de los Estados Unidos, pueden suministrar a los mercados exteriores productos para los que pueden distribuir los gastos generales, incluidos los que afectan a la investigación y al desarrollo de prototipos, entre un gran número de ejemplares, mientras que las industrias de los países europeos sólo pueden distribuir los suyos entre un número mucho más restringido, que es el que pueden adquirir sus ejércitos nacionales. Así, se encuentran, en los mercados de sus clientes europeos, en una situación desfavorable con respecto a sus competidores norteamericanos. Esta situación se agrava aún más si se examinan las posibilidades de "compensación", dado que al producir un número menor de ejemplares de material acabado, deben incrementar, con el fin de ofrecer "compensaciones" iguales, en la misma cantidad de número de piezas y elementos que deberán declarar listos para ser adquiridos por su comprador. El fenómeno de la economía de escala juega por tanto un doble sentido en favor de los productores norteamericanos, frente a sus competidores europeos, lo que explica los éxitos comerciales que han obtenido frecuentemente incluso en Europa, durante los últimos años. Sin embargo, estos éxitos contribuyen aún más a limitar los mercados de los productos europeos y a ampliar los norteamericanos, y por tanto a reforzar aún más un proceso que obligaría rápidamente a los industriales europeos a reducirse a un papel de complemento y subcontratación a favor de sus competidores norteamericanos".*

Lo que es cierto en cuanto a la posición predominante de los Estados Unidos en los mercados europeos, que son los más importantes en volumen, lo es más en relación a los demás mercados del globo, aunque en este caso en menor medida, pues aquí entran en liza los factores políticos vinculados a la pérdida de credibilidad militar del imperialismo estadounidense durante el período precedente. De ahí que un país como Francia, y con ella, aunque en menor grado, los demás países grandes de Europa capitalista, han podido insertarse, a veces de forma importante, en los Mercados de Oriente Próximo y Medio, por ejemplo. Los productores de petróleo se han convertido así, desde hace algunos años, en los clientes soñados de las industrias de armamentos, y la tendencia se ha confirmado claramente en 1980, particularmente en beneficio de París, sin que puedan cifrarse aún los resultados.

El redespliegue de la industria norteamericana de armamento choca principalmente con esta dificultad a escala del globo, máxime cuando las consecuencias de una política extranjera de "golpe por golpe" resultan muy caras para los norteamericanos, como demuestran los datos relacionados a la ayuda militar al extranjero, cuyo campo de aplicación se ha reducido en proporciones considerables, con el riesgo de ceder el lugar a los europeos, que no esperaban otra cosa.

Egipto e Israel, que recibían el 2'7% de la ayuda militar estadounidense en 1969, monopolizan hoy, por ejemplo, el 82%. Añadamos que las presiones ejercidas por los EE.UU. sobre sus aliados, para que aumenten la parte de su presupuesto consagrada a la defensa, no favorecen la reconquista de los mercados perdidos por ellos en beneficio de los europeos en otras partes del mundo.

Con el asunto de los presupuestos aparecen aún más claramente las contradicciones del "atlantismo". En la cumbre de Londres, en 1977, los miembros de la OTAN, al trazar la prespectiva de un "programa de defensa a largo plazo", se habían comprometido a aumentar en un 3% anual, en términos reales, sus gastos militares. Actualmente, la cuenta es fácil de hacer: sólo Luxemburgo cumplirá la promesa, pues Francia —cuyo presupuesto conoce un incremento comparable al del presupuesto de los Estados Unidos (del 5 al 6%)— no forma parte de la organización integrada, y no estaba vinculada a los compromisos de Londres.

La paradoja asombra: por un lado, la Alianza contrarrevolucionaria ha obtenido éxitos incuestionables en el flanco sudeste de Europa (Grecia, Turquia) y se prepara para recibir pronto o tarde la adhesión de España, y por otro, los europeos se resisten a pagar la factura. La crisis que ello refleja es profunda; el propio atlantismo está en tela de juicio.

Los países europeos y los Estados Unidos se libran a una competencia desenfrenada en el plano económico, incluido el terreno de la producción de armas; sin embargo, al mismo tiempo, Europa capitalista, excepto Francia, parece contar con los EE.UU. para asegurar su defensa frente al Este. A este fin se dan varias explicaciones: la propaganda a ultranza sobre la "amenaza soviética", por mucho éxito que tenga al otro lado del Atlántico, choca en Europa con cierto escepticismo; la crisis económica, que afecta a todos los países europeos, lleva a la mayoría de los gobiernos a renunciar a un aumento provocador del despilfarro militar, mientras que aplican una política de austeridad draconiana en todos los demás sectores (contradicción típica a la que se enfrenta la socialdemocracia en el poder).

La influencia dispar del militarismo a un lado y otro del Atlántico es patente. La misma perspectiva de la transformación de Europa en un campo de batalla contribuye a que aparezcan corrientes pacifistas pequeñoburguesas, que militan por la "neutralización de Europa", e incluso por su "finlandización", como fulminan los círculos atlantistas. Pero los sectores más realistas



del capital europeo han comprometido, sobre todo que en las condiciones de un relanzamiento de la carrera armamentística por parte de los norteamericanos, dispondrían de pocas "bazas rentables" frente a estos.

Así, si bien las burguesías europeas están dispuestas a dotarse de medios indispensables para hacer frente a las "amenazas probables", sea "interiores", sea vinculadas a la protección de sus suministros petrolíferos, prefieren que los EE.UU. corran con la responsabilidad de la "cobertura nuclear de Europa" y de los medios clásicos de acompañamiento. En términos más concretos, se resisten a no ser más que clientes obligados a los Estados Unidos. La política alemana ilustra maravillosamente esta constatación.

Francia ocupa un lugar aparte en este concierto, pues no es miembro de la organizaciom militar integrada y dispone de fuerzas nucleares autónomas. Dicho esto, se enfrenta a un problema espinoso de orientación, ilustrado por las recientes polémicas sobre la "batalla del frente". A nivel militar, en efecto, hemos asistido estos últimos años a un proceso de integración "por abajo", caracterizado por una política de coproducción bilateral o multilateral de armas, pero este proceso tiene límites evidentes, si no viene acompañado de procesos sustanciales en términos de "integración por arriba" a nivel político, y por tanto militar, que permitiría conjugar los medios nucleares.

Hoy en día, importantes proyectos de coproducción, como el tanque franco-alemán, marcan el paso, y la construcción de una Europa "supranacional" no aparece como una prespectiva cercana. De ahí puede resultar, en el terreno de la política militar, un aislamiento creciente de París, a menos que Francia vuelva a la OTAN, y una tendencia al retroceso de multipolaridad del mundo occidental.

Sin embargo, en este terreno hay que ser prudentes, hasta que la administración Reagan no haya trazado con mayor precisión lo que va a ser su política exterior, diplomática y militar. Independientemente de la voluntad de los norteamericanos de retomar las riendas, la evolución del último decenio se caracteriza por un "declive relativo" de los Estados Unidos. Esto es un hecho.

Los cambios de rumbo son más fáciles en la teoría que en la práctica. Es evidente que la voluntad expresada por Ronald Reagan de disponer de un "margen de seguridad" en relación con Moscú, en el plano militar, que sustituya la búsqueda de una "paridad aproximada" en el discurso oficial del imperialismo, se traducirá prácticamente en la realidad por una aceleración de la carrera armamentística.

De ahí que se hayan reforzado las condiciones favorables para un rumbo intervencionista. Pero no por ello deja de ser cierto que la relación coste/eficacia de tal o cual tervención militar en caliente, en tal o cual región del mundo, continuará dividiendo a los expertos del Pentágono y de la Casa Blanca. La idea de un presidente que corre él solo riesgos desmesurados, pertenece al reino de los cuentos de hadas.

En el último orden de ideas, los círculos dirigentes norteamericanos conocen demasiado la capacidad de las burguesías europeas para darle mucha guerra con el fin de no hacer un enfoque más prudente en los hechos que en los discursos sobre las realidades de la Europa capitalista. En estas condiciones, podría suceder muy bien que la llegada a la Casa Blanca del cow-boy Reagan nos reserve algunas sorpresas, y que los Estados Unidos, por ejemplo, realicen una reorientación, en un ambiente internacional caracterizado por las crisis regionales, hacia un relanzamiento de la "coexistencia pacífica" con Moscú, lo que implicaría un retorno a las relaciones bipolares, que son una de las condiciones fundamentales del "mantenimiento del orden" a escala internacional, tanto en Occidente como en el Este. Esta es en todo caso la hipótisis por la que parece apostar la burocracía soviética.

La URSS, víctima y cómplice del imperialismo

Si se aferra tanto a un marco bipolar de control de la situación internacional, es porque la burocracia, por su naturaleza social conservadora, trata de evitar cualquier ruptura brutal de los grandes equilibrios mundiales. Bien entendido, esto no significa que se niegue a aprovechar las ocasiones se le ofrecen, en las periferias de las zonas de confrontación principales entre ella y el imperialismo —como en Afganistán—, pese a que la brutalidad y el cinismo que caracteriza sus métodos apenas le permiten obtener una relación coste/eficacia satisfactoria.

En el plano de la carrera armamentística, al igual que en lo que se refiere a sus grandes orientaciones militares, aparece de nuevo esta característica conservadora, que siempre la lleva a "jugar el juego" frente al imperialismo, sin poner en entredicho las reglas. Sin embargo, en este terreno, los dados están trucados, tal como hemos tratado de demostrar.

Por ejemplo, hay uan enorme mistificación en Occidente en cuanto al potencial defensivo de los países del Este. La burocracia, presentada como un agresor potencial, se describe frecuentemente como una potencia militar desmesurada en comparación con los medios, aunque considerables, de que dispone.

Su crimen consiste en no desmentir jamás esta caricatura, que le resulta útil, aunque con ello contribuya a desmovilizar a las masas de las principales ciudadelas imperialis-





tas, para máximo beneficio de los gobiernos occidentales.

La ridícula política del "secreto" es un engaño, pues los avances tecnológicos en el terreno de la observación, de la detección y de la vigilancia, particularmente con los satélites espía, permiten que los círculos dirigentes occidentales sepan muy exactamente a qué atenerse en cuanto al potencial real de la Unión Soviética y de los demás países del Pacto de Varsovia.

En revancha, las masa en Occidente, al igual que en los países del Este, permanecen en la ignorancia más absoluta y a merced de todas las campañas de intoxicación de la propaganda militarista occidental.

En 1977, con ocasión del asunto del *missile gap*, oportunamente avanzado para justificar el programa —"faraónico", en palabras del general Galois— de refuerzo del potencial intercontinental de Washington, la burocracia no rechistó. Fueron los norteamericanos, una vez logrado el "golpe", quienes desmintieron las "informaciones", completamente equivocadas, que habían puesto en circulación ellos mismos, a bombo y platillo, en torno al estado del arsenal intercontinental soviético.

Asimismo, la burocracia se callará con ocasión del asunto de los sistemas ABM, como se calla hoy en día a proposito de los SS-20 y sobre la cuestión de saber si están o no "mirvados". No sería difícil alargar la lista de ejemplos.

Pero existe un terreno en que los burócratas son más locuaces, y es el de la estrategia militar que los dignatarios del régimen encargados en cada momento de las cuestiones de defensa (mariscal Gretchko, mariscal Sokolovski, almirante Gorschkov, particularmente), han expuesto en repetidas ocasiones, en unas obras que llenan los estantes de las bibliotecas de los oficiales del Pacto de Varsovia.

En primer lugar los dirigentes soviéticos tratan de los fundamentos militares de la "coexistencia pacífica". Para ellos, se ha pasado de la "ineluctabilidad" de la guerra a su "no ineclutibilidad", pues, como explican, *"el hecho de que en nuestro planeta no haya estallado una guerra de misiles nucleares se debe ante todo a la existencia de la Unión Soviética, a la amistad de los Estados socialistas y a su potencia, capaz de detener al agresor"* (Volkogonov, *la Guerra y el Ejército).*

A este nivel y pasando por alto la "amistad de los estados socialistas", no podemos por más que estar de acuerdo, precisando que es aplicando a los Estados obreros el principio del derecho a la autodefensa que la IV Internacional aprobó el hecho de que la URSS, y después China, se dotaran de un arsenal nuclear. Pero sucede que la burocracia soviética no se ha limitado a esta estricta necesidad de disuadir al imperialismo de atacar con medios nucleares los territorios de los que habían sido expulsados los capitalistas.

En cambio se ha comprometido con una política de chantaje nuclear ante los países occidentales, percibida como una amenaza directa por los trabajadores de estos países, cosa que es tan estúpida como ineficaz. La modernización extravagante de su arsenal nuclear, su diversificación y el lugar privilegiado que ocupa ahora en el potencial global de defensa de los países del Este, equivale mucho a una simple limitación del imperialismo, aunque con medios bastante menos importantes que este.

La afirmación, también contrarrevolucionaria, según la cual los países socialistas deben poder ganar, en su caso, una guerra nuclear, forma parte de la misma orientación. Se olvida demasiado a menudo, en fin, que la lamentable adhesión de los PCs de masas de Europa Occidental a las fuerzas nucleares del imperialismo tiene sus raíces en el impacto negativo de la política de potencia nuclear de la URSS.

Por el contrario, hacía y hace falta apoyarse en la imposibilidad para el imperialismo de emplear su formidable arsenal nuclear, actuando a un doble nivel, y dotándose naturalmente de los medios de autodefensa, concebidos y presentados por tales, pero sobre todo suscitando por todos los medios la movilización de masas de las ciudadelas imperialistas contra sus propios burgueses. Una política eficaz de defensa de los Estados obreros no puede entrabar la movilización de masas, por mucho que los herederos de Stalin no hayan querido aprender nada de la victoriosa resistencia de las masas soviéticas al invasor nazi.

La naturaleza de la burocracia le impide aplicar esta política revolucionaria, pues minaría las bases de su poder. Así, el despliegue de un número considerable de misi**les SS-20, con objetivos anti-fuerzas en Eu**ropa, no se justifica ni en el plano de la necesaria defensa militar de los Estados obreros, ni siquiera en el de una política de apoyo activo a las luchas de masas anticapitalistas en los países de Europa Occidental.

Imaginemos por un momento la eficacia que tendría una movilización de masas de Occidente contra las últimas decisiones de la OTAN, junto a una iniciativa, ni siquiera de desarme parcial y limitado, sino del tipo de "moratoria" en torno al despliegue de los SS-20, bajo control internacional. Sobre este último punto, el del control, la burocracia también da la espalda a la eficacia, pues el diálogo permanente entre Estados, entre bloques, en el marco bipolar, excluye la intervención de las masas y de sus organizaciones, quitándoles de entrada toda posibilidad de influir con us movilización.

Imaginemonos también la eficacia, por ejemplo, que tendría la convocatoria de una conferencia mundial de los Estados y organizaciones obreras y dmocráticas, para el control in situ de los arsenales existentes. Los burócratas de Kremlim son incapaces de tomar tales iniciativas, y prefieren el **marco entrampado de las SALT, MBFR y** otras conferencias sobre el desarme que son otras tantas citas frustradas con la paz.

El segundo eje que vertebra la estrategia militar de Moscú se refiere al mantenimiento del orden burocrático en el "campo socialista". Se basa en la doctrina de Breznev sobre la llamada "soberanía limitada", o **en otras palabras, sobre la responsabilidad** colectiva del campo socialista cuando "están amenazados los intereses del socialismo" en uno u otro país miembro del Pacto de Varsovia.

En función de ello, según Breznev, *"la URSS no puede ser indiferente, y jamás lo será, ante el destino de la construcción del socialismo en los demás países, así como ante la causa del comunismo mundial"*, y otra precisión cínica : *"tal iniciativa de enviar* ***una ayuda militar a un país hermano*** *con miras a eliminar las amenazas que pesan sobre el orden socialista es una medida excepcional impuesta por las circunstancias. Sólo puede ser suscitada por la acción directa de los enemigos del socialismo en el interior y en el exterior de las fronteras del*





país, acción que comporta una amenaza contra los intereses comunes del campo socialista".

Ya se sabe qué tipo de práctica se trata de cubrir con estos discursos: ayer Checoslovaquia, mañana posiblemente Polonia, y que asigna a las tropas del Pacto de Varsovia un papel de "escudo del poder burocrático" frente a las masas en lucha por la democracia socialista. Esta es sin duda la mayor debilidad en el plano político, y por tanto militar, de la burocracia, debilidad de la que se alegran en los países occidentales, al menos mientras las "amenazas interiores" no comporten graves riesgos de desestibilización incontrolable.

La estrategia soviética oculta cada vez peor estas contradicciones que minan el orden burocrático, y que su política de competencia pacífica con el imperialismo en el terreno de la carrera armamentística acentúa de forma irreversible. La casta burocrática no tiene ninguna política alternativa, y bien que mal trata de proseguir, reforzando con sus opiniones políticas la eficacia de las presiones que aplica el imperialismo a las economías de los países del Este. Al mismo tiempo,asumen conjuntamente, por la fuerza de las cosas, el riesgo de una desestabilización mayor, esta vez en el corazón de Europa, con consecuencias incalculables.

Contra el militarismo, por el socialismo

El crecimiento potencial de un formidable poder de destrucción de la humanidad, por iniciativa del imperialismo estadounidense y de sus aliados europeos, con la complicidad objetiva del Kremlim, viene acompañado de un retorno al militarismo, en la forma de chantaje de la "apocalipsis nuclear" y otros artificios propagandísticos que no tienen otro objeto que el de desviar la atención de las masas de su lucha de emancipación nacional y social.



Paralelamente, los gobiernos occidentales se aplican a imponer en los hechos sus medidas de "militarización" social. Y por supuesto, la investigación, la puesta a punto y el despliegue de las nuevas generaciones de armas se aceleran en este contexto.

Combatir a unas y otras es una tarea del movimiento obrero en este periodo. De ahí se deriva la necesidad de realizar campañas masivas, que si bien pueden diferenciarse en los temas avanzados en cada país, deben poder converger para obstaculizar los preparativos de guerra del imperialismo. En esta medida, y porque objetivamente van en el sentido de un "desarme" político y militar de las ciudadelas imperialistas, estas campañas son el mejor medio de lucha por la paz, que pasa por la instauración del socialismo. A este respecto aparecen claramente una serie de ejes principales de lucha.

1) Contra el encuadramiento de la juventud en los Ejércitos imperialistas; la lucha por el pleno ejercicio de las libertades democráticas, de información, de expresión y de organización, con plena independencia **con respecto a la jerarquía militar, es un** arma poderosa contra el militarismo en todos los países de Europa occidental que aplican la conscripción. Permite darle un contenido concreto y de masas en las condiciones actuales, **a la tradición comunista, retomada en las 21 condiciones de adhesión a la Internacional Comunista, de un trabajo de dirección a los jóvenes proletarios reclutados bajo la bandera de la burguesía, independientemente de sus formas prácticas. Sin embargo, la conscripción no constituye en modo alguno una conquista del movimiento obrero, como pretenden las direcciones reformistas, estalinistas o socialdemócratas. Incluso históricamente se desarrolló en oposición al armamento de masas. De ahí que su reintroducción en los Estados Unidos no significaría otra cosa que un encuadramiento masivo de la juventud norteamericana, que debe ser combatido.**

2) Contra las medidas de "militarización" del territorio y de "encuadramiento" de las poblaciones, que degradan el medio ambiente y atentan contra las libertades. La implantación de los misiles móviles, como el MX en los EE.UU., la prosecución de experimentos nucleares, particularmente en el Pacífico, y los numerosos ejercicios militares "en campo libre", incluso en los centros urbanos, son otras tantas aplicaciones posibles. Asimismo, con el pretexto hipócrita de la protección de las poblaciones, se plantean en varios países los planes de "defensa civil", cuyo objetivo es la "protección de la retaguardia contra la subversión", con todo lo que ello supone de restricciones de las libertades obreras y democráticas. También en este terreno las aplicaciones son inmensas, desde la "militarización" de determinados servicios públicos **hasta la "reticulación" del territorio y la explotación informatizada de la vigilancia.**

3) Contra la OTAN y la Alianza Atlántica antiobrera. El imperialismo norteamericano redobla sus esfuerzos por superar la crisis de la OTAN, consecuencia de la reactivación de la clase obrera en el centro y en el Norte de Europa, después del Sur; ha re**gistrado un éxito al menos parcial, con el retorno de Grecia al seno de la** organización militar integrada. España es además presionada muy fuertemente para que se una al concierto atlántico. En cuanto a Francia, su ausencia de la organización integrada no da lugar a ninguna ilusión, y más que nunca asume su papel de pilar de la **alianza del Atlántico Norte. Otras tantas razones para movilizarse contra esta alianza contrarrevolucionaria, que aún hace poco demostró lo que era capaz en Turquía.**

4) Contra los presupuestos de guerra, que son una inmensa fuente de despilfarro de los recursos de la humanidad, tanto más escandalosos que las necesidades más elementales de tres cuartas partes de la población mundial no son satisfechas y que a los trabajadores de la metrópolis imperialistas se les impone la austeridad. Las menores restricciones a los créditos bélicos de los principales países industriales tienen un efecto benéfico en la carrera de armamentos, en la medida en que limitan la realización de programas de investigación, entre los más locos, y no les aseguran una salida certera en el mercado.

5) Contra el redespliegue de los medios militares del imperialismo a escala planetaria, ya se trate de la implantación de las nuevas ojivas nucleares en Europa, ya se trate de medios más clásicos de intervención





militar contrarrevolucionaria contra los **pueblos de las "zonas de tensión"**, en torno al golfo, y en el Mediterráneo, al igual que en el Caribe. Todo avance en este terreno contribuye a obstaculizar el nuevo curso intervencionista que pretende seguir Washington. La exigencia de la retirada de los marines del Océano Indico y del cierre de las principales bases aeroterrestres y portuarias de la región es particularmente importante en este terreno.

6) Contra los arsenales nucleares que ha**cen pesar sobre la humanidad una amenaza tan terrorífica como en parte incontrolable, por la suspensión de la fabricación y** por la destrucción de los stocks en Occidente y en el Este. Aunque no confundimos el papel respectivo en este terreno por parte del imperialismo y de la burocracia, es forzoso constatar que la política aplicada por Moscú es un obstáculo para las movilizaciones en pro del desarme de los belicistas occidentales. Una dirección revolucionaria tomaría iniciativas de desarme unilateral, sin poner en entredicho su capacidad de autodefensa, con el fin de suscitar poderosas movilizaciones de masas en defensa de la revolución, por el desarme de la contrarrevolución. Por consiguiente, la expropiación del capital de Occidente y el derrocamiento de la burocracia del Este son las únicas garantías decisivas que puede darse la clase obrera contra el chantaje de la guerra nuclear. Las conferencias-coartada del tipo SALT no son ninguna ayuda contra la carrera de producción de los más formidables medios destructivos jamás empleados en la tierra.

7) Control de los trabajadores sobre las producciones y ventas de las armas, **en la perspectiva de una reconversión y del socialismo.** Los reformistas hacen gala de demagogia al defender las producciones de armas en nombre del "empleo" o de la "independencia nacional". En cambio, hay que luchar, por la nacionalización bajo control obrero de todas las industrias que participan en esta producción y por su reconversión en el marco de un plan democráticamente elaborado, en que sean las necesidades de las masas las que orienten las opciones de la producción, y no a la inversa. Sólo el socialismo puede resolver definitivamente el problema de la carrera de armamentos.

En la mayoría de los países occidentales están a la orden del día las tareas que combinan varios de estos ejes de lucha. En diveros países ya se han iniciado luchas de masas. Deberán conocer un nuevo auge importante en el próximo período, pues ésta es la única vía realista de responder, por parte de la clase obrera, a los preparativos de guerra y al relanzamiento de la carrera de armamentos por parte del imperialismo. ■

El DEBATE en el movimiento obrero POLACO



EN el transcurso de los primeros meses de su existencia, los sindicatos independientes *Solidarnosc* no han dejado de chocar con los ataques y golpes bajos que le asesta la burocracia. Así, todas las energías se han concentrado en la cuestión de la legalización, lo que explica en gran parte el retraso en la discusión colectiva en torno a la elaboración programática. En este sentido, los textos que publicamos a continuación, y en el próximo número de INPRECOR —todos ellos anteriores al 10 de noviembre de 1980— no son sino un inicio de reflexión, una formulación incipiente de la estrategia del movimiento.

En torno a la cuestión del poder y del enfrentamiento con la burocracia, Karol Modzelewski, que dice lamentar las posiciones marxistas que mantenía hace quince años, se sitúa en una perspectiva deliberadamente reformista. Para él, el movimiento actual se inscribe *"en el marco de la dictadura del partido"*. Su insistencia en la necesidad de un *"pacto de no agresión"* con el poder es un reflejo de las posiciones defendidas por Adam Michnik, uno de los animadores del KOR y con el que dice estar de acuerdo.

Este último afirmaba recientemente, en un mitin celebrado en la Universidad: *"Sería ilusorio y peligroso soñar con un derrocamiento del poder. Podemos estar insatisfechos con el poder —y personalmente lo estoy— pero tenemos interés vital en que se mantenga"*.

En cambio, lo que choca en Jacek Kuron son las contradicciones de sus palabras. Por un lado parece pensar que el enfentamiento es inevitable, habla de la *"desintegración del poder"* y afirma que *"radicalizarse significa volverse contra las autoridades y contra las estructuras políticas"*. Pero al mismo tiempo insiste en la necesidad de fijar límites a la dinámica del movimiento y piensa que esto es posible, sobre la base de un programa de conquistas parciales y progresivas.

Sus palabras expresan al mismo tiempo una gran lucidez en torno a la manera en que progresa la conciencia de las masas a través de la acción, y una negativa a definir de entrada las tareas políticas del movimiento, ante el temor de que el mero hecho de plantearlas genere un enfrentamiento que hay que evitar a toda costa.

Por nuestra parte, no somos partidarios del todo o nada. Pensamos que los compromisos a que se ha llegado hasta ahora, por parte de la dirección del movimiento, se habían hecho necesarios a causa de la juventud y de la fragilidad de éste, de la exigencia de ganar tiempo para poder construir una verdadera organización de masas. La prueba de que estos compromisos no traicionaban los intereses de los trabajadores estriba en que, lejos de debilitar al movimiento, le han permitido reforzarse y hacer frente en cada momento a los nuevos embates.

Pero pensamos que es un error el querer limitar las tareas del sindicato a la elaboración de un "programa mínimo", como pretende Kuron. Los hechos, por lo demás, demuestran que los trabajadores no se contentan con avanzar reivindicaciones económicas inmediatas: el cese de numerosos dirigentes locales del partido y del gobierno, exigido por *Solidarnosc*, al igual que la voluntad expresa de controlar el papel de la policía y de la milicia, rebasan ya ampliamente el marco de las "tareas limitadas, minimalistas" de que hablaba Kuron en setiembre.

Asimismo, la esperanza de Antoni Macierewicz de que *"íbamos en este sentido* (el del programa económico publicado por la revista *Glos*) *lentamente, tranquilamente y de manera responsable"*, es contraria a la dinámica del movimiento, cosa que destaca él mismo cuando afirma que esta dinámica *"es explosiva para la dirección del POUP. Toda reforma económica seria sería una catástrofe para esa gente (...), sería la muerte para ellos"*.

Por eso pensamos que los autores de los dos textos publicados en el boletín de debate de *"Forum Agosto-80"* llevan razón cuando afirman que los obreros *"quieren gobernar y son capaces de ello"*, y que el programa que necesitan actualmente es *"un programa basado en la exigencia de una ampliación del poder económico, de manera que éste repose directamente en las manos de la clase obrera, tanto a nivel de empresa como a nivel regional y en todo el país"*.

Esto plantea inmediatamente el problema del tipo de participación en la gestión de la economía que deben aceptar los trabajadores en el estado de cosas actual. Y también en este terreno pensamos que los autores de los textos del *"Forum Agosto-80"* llevan razón, contra Karol Modzelewsky, cuando éste invoca la necesidad de que *"ambas partes sean razonables"*, en nombre de una *"visión realista de lo que es posible hoy en día desde un punto de vista económico en Polonia"*.

Porque esto es no comprender que los intereses propios de la burocracia, en tanto que capa social parásita, son contradictorios e incompatibles con la buena marcha de una economía colectivizada. Estos dos textos nos parecen también más claros que los de Macierewicz y Kuron en torno a la cuestión del plan y de la cogestión.

Al igual que Jacek Kuron, se oponen al principio de la cogestión de la economía con la burocracia, aunque insistiendo en la importancia que el sindicato no esté a la defensiva sino que impulse, por el contrario, las formas democráticas que permitirán que los trabajadores impongan su punto de vista en materia de gestión económica y, en el futuro, se hagan cargo de sus propios asuntos.

Pero van más lejos en la formulación de propuestas relativas a la elaboración del plan por la base y a los mecanismos que permitirán un auténtico control de los trabajadores sobre la economía (sugieren particularmente la formación de una Cámara Obrera en el Parlamento). Y ponen el acento en el carácter decisivo de la **coordinación** de la autogestión a nivel de las empresas y regiones, cosa que es contraria a la posición de Macierewicz, que habla de la necesidad de liquidar el plan central, alimentando así todas las ilusiones en torno a la posibilidad de resolver los problemas económicos globales empresa por empresa.

La claridad de estas cuestiones es muy importante, máxime cuando los proyectos del ala "liberal" de la burocracia se expresan ya en artículos aparecidos en *Polityka* y *Sycie Gospodarcze*, dos periódicos abiertos a los tecnócratas y "reformadores" del partido. Con la pretensión de defender los "intereses supremos de la nación", estos últimos proponen que *Solidarnosc* participe en la toma de decisiones, pero esto para encadenar mejor al sindicato a la "responsabilidad de la buena marcha de la economía" (y por tanto de los errores cometidos). No cabe duda que para ellos la economía es algo demasiado serio como para dejársela a personas que no son "especialistas"...

Se ve, pues, la importancia que tiene el que aparezcan rápidamente unas posiciones programáticas claras. Pero el debate no hace sino empezar. ■

El Debate en el Movimiento Obrero Polaco

Jacek Kuron: ¿cómo continuar?

OS acontecimientos que presenciamos han sacudido los cimientos del sistema en que vivimos. Así, el principio **cardinal** del funcionamiento de todas las instituciones de la vida social, el monopolio del Estado sobre la organización, la información y la decisión, ha sido puesto en tela de juicio. Este proceso ha sido iniciado por los obreros en huelga, que han obligado al poder a aceptar la organización de los **sindicatos independientes y que han empezado a formarlos.**

La desintegración del sistema

Imaginad que en los ferrocarriles polacos (PKP), donde todo movimiento depende de un horario que se determina centralmente, se introduce de pronto una serie de trenes cuyo horario ha sido decidido democráticamente por los ferroviarios o los pasajeros. Los sindicatos independientes son precisamente esos trenes, en un sistema en que toda la vida social está dirigida por una central del partido y del Estado. Por supuesto, un sistema social no tendrá jamás, por muy totalitario que sea, la perfección de un horario de trenes, pero a pesar de todo no puede funcionar sobre la base de dos lógicas completamente contradictorias.

Comprenderemos mejor este problema si tomamos el ejemplo del plan económico. Cada año, entre septiembre y octubre, las direcciones y los trabajadores reciben, para lo que se denomina una ''consulta'', las directivas del plan económico para el año siguiente. En general, estas directivas son criticadas más o menos duramente, y posteriormente la central envia un plan en que no se ha tenido en cuenta ninguna de estas críticas.

Este año no puede repetirse esto. La gente se siente fuerte porque tiene su organización. En las diversas reuniones en las fábricas se anuncia ya que la propuesta de plan será rechazada. ¿Es posible que en estas condiciones el poder pueda elaborar un plan que sea efectivo y concuerde con las voluntades sociales?.

Señalemos que ésta es la cuestión esencial para el sistema, y que más de una vez se ha intentado dar una respuesta afirmativa. En 1956, en Polonia, hubo economistas, *managers* y el movimiento de autogestión obrera que se esforzaban en este sentido. Sin embargo, en la práctica este problema no ha sido resuelto, ni entonces ni hasta ahora.

Actualmente ya nadie se ocupa de la cuestión; el plan será *o bien* aceptado por toda la sociedad, *o bien* no será. En este último caso, los trenes que siguen horarios diversos colisionarán.

El mismo fenómeno aparece en otros sectores, en los que el surgimiento de los sindicatos independientes ha liberado la actividad social. Conozco cooperativas de viviendas cuyos miembros han empezado, amparándose en los estatutos, a dirigir realmente la cooperativa. Algunos intentos análogos se han producido en cooperativas de asistencia médica, detrás de las cuales se meterá pronto todo el sector cooperativo, incluídas las cooperativas de consumo y campesinas, las cooperativas de compra y de venta, etc.

Estas últimas constituyen un eslabón importante de la autogestión campesina, cuyo programa ya ha sido propuesto por las organizaciones campesinas que están formándose. El programa de autonomía de la enseñanza superior, y por tanto de la ciencia, está en proceso de elaboración por parte de los trabajadores científicos organizados en los sindicatos independientes y por el nuevo movimiento estudiantil que está gestándose.

Cada uno de los movimientos mencionados —y no he citado a todos los que ya existen— tiende a limitar las prerrogativas del centro de decisión. Cada uno agrava asi la desintegración del sistema central de dirección, y por tanto de su aparato. Para impedir esta desintegración, el aparato debe, *o bien* hacerse con el control de los movimientos sociales autogestionados —vaciándolos de su contenido—, *o bien* transfor-





mar el sistema en el sentido de la democracia, y esto muy, muy rápido.

La primera solución no es probable. La sociedad ya está organizada independientemente del poder de Estado, y por tanto puede asegurar una auténtica democratización y ser la garante de esta democratización. Por primera vez en 35 años nos encontramos en una situación así de autoorganización de la sociedad, que obliga al poder a proceder a la reforma.

Frente a la sociedad organizada, el poder no puede hacer nada. No tiene base social, no hay ningún grupo en que pueda apoyarse. No puede utilizar sino al ejército, y en la situación actual este ejército tendría que ser extranjero.

¿Entonces, puede plantearse la segunda solución? ¿Puede cambiar el aparato de naturaleza y cambiar el sistema, con extrema rapidez? Me temo que esto sea poco probable. Pero si esto no se hace, ¿acaso no intentará tomar la acción suicida de detener el movimiento por la fuerza? Semejante tentativa puede llevar muy bien a la intervención soviética. El poder tiende a abusar de esta amenaza. Pero por el momento no se la puede considerar como algo imaginario. Entonces, ¿hay que frenar el movimiento para rechazar la amenaza de intervención?

Para contestar a esta pregunta hay que darse cuenta de que todo movimiento social tiene su propia dinámica y que es imposible dirigirlo, ni desde el interior (en tanto que dirigente), ni a fortiori desde el exterior (en tanto que consejero), sin tenerlo en cuenta.

La dinámica del movimiento social

La gente, que durante años se ha visto privada de sus derechos, amenazada y humillada, constituye hoy una fuerza inmensa, pero aún no es consciente de ello. No creo que puedan realizar sus aspiraciones, máxime cuando aún no han logrado expresarlas. Simplemente se rebelan contra las condiciones en que viven, y contra el poder que consideran responsable.

Son muchos los que aún no creen que se pueda obtener algo, aunque ya estén actuando. Para ello se pueden avanzar, al principio, las reivindicaciones más minimalistas, en torno a las cuales se organizará el movimiento. Si hoy se avanzaran consignas que van más lejos, como *independencia nacional y democracia parlamentaria* —lo que sin ninguna duda concuerda con las aspiraciones de los polacos—, estas consignas no podrían atraer a las amplias masas de la sociedad. En torno a semejante programa no podría organizarse el movimiento, pues en la conciencia de todos este programa es irreal.

Por esta razón, al principio sólo pueden avanzarse tareas limitadas, minimalistas, que afecten no tanto a lo que quisiera la gente, sino a lo que considera indispensable. En cambio, si la gente se organiza en torno a objetivos definidos —aunque minimalistas—, y empieza a actuar, entonces se crea un movimiento y cada nuevo logro de este movimiento ayuda a que se expresen tareas cada vez más acordes con las aspiraciones sociales.

Esto se puede ver perfectamente si observamos el desarrollo de la ola de huelgas de julio y agosto. ¿Cuánto tiempo hizo falta para que asumiera la consigna de la creación de sindicatos independientes? ¿Qué camino tuvo que recorrer, desde la tímida formación de la comisión obrera de Ursus, donde ni siquiera se atrevían a llamarse así, y la expresión clara de las reivindicaciones relativas a la organización, al derecho de expresión, a la liberación de los presos políticos, etc.?

En julio durante la huelga, los trabajadores del ferrocarril de Lublin disolvieron en antiguo consejo de empresa y exigieron la convocatoria de nuevas elecciones. Se trataba en aquel entonces del programa que expresaba mejor las aspiraciones de los trabajadores a tener una representación propia y auténtica. Los dirigentes de la huelga, que avanzaron esta reivindicación, fueron elegidos entonces al nuevo consejo.

Si, en cambio, durante la huelga del litoral los comités de huelga hubieran dado marcha atrás en relación a las posiciones de Lublin, habrían perdido la dirección y habrían salido derrotados. Las elecciones —caso de haberse celebrado— no habrían llevado a estos dirigentes a la victoria. Es precisamente por esta razón que los dirigentes actuales de los sindicatos no pueden avanzar con ningún pretexto un programa que reduzca la democracia a la cuestión de los salarios y de las condiciones de vida. No pueden impedir que la sociedad polaca asuma el programa de autogestión en las cooperativas, la agricultura, la econo-

mía, el programa de la autonomía en la ciencia y la cultura. No pueden impedir que los trabajadores rechacen las directrices del plan. Esto significa, por supuesto, que pueden decir lo que deseen, pero caso de hacerlo no serían escuchados y perderían su autoridad para siempre.

Mantener el silencio en torno a este problema de la desintegración del poder no es ninguna solución. Esta desintegración es un hecho, y si el movimiento de democratización de la sociedad no lo tiene en cuenta, puede sufrir una derrota de consecuencias imprevisibles. Cuanto más débil sea el poder, tanto menos capaz se mostrará —cosa que equivale a decir lo mismo— de adaptar la política a la situación, y tanto más se radicalizará el movimiento de democratización. En esta situación, radicalizarse significa volverse contra las autoridades y contra las estructuras políticas.

Cada nuevo paso adelante —a pesar de las amenazas— debilita la visión del peligro. Es cierto que los polacos son conscientes del peligro de intervención soviética, pero el poder (y con él también una parte de la *intelliguentsia* liberal), ha abusado de esta amenaza. Durante la huelga de Lublin, que aún no avanzó reivindicaciones políticas, este argumento se empleó abiertamente, y en cierto modo fue eficaz.

Han estallado nuevas huelgas y esta amenaza se ha desacreditado a sí misma. Durante la huelga del litoral, el poder hizo todo lo posible por difundir rumores de que los tanques rusos estaban entrando. Cuando finalmente los huelguistas vencieron, al margen del hecho de que el peligro fuera real o no en un momento dado, en gran parte se ha difuminado en la conciencia social.

¿Pueden fijarse límites a la dinámica del movimiento? Sí, es posible y hay que hacerlo. Pero la única manera de hacerlo es por medio de un programa que permita que el movimiento se desarrolle y al mismo tiempo se le fijen unos límites.

Es hora de darse cuenta de que hemos entrado en la etapa de movilización de masas, y únicamente los que precisen sus objetivos y sus temores claramente, públicamente, pueden actuar con posibilidades de éxito. Ningún silencio, ningún acuerdo entre bastidores, ninguna negociación discreta pueden influir realmente en el movimiento y no hacen más que dar paso a los rumores y las intrigas.

En cambio, las relaciones democráticas ayudan a hacer que aparezcan las divergencias y a superarlas. Ha llegado también la hora de formular públicamente programas de democratización y su discusión pública. Antes de llegar a un programa común, no cabe duda que habrá que diferenciarse. Lo único que importa es que estas diferencias sean claras para todo el mundo.

La propuesta de formular claramente los programas y sus límites chocará sin duda con la oposición de todos los que piensan que ciertas palabras —al igual que los nombres de quienes pronunciaron estas palabras desde hace ya tiempo— pueden ser peligrosas. Tendrían razón si el diagnóstico presentado más arriba resultara totalmente equivocado.

Es decir, si admitiéramos que el proceso de democratización puede limitarse hoy a los sindicatos, que sólo se ocuparían de cuestiones relativas a los salarios y a las condiciones de trabajo, y que además estos sindicatos serán capaces de frenar las reivindicaciones salariales, a pesar del descenso del nivel de vida, sin un programa real de mejora de la situación económica o más bien con un programa elaborado —y esto no sería la primera vez— por las autoridades del Estado.

Considero que semejante visión es utópica y por tanto aventurera. No creo que las autoridades soviéticas puedan tomársela en serio. Por consiguiente, o bien aceptarán, dentro de determinados límites, la democratización de Polonia, o bien enviarán a sus tropas, y esto sin preocuparse por las palabras que nosotros podamos utilizar.

Nuestras tareas

He escrito que existe una posibilidad de orientar los movimientos sociales de manera que puedan mantener sus reivindicaciones dentro de los límites de la seguridad nacional. Esta posibilidad es la de elaborar un programa de democratización, de acuerdo con las aspiraciones de los polacos, y que al mismo tiempo no vaya más allá de dichos límites.

El marco de dicho programa fue elaborado hace tiempo por los círculos que colaboran con el KOR en sentido amplio: el grupo formado alrededor del periódico *Robotnik,* los sindicatos libres del litoral de Gdansk, los comités de autodefensa campesina, los comités estudiantiles de solidaridad, etc.: es el programa de la autoorganización de la sociedad. En ese programa se habla precisamente de los sindicatos independientes, de la autogestión obrera y municipal, de la autonomía de la ciencia y de la cultura, en pocas palabras, de la creación de la democracia en el nivel más bajo de la sociedad.

Este movimiento no puede proponerse el derrocamiento del poder político, pero con sus instituciones y por su existencia impondrá sus reivindicaciones frente al poder. Por otro lado —y en estos momentos, esta es la tarea más urgente—, ayudará al poder a satisfacer sus reivindicaciones. Pienso en el movimiento de los expertos, de los hombres de ciencia, que ha emprendido la tarea de elaborar un programa de reforma económica y que van a empezar a formar distintas instancias de autogestión en el terreno económico.

Como perspectiva, este movimiento deberá afectar a toda la administración del Estado. Pero ya ahora puede desarrollarse una amplia autogestión obrera en la discusión en torno a los proyectos de reforma económica y del plan, y esta será la condición y el motor de esa reforma global.

En este proceso de democratización, la sociedad pepara su futuro sin alcanzar los límites de la seguridad nacional. Pero estos límites no son rígidos, se desplazan a medida que se degrada la situación internacional de la URSS, a medida que se desarrollan las fuerzas centrífugas en el Estado soviético y en su área de influencia, a medida que crece la dependencia económica del bloque soviético con respecto a Occidente etc. La democracia parlamentaria y la independencia nacional son las dos aspiraciones principales de los polacos. No podemos proponernos ahora estas tareas, pero al mismo tiempo son la perspectiva de todas nuestras actividades.

Hemos llegado a un punto sin retorno. Pienso que hoy la URSS tolerará la democratización por abajo, tal como la he descrito, para no tener que intervenir militarmente. Mañana puede aceptar nuevos avances de esta democratización, a cambio de la garantía de sus intereses militares. Pasado mañana... podemos prescindir de este pronóstico. Lo que importa es que la sociedad polaca esté dispuesta a aprovechar todas las oportunidades. Y para ello debe organizarse en movimientos independientes y autogestionados.

Las tareas inmediatas

¿Cuáles son actualmente, a la luz de este programa, las tareas inmediatas?

En primer lugar: Hay que delimitar **claramente las tareas de los sindicatos en** proceso de construcción, como las propias de organizaciones de trabajadores formadas para defender sus intereses. Los sindicatos no deben entrar en la esfera de la autogestión, no deben llevar a cabo las reformas económicas ni proceder a cambios en la estructura o en el funcionamiento de la administración; en breve, no deben ocupar el puesto de la administración.

Es natural que se ejerza una fuerte presión en este sentido, pues los sindicatos independientes son actualmente la cabeza de puente del proceso de organización de la sociedad, y la sociedad quiere decidir su futuro. Esto se ve claramente en el acuerdo de Gdansk, un acuerdo entre las autoridades y la sociedad que afecta a todas las esferas de la vida social, o casi todas.

Pero los militantes deben resistir a estas presiones. Sin rechazarlas, pues esto es imposible. Los sindicatos sólo pueden asumir

una parte de estas aspiraciones: la defensa de los intereses obreros, claramente precisados, y de sus reivindicaciones. En cambio, deberían promover otras formas de democracia, es decir, instituciones sociales que se encargarían de las tareas que tiende a asumir la sociedad. Por ejemplo, diversos consejos de autogestión, empezando por los que se ocuparán de la gestión económica. Desde este punto de vista hay dos iniciativas de los sindicalistas de Gdansk, militantes de los sindicatos independientes autogestionados, que me parecen particularmente importantes.

La primera es la idea de los consejos de trabajadores que deben organizar los sindicatos, o más precisamente, cuya organización deben impulsar. En estos consejos, los trabajadores se harían cargo de diversos asuntos en tanto que copropietarios de la empresa, o incluso del ramo (existe un proyecto de Consejo de la Construcción). La responsabilidad de las decisiones de estos consejos incumbiría a sus miembros y a las autoridades con las que negocien, y no a los sindicatos.

La segunda iniciativa, aún más interesante desde el punto de vista institucional, consiste en conservar los actuales consejos de empresa y convertirlos en auténtica representación de los trabajadores. El fondo social, controlado hasta ahora por los sindicatos, que de este modo tiene que realizar una serie de tareas administrativas, quedaría a disposición de estos consejos.

Estos consejos, elegidos por todos los asalariados sobre la base de listas propuestas por los sindicatos y otros organismos, serían formalmente independientes de los sindicatos. Se ocuparían de la gestión del fondo social y de la caja de préstamos y asistencia mutua.

Los sindicatos no tendrían porqué ocuparse de todas estas tareas administrativas. Presentarían candidatos a las elecciones, velarían por el buen desarrollo de las mismas y podrían influir así, a través de sus miembros elegidos, en el trabajo de los consejos, controlarlos, ayudarles y defenderlos —pero en ningún caso sustituirlos—. El interés inmediato de esto es evidente: de este modo se descargaría a los jóvenes militantes sindicales de los numerosos problemas administrativos. Los sindicatos libres de la carga de las funciones administrativas, podrían conservar su carácter de clase, y los militantes sindicales no se convertirían en administradores.

Estos consejos serían además una formidable escuela de democracia, y al mismo tiempo el núcleo de la autogestión. Esta última no se confundiría en ningún momento con los sindicatos.

En segundo lugar: Considero que la construcción del movimiento por la reforma económica es la tarea más urgente. Ya he hablado aquí de sus tareas y de los que deben llevarlas a la práctica.

Los sindicatos deben luchar por las reivindicaciones sociales y las condiciones de trabajo de manera consecuente y eficaz, desde el principio, desde ya, en el mismo proceso de su construcción. Pero no hay que olvidar que los sindicatos sólo representan un punto de vista y que este punto de vista sólo debe discutirse, frente a otros, en el marco de la negociación. Ahora no se puede adoptar, en la acción sindical, el punto de vista del Estado, así de golpe. Este sólo puede forjarse mediante la discusión entre los diversos intereses que pueden formularse hoy.

La dominación del Estado sobre el ciudadano proviene del hecho de que nadie representa el punto de vista del ciudadano. Por consiguiente, todos representan al Estado y el interés del Estado. Esto no sólo destruye al ciudadano, sino también —y quizá sobre todo— al propio Estado.

La discusión entre los diversos intereses, entre los distintos puntos de vista, debe realizarse al nivel de los movimientos sociales. **En lo que se refiere al plan y a la** reforma económica, las negociaciones deberían tener lugar entre el movimiento sindical, el movimiento de la reforma económica y los consejos de trabajadores. Pero no podemos limitarnos a esto.

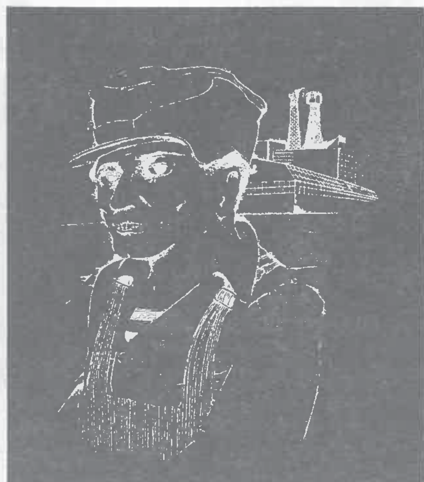
Ya surge el movimiento de autogestión campesina. Pondrá en marcha el plan de reforma de la economía rural y es necesario que le ayuden los científicos, los expertos y los estudiantes afectados. Es necesario que este movimiento defina los intereses específicos de la economía rural y de los campesinos, junto con los sindicatos y el movimiento de la reforma económica.

Otra gran tarea que ya hemos mencionado es la actividad independiente en todas las esferas de la vida social. Junto a la autogestión de la ciencia, de la cultura, de la economía, hay que crear la autogestión en la enseñanza y en la educación, así como **—y esto no es lo menos importante— el** movimiento de defensa de los derechos jurídicos, en defensa de la independencia de los tribunales y de los abogados.

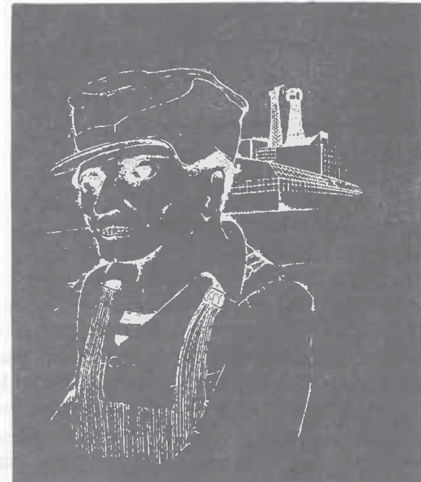
Por supuesto, aquí no hemos podido citar todas las esferas de la vida social. No cabe duda que se emprenderán todas las actividades posibles, pues se desarrollará la actividad social y chocará constantemente con nuevos problemas.

Ante tal pluralismo de movimientos sociales, todos los intentos de centralización están condenados de antemano. Lo que está a la orden del día es un acuerdo programático y no organizativo. Para ello es necesario que los militantes de los distintos movimientos elaboren los programas en común, es decir, públicamente, se diferencien, se dividan y después se pongan de acuerdo y se unifiquen.

Ante nosotros está la inmensa tarea de construir la democracia. Sólo puede llevarse a cabo democráticamente. ■







El Debate en el Movimiento Obrero Polaco

Entrevista con Karol Modzelewsky

Inprecor: *¿Está usted actualmente de acuerdo con el análisis que hacía en 1964, en la "Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco"?*

Karol Modzelewski: No, porque estoy en desacuerdo con el sistema conceptual que determina el análisis que hacía entonces. Aunque puedo reconocer que no es este el problema que me preocupa más en estos momentos, pienso que la revolución no es un fin en sí misma, y que es un error dejarse quiar por un sistema de valores hasta tal punto que se le subordinen todos los valores en general. Pienso, por otro lado, que en su crítica del capitalismo, el marxismo contiene elementos totalitarios, particularmente en la manera que aborda los problemas culturales o la cuestión nacional. De hecho, pienso que la acción revolucionaria no tiene sentido si ha de llevar a un país al borde de la catástrofe.

—Pero en los países capitalistas, es el propio sistema capitalista el que genera "catástrofes" como el paro masivo, los fenómenos de polución irreparables, afectando a regiones enteras, o la liquidación pura y simple de las estructuras sociales y económicas como en el caso de dictaduras como la de Somoza en Nicaragua.

—No sé lo que sucede en Nicaragua, pero sé que los problemas no se plantean en los mismos términos que en los países capitalistas. Pues pienso que aquí el régimen es reformable.

¿Y piensa usted, a la luz de lo que sucedió en Checoslovaquia en 1968, que la U.R.S.S. aceptará tranquilamente que se produzca esta reforma sin intervenir?

—Espero que las fuerzas políticas existentes serán capaces de encontrar una solución duradera y que evite la intervención soviética.

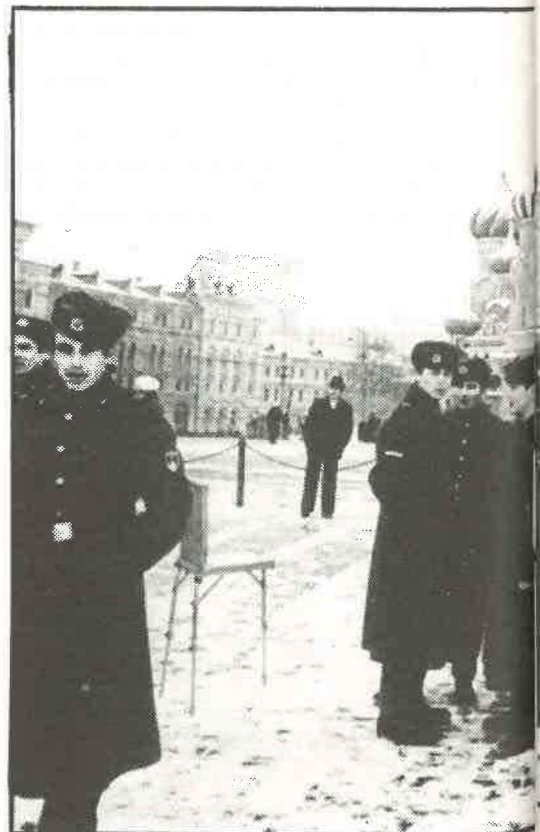
El ejemplo de Checoslovaquia sólo muestra una cosa: la URSS no estaba dispuesta a tolerar esta reforma, en aquel momento, en aquel marco. Sin embargo, esto no demuestra que las cosas vayan a producirse de la misma manera aquí. Pienso que hay que mostrar realismo geopolítico y contar con todos los datos que determinan la situación, y en particular la actitud de la URSS. Cosa que precisamente no hacía la *Carta Abierta*, pues se limitaba a algunas consideraciones generales, sin tener en cuenta la específica que existe en Polonia. Lo que queremos ahora es lograr imponer unas condiciones de vida claramente superiores, y que desborden el marco del régimen totalitario, aunque sin hacerlo estallar (gracias a la existencia de sindicatos independientes, de una verdadera libertad de expresión y de las libertades civiles en particular). En este sentido estoy de acuerdo con la manera en que Adam Michnik aborda los problemas en su artículo. Lo que hace falta es que la situación social del trabajador cambie profundamente, que se reconquiste una auténtica libertad universitaria, por ejemplo, y que se reúnan las condiciones para avanzar hacia un sistema de autogestión.

—¿Pero esto le parece compatible con las relaciones de dominación de la burocracia soviética sobre los Estados obreros que permanecen bajo su dependencia directa en el plano económico y político? Y si, como esto parece derivarse de las distintas informaciones aparecidas en la prensa internacional, el ejemplo de la lucha que desarrollan los trabajadores polacos inspira a la clase obrera de otros países del Este, ¿no piensa usted que esto tendrá implicaciones inmediatas en la actitud de los dirigentes soviéticos?

—En primer lugar, pienso que la situación es claramente distinta en los demás países del Este, y que existen pocas probabilidades de que el ejemplo polaco se extienda. Si tomamos el caso de Hungría, por ejemplo, se constata que las reformas económicas realizadas le permiten actualmente al régimen apoyarse en las capas medias, cosa que no sucede en absoluto aquí. Además, los trabajadores húngaros no han olvidado el año 1956... en lo que se refiere a Checoslovaquia, no es imposible que los trabajadores se reclamen del ejemplo polaco, si existe la voluntad de tratar de conciliar el sistema actual con una democratización de las relaciones sociales. Pero también aquí, los diversos factores que determinan la situación actual son muy diferentes a los que prevalecen en Polonia.

No cabe duda que el peligro de una intervención soviética en polonia seguirá existiendo durante muchos meses. Pero hay que contar también con lo que obstaculiza dicha intervención. Por un lado, pienso que Afganistán nos ha salvado. No por razones logísticas, sino a causa de las implicaciones políticas que habría tenido esta intervención en Polonia, en un momento en que la URSS está empantanada en la guerra de Afganistán. Las consecuencias de esta intervención, para la política de la URSS en materia de armamento, en relación a Europa, son también un factor con el que hay que contar. Ahora, es evidente que si la "peste democrática" invade el Partido, la milicia, el ejército, la prensa, etc. y si esto se combina con dificultades económicas y una crisis interior en la URSS que plantee el problema del poder, entonces, por supuesto, el problema de la intervención soviética se planteará en términos distintos.

—¿No piensa usted que la dinámica del proceso de autoorganización que se extiende hoy en día por todo el país desbordará rápidamente el marco de las reformas controladas que propone usted? ¿Y si no es necesario precisamente hoy, plantear la cuestión de la autoorganización en los mismos términos en que lo hizo usted en la



Carta de 1964, a propósito de los Consejos Obreros y de su centralización, y preparar desde ahora las formas de organización que serán necesarias en caso de intervención militar, a saber, las milicias obreras?

—Pienso que con el movimiento actual, no estamos frente a unas estructuras de poder democrático, que se tratan en la *Carta,* sino que más bien se trata de unas formas sociales de organización en el marco de la dictadura del POUP. Es cierto que es una dictadura limitada, debido a la propia crisis por la que atraviesa el POUP. Este apenas tiene nada que más que su aparato en que apoyarse. Sus militantes, o bien desconfían, o bien participan directamente en la constitución de nuevos sindicatos. La mayoría de ellos se negarán a participar en un proyecto de reforma del Partido. Por lo demás, el aparato está tan esclerotizado, por 35 años de selección negativa, que sus miembros han perdido el instinto de autoconservación colectiva que existía en periodos anteriores. Se mueven fundamentalmente por aspiraciones individuales y el arribismo, que hacen que no sea en absoluto cierto que trataran de meter a un hombre como Fiszbach en el ejecutivo del Partido. Tampoco pienso, sin embargo, en un retorno de Moczar, que está un tanto marcado, aunque se puede preveer, por lo demás, que los cambios de personas proseguirán.



—Pero para volver a la cuestión de la autoorganización, he seguido con interés los términos del debate que tuvo lugar en Gdansk, en Septiembre, en torno a las estructuras de coordinación y de dirección del movimiento. La posición que ha defendido usted, frente a Lech Walesa, me pareció ir en el sentido de una centralización del movimiento —cosa que para mí es decisiva—, debido a la heterogeneidad de los grados de organización y niveles de conciencia en las diversas partes del país.

—Sí, pero hay que comprender que existen buenas razones detrás de las objeciones hechas por Lech Walesa, contra la formación de una estructura central del movimiento. Se trata de un movimiento que saca su fuerza de su implantación regional ante todo. Y la comisión nacional propuesta en los estatutos deberá asumir una representación real de las estructuras regionales, así como de los sectores. Estas prerrogativas serán mayores que las de la comisión actual, que no tienen ningún poder de decisión. Esto demuestra que el punto de vista de la gente ha evolucionado. Pero no deja de ser menos esencial el preservar la dimensión regional del sindicato, aunque sólo sea porque las posiciones de los diversos MKZ difieren bastante de una región a otra y esto en torno a una serie de puntos, desde la manera de abordar la cuestión del aumento de salarios hasta la actitud a adoptar frente al KOR.

—Me parece que pone usted más el acento en la dimensión regional que en la dinámica del movimiento, que se reflejó en la huelga del 3 de Octubre, que se vió forzada a seguir adelante y dotarse de una perspectiva nacional, no sólo desde el punto de vista de las estructuras de coordinación, sino también desde el punto de vista de su programa y de sus perspectivas de acción, frente a la negativa del Gobierno a mantener sus promesas del mes de Agosto.

—Es posible. Pero lo que me parece decisivo, por mi parte, es que se eviten tensiones sociales en torno a cualquier cosa, que sólo pueden llevarnos a una anarquía económica. Por ejemplo, pienso que las primeras propuestas del sindicato en torno a las reivindicaciones salariales (proponiendo que cada trabajador pueda acceder a la categoría salarial superior) eran demasiado inconcretas, pues no partían de una apreciación realista de lo que es posible, ahora, desde el punto de vista económico, en Polonia. Con semejante sistema, y sin saber de qué fondo se dispone para proceder a los aumentos salariales, se corre el riesgo de provocar conflictos en cada ramo, en cada empresa (ya sea en relación al nivel de los aumentos, o a su distribución). Desde este punto de vista, estoy de acuerdo con que hay que tener una visión global del problema y tratar la cuestión de los aumentos salariales en relación con el plan. Pero lo que es importante es llegar a estos aumentos a través de un pacto de no agresión con el régimen, para evitar una situación de anarquía. En este sentido, pienso que los "expertos", "los intelectuales", han de desempeñar un papel importante, para ayudar al movimiento a alcanzar sus objetivos. No preconizando la moderación en el momento en que una iniciativa puede proporcionar una gran fuerza social a los sindicatos —como por ejemplo la huelga del 3 de Octubre, que para mí era decisiva—, sino poniendo a disposición del movimientos sus conocimientos teóricos y científicos que le permitan implantarse mejor. Pienso que este pacto es posible si ambas partes son razonables. Y es necesario que lo sean, pues sinó se verá amenazado el destino económico y político del país. En cambio, si el gobierno acepta la existencia inevitable de los sindicatos independientes y acepta considerarlos como interlocutores, entonces será posible avanzar hacia una reestabilización del régimen. ■

La CRISIS SOCIAL conduce a una CRISIS POLITICA abierta

LOS choques entre la clase obrera polaca y el poder burocrático han ido adquiriendo en los últimos tiempos un carácter abiertamente político. Si bien estos conflictos ya estaban inscritos en las huelgas de julio y agosto de 1980, y sobre todo en los acuerdos que les pusieron fin, su salida a la superficie, su profundización y su sucesión a un ritmo cada vez más rápido alteran considerablemente la situación.

—I—

Los trabajadores han obtenido una serie de nuevas victorias, amenazando con la huelga, realizando nuevas huelgas generales o presionando con el inicio de huelgas.

Han logrado que el Tribunal Supremo anulara los añadidos arbitrarios efectuados por el tribunal de Varsovia a los estatutos de *Solidarnosc*. En Czestochowa han impuesto la dimisión del jefe local del partido, que había preparado abiertamente el Estado de Sitio y la represión contra los obreros de esta ciudad. Han obtenido una decena de máquinas para imprimir, hasta ahora bloqueadas en la aduana, y que deben servir para publicar una prensa sindical gestionada por los propios sindicatos. Han logrado la puesta en libertad de dos compañeros que habían tenido la audacia de entregar al sindicato —y publicar— un documento del fiscal general de la República, en el que daba instrucciones sobre la aplicación *ilegal* del Código Penal a los miembros de la oposición.

Han conseguido la autorización para inaugurar, en Gdansk, un monumento a la memoria de *centenares* de huelguistas y trabajadores masacrados por las fuerzas represivas de la burocracia durante las huelgas de 1970. Han impuesto el cese de los directores que obstruían sistemáticamente la aplicación de los acuerdos de Gdansk en varias decenas de empresas.

A través de todas estas victorias se perfila cada vez más la naturaleza real de *Solidarnosc*, que no es la de un sindicato "tradicional", sino la de un órgano de contrapoder obrero, la de un órgano de contestación política a la burocracia, la de un embrión de poder obrero.

La burocracia polaca, la soviética y la de Europa Oriental lo comprenden muy bien. Cada vez están más inquietas, incluso presas del pánico, a medida que se precisa la naturaleza del conflicto político-social que sacude a Polonia. Empieza a organizar una resistencia más sistemática frente a la gigantesca oleada obrera que amenaza a su poder.

Pero esta resistencia choca con una relación de fuerzas que aún les es muy desfavorable. De ahí que su línea fundamental siga siendo la de maniobrar, ganar tiempo, tratar de dividir a la clase obrera, atacar a los "elementos antisociales", tratar de aplazar el momento de una prueba de fuerzas hasta circunstancias más favorables.

Pese a todos los esfuerzos de los conciliadores de ambos bandos, esta prueba de fuerzas está inscrita en la lógica interna del conflicto. La burocracia sólo puede conservar sus privilegios si mantiene las bases de su monopolio de poder: monopolio de acceso a las informaciones; monopolio de centralización política; monopolio de representación de la clase obrera (aunque ésta se haya pronunciuado ya en un 80% contra ella); monopolio sobre los medios de comunicación; aplicación unilateral de la justicia y de las fuerzas represivas, no contra el imperialismo o el enemigo de clase, sino contra los sectores de la clase obrera que se oponen a este monopolio.

Sin estos instrumentos, el control burocrático del excedente social estaría en tela de juicio y los privilegios de la burocracia se verían directamente amenazados. Máxime cuando los trabajadores polacos han hecho algunos descubrimientos y revelaciones estrepitosas al respecto.

Pero son los propios trabajadores los que ponen en tela de juicio, con una rapidez asombrosa, a través de sus reivindicaciones centrales, dos de los pilares del monopolio de poder político de la burocracia: la censura y el papel de las fuerzas represivas. Es imposible organizar un sindicato independiente y autogestionado —*Solidarnosc* ya cuenta con la adhesión de 8 a 9 millones de trabajadores, es decir, de la inmensa mayoría de la clase obrera polaca—, si se está constantemente expuesto a la arbitrariedad y a las persecuciones de las fuerzas represivas. No puede haber una prensa sindical libre si las estructuras de la censura —que, dicho sea de paso, son contrarias a la Constitución— permanecen intactas.

No puede descartarse, a la vista de la inmensa fuerza de millones de trabajadores dispuestos a lanzarse una y otra vez a la acción, que la burocracia se vea obligada a hacer algunas concesiones, incluso en el terreno de estas cuestiones vitales. Pero no serán más que concesiones temporales, que tratará de recuperar lo antes posible.

En cualquier caso serán la señal, para la burocracia polaca y para sus "partidos hermanos", que se ha alcanzado la última trinchera de defensa. A partir de ahí no podrá ceder ni un ápice, cualquiera que sea el precio a pagar.

—II—

El informe pronunciado por Stanislaw Kania, primer secretario del POUP, el 1°. de diciembre ante el pleno del Comité Central, indica claramente que el margen de maniobra y de concesiones se ha reducido al extremo. Cuando retoma la fórmula acuñada por el Kremlin y sus portavoces en los demás Estados obreros burocratizados, de las "fuerzas antisocialistas que actúan bajo la cobertura de *Solidarnosc*", y frente a las que habría que defender las pretendidas "conquistas socialistas de los últimos 35



años'', sólo se trata, en cuanto al contenido literal de la fórmula, de una mentira cínica.

Los trabajadores polacos no ponen en tela de juicio ni la propiedad social de los medios de producción, ni la planificación, ni el monopolio del comercio exterior. Así lo afirmó con claridad y sentido común el Comité interempresas de Szczeczin, el 1° de octubre de 1980: *''Estamos —al igual que todo el movimiento de los sindicatos independientes y autogestionados **Solidarnosc**—, por un socialismo progresista, obrero, por un desarrollo armonioso y equilibrado de Polonia, decidido colectivamente por el conjunto del mundo del trabajo. No queremos cambiar el sistema, pero tendemos a la realización de un orden social verdaderamente obrero y socialista''.*

Lo que ponen en entredicho los trabajadores polacos no son las *''conquistas socialistas de los últimos 35 años''.* Lo que ponen en entredicho es el monopolio de poder de la burocracia sobre la economía y sobre el Estado, que elimina el contenido progresista de numerosas conquistas, que ha transformado la planificación en anarquía, que ha convertido la gestión de los medios de producción colectivizados en una inmensa fuente de corrupción y de privilegios para los gestores.

Reclaman en voz alta y clara: queremos gestionar nosotros mismos la economía socializada. Queremos que los trabajadores, todos juntos, tomen las decisiones fundamentales, y no una pequeña camarilla de burócratas corrompidos, que escapan al control público. ¿Es ''antisocialista'' reclamar esto?. Entonces habría que decir que Marx y Lenin eran los peores ''antisocialistas''.

Las declaraciones de Stanislaw Kania, **después de las de la agencia Tass y Novosti, después de las de Rude Pravo y de Neues Deutschland,** no sólo son una sarta de mentiras, sino que además tienen una contradicción interna insuperable.

El POUP no deja de invocar el necesario ''papel dirigente del partido'' (el partido de los burócratas, se entiende). Pero la legitimidad de este ''papel dirigente'' se deriva de su pretensión de representar a la clase obrera, que a su vez es designada, tanto en la Constitución como en el Programa del POUP y en sus estatutos, como ''fuerza dirigente de la sociedad''.

Pero esta fuerza dirigente de la soci dad no se reconoce en la dirección del POUP, no admite el ''papel dirigente'' de esos burócratas corrompidos e incapaces, que han conducido al país al borde de la ruina y del hambre. De ocho a nueve millones de trabajadores, de los doce millones con que cuenta el país, han asestado un golpe mortal a la ficción de que están representados por el POUP. Proclaman a los cuatro vientos: es *Solidarnosc* quien nos representa.

El propio Stanislaw Kania ha tenido que reconocer que *''el partido estaba en buena medida separado de la clase obrera''.* Así, la burocracia tiene que admitir que afirma su ''papel dirigente'', a la sazón **contra** la mayoría de la clase obrera, **contra** la voluntad claramente expresada por las tres cuartas partes del proletariado.





Si desde el punto de vista de su contenido ''ideológico'' los ''análisis'' de Kania y de sus acólitos no valen ni un *sloty* —ni siquiera en moneda inflacionista—, desde el punto de vista político sí tienen un sentido muy profundo. Es una doble amenaza la que esgrimen frente al proletariado polaco: la amenaza de una agravación deliberada, de una organización sistemática del desorden económico; la amenaza de la intervención militar soviética.

Puesto que la clase obrera está cada vez menos dispuesta a entender las ''razones'' de la burocracia, por mucho que ésta se arrope con los pingos de la ''razón de Estado'' nacionalista, debe prepararse a ser aplastada por el hambre o, venido el caso, por los tanques.

Estas amenazas no son verbales. La situación económica es desastrosa. Empeora de la noche a la mañana. Se prevé un déficit de 8 millones de toneladas de cereales (y centenares de miles de toneladas de carne) para antes de empalmar con la cosecha de 1981. Las patatas y las remolachas han sufrido un descenso de producción vertiginoso, la cosecha de patatas parece que será la más baja de los últimos 20 años. Una parte importante de estos productos alimenticios básicos sigue destinándose a la industria y a la exportación.

Los estibadores de los puertos del Báltico han intentado impedir, con su acción directa, estas exportaciones, mientras no estén satisfechas las necesidades elementales de la población. Pero no se puede responder a los problemas globales de la economía polaca con la acción de un único grupo de trabajadores.

Reclamar un control obrero generalizado sobre la producción y la distribución, a través de *Solidarnosc,* exige que se elabore un inventario nacional de las capacidades de producción y de las necesidades de la nación, que se centralice en una Asamblea Nacional, un Congreso Nacional, público y contradictorio: este es el primer paso indispensable para poner de nuevo orden en casa, para emprender una política económica de recuperación y de recambio.

Pero la burocracia en el poder se esfuerza por impedir y retrasar esto, prolongando así el caos económico. Había hablado del caos para oponerse a las huelgas; ahora, con una nueva mentira descarada, quiere echarle la culpa del caos a las huelgas. Lo utiliza cada vez más para sus propios intereses políticos inmediatos.

Su cálculo es claro: los trabajadores hambrientos irán a buscar víveres en lugar de acudir a reuniones, en su seno surgirán divisiones. Los trabajadores atenazados por el

hambre harán menos política, o en todo caso una política menos lúcida, menos racional que la que ha aplicado la clase obrera polaca, de manera tan admirable, desde las huelgas de julio de 1980.

En cuanto a la amenaza de intervención soviética, no es menos real, aunque su materialización resulte difícil, pues comportaría enormes problemas políticos y sociales, sobre todo en la propia URSS, donde empieza a desarrollarse la simpatía con los trabajadores polacos, ante todo en las repúblicas bálticas, donde empieza a manifestarse el descontento de la clase obrera ante el deterioro del abastecimiento de víveres.

Frente a este doble chantaje, la única respuesta posible de los trabajadores polacos es la extensión del principio de la solidaridad de clase a escala internacional. Es nuestro deber, el de los revolucionarios, comunistas, socialistas, sindicalistas del resto de Europa y del mundo, levantar un muro de protección en torno al proletariado polaco. Este último está desarrollando la empresa más formidable de avance hacia el socialismo, de rehabilitación del socialismo, desde mayo de 1968.

Ayuda material y política a *Solidarnosc* por parte de todos los sindicalistas del mundo; moratoria inmediata de todas las deudas e intereses que tiene que pagar Polonia; dejadlos que construyan el socialismo como ellos quieran: éstas son las consignas del momento.

Admitamos que no son del agrado, tampoco, de la burguesía imperialista ni de sus agentes, que temen como a la peste el contagio que puede significar una experiencia lograda de democracia socialista en Polonia. El impacto de esta experiencia sería mucho mayor que el de la Primavera de Praga, pues viene de abajo, y no de arriba, pues es el fruto de la acción de millones de trabajadores. ¿Acaso no afirma el propio Lech Walesa: *"Los obreros franceses podrían gobernar en Francia, como los obreros polacos en Polonia"*?.

—III—

Lo que retrasa hasta ahora la prueba de fuerzas en Polonia no son tanto las maniobras de la burocracia como las divisiones crecientes en el interior del POUP y la falta de una dirección política clara en el seno de *Solidarnosc*.

Era inevitable que un partido de dos millones de miembros (aunque a menudo sólo lo fueran sobre el papel) no pueda resistirse a la formidable presión ejercida por la entrada en acción de millones y millones de trabajadores. De hecho, y según las primeras estimaciones, cerca del 60% de los miembros del POUP también lo son de *Solidarnosc* (!).

Como miembros del POUP se considera que deben defender el "papel dirigente del partido" contra los "elementos antisocialistas que actúan bajo la cobertura de *Solidarnosc*". Como miembros de *Solidarnosc*, proclaman su voluntad de construir una sociedad socialista en que el poder de decisión esté en manos de toda la clase obrera, y no de un partido único, que en realidad no es otra cosa que el partido de la burocracia.

Esta contradicción flagrante —irresoluble— empieza a expresarse en las propias estructuras del Partido. Cada vez más surgen discusiones en que se reclama una profunda democratización de estas estructuras. Aparecen grupos informales —¡horror!: "tendencias" o incluso "fracciones"— que se ponen de acuerdo para llevar la batalla en este sentido.

El ejemplo de la concertación y de la coordinación horizontal, entre empresas, a nivel local y regional, se ha transplantado a una veintena de ciudades. En Thorun acaba de ser expulsado todo un grupo de miembros del POUP por haberse organizado en este sentido. Las células de empresa de Lodz reclaman un retorno a las viejas tradiciones del PC y del PS.

Esta presión de la base se manifiesta hasta en la cúspide, donde los "liberales" preconizan "reformas profundas", mientras que los "duros" (agrupados en torno al siniestro general Moczar, que acaba de recuperar su puesto en el Buró Político), preparan la represión. Pero ¿obedecerán el ejército y la milicia? El grupo de Kania intenta mantener el equilibrio entre unos y otros.

Los candidatos a "normalizadores" enumeran ya, por lo demás (en Moscú, en Praga, pero también en Varsovia), las fuerzas sociales "sanas" en que podrían apoyarse: la burocracia de los antiguos sindicatos verticales y lo que les queda de afiliados, sobre todo entre los funcionarios; la Asociación de Antiguos Combatientes *Zbowid* (organización manipulada por el general Moczar) y la de los veteranos polacos del Ejército Rojo soviético.

La crisis del partido aplaza de momento la contraofensiva de la burocracia y facilita las nuevas conquistas obreras. Pero agrava los riesgos de intervención soviética. Si la "normalización" no puede provenir ya del interior, deberá imponerse, cueste lo que cueste, desde el exterior.

Por parte de *Solidarnosc* hace falta una dirección política resuelta, que se oriente y oriente a los trabajadores claramente hacia el poder obrero. Las principales corrientes existentes son fuerzas que tratan de reformar la dictadura burocrática, no de sustituirla por el poder democrático de los trabajadores, en el marco de la economía socializada.

La propaganda de los estalinistas contra Kuron y los dirigentes del KOR —y no contra el episcopado católico, que es el mejor aliado de la burocracia en el mantenimiento del "orden y la tranquilidad"— parece olvidar, sin embargo, lo que el Consejo de Ministros tuvo que reconocer de hecho, en la noche del 27 al 28 de agosto de 1980: los dirigentes del KOR infunden a los trabajadores de *Solidarnosc* la moderación y la necesidad del compromiso con las autoridades. No obstante, corren el riesgo de verse desbordados, al igual que el propio Lech Walesa.

Lo que estamos planteando no es un juicio de la táctica más adecuada que debe seguir *Solidarnosc*. No debemos criticar esta táctica de modo sectario e irresponsable. Nos parece que la prioridad de las prioridades sigue siendo la de ganar tiempo para llevar a cabo la organización real de los 8 ó 9 millones de trabajadores en las empresas, las ciudades, las regiones, y soldar alrededor de esta masa invencible, pues realmente organizada, una alianza con el campesinado y la fracción más radical de la *intelliguentsia*.

Pero más allá de estos problemas de táctica inmediata, está la lógica implacable del enfrentamiento entre gigantescas fuerzas sociales, imposible de dirigir como se manejan las marionetas. La táctica más racional, la más sabia, puede fracasar cuando choca con los sentimientos, las aspiraciones, la indignación, la sed de justicia de millones de personas, que exigen respuestas inmediatas a cada vez más problemas.

La radicalización y la politización de la clase obrera, ante todo de la juventud obrera, ha sido la principal fuerza motriz de la situación prerrevolucionaria que se desarrolla en Polonia. Debe organizarse a dos niveles: el de la autoorganización del conjunto de los trabajadores, en el marco de *Solidarnosc*, y el de una nueva vanguardia que empieza a delimitarse.

Esta no debe contentarse con dirigir las luchas cotidianas. Debe emprender un proceso de clarificación teórica, ideológica y política, que sigue siendo necesaria, sobre el modelo de socialismo que quiere, sobre la estrategia a aplicar para llegar a él.

Para nosotros sólo hay una respuesta posible a esta cuestión estratégica: el ejercicio del poder por consejos obreros y populares democráticamente elegidos, con pluralidad de tendencias y organizaciones políticas, que permita que la clase obrera en su conjunto elija entre distintas variantes (y diversas prioridades coherentes) de desarrollo económico, social y cultural.

Porque la construcción del socialismo es esto, y no otra cosa: la construcción de una sociedad en que los trabajadores sean dueños de su propio destino. ■

Daniel JEBRAC

Las estrechas puertas de la ''liberalización'' y la construcción del Partido de los Trabajadores

LA economía brasileña, desde 1964 a 1974, no ha conocido un milagro, sino, simplemente, un crecimiento económico acelerado del 7 al 10% anual, a costa de una sobreexplotación desenfrenada del proletariado, aplastado bajo el talón de hierro de la dictadura militar. En diez años, los trabajadores brasileños han visto reducirse su salario en más de la tercera parte. Hoy sería necesario más del doble del salario mínimo para volver al poder adquisitivo de 1940. Desnutrición masiva, propagación de epidemias, contaminación y delincuencia récords, tales son, entre otros, los subproductos del ''milagro''.

El reverso del milagro

Esta expansión brutal se ha traducido por un espectacular salto adelante de la industrialización y de la urbanización, al mismo tiempo que por una acentuación de los rasgos del desarrollo desigual. Desde 1964, el número de obreros industriales urbanos ha pasado de 3,5 millones a más de 12 millones, muy concentrados en las regiones de Sao Paulo, Rio y Belo Horizonte. La producción anual de automóviles ha pasado de 174.000 a 1.126.000 vehículos. La población universitaria se ha multiplicado por quince.

Paralelamente, ha surgido una masa de 7 millones de proletarios agrícolas sin tierra, los *boias frias*, que reflejan la penetración del capitalismo en el campo. Los desequilibrios regionales se han agravado más aún en detrimento del *Noreste*. Esta región, de 35 millones de habitantes, que hace dos siglos producía la mayor parte de las riquezas y de las exportaciones del país, no suministra hoy más que el 5% de los productos industriales brasileños. El Estado de Pernambuco producía aún hace treinta años el 32% del azúcar del país, contra el 28% del Estado de Sao Paulo; hoy los porcentajes han pasado al 15% y 50% respectivamente. Al mismo tiempo, las metrópolis industriales, flanqueadas por sus *favelas* misérrimas, han conocido un impulso vertiginoso: desde 1950 a 1975, Sao Paulo ha pasado de 2,4 a 9,9 millones de habitantes, Río de 2,8 a 8,3 millones y la escalada prosigue.

Este desarrollo económico rápido lleva la marca de una profunda dependencia del imperialismo, que ilustra bien la enorme deuda de 52.000 millones de dólares en 1979, superior —por sí sola— a la deuda total de los países del COMECON. Gracias a los superbeneficios garantizados por la dictadura, Brasil se ha convertido en un paraíso para los inversores extranjeros. Tanto es así, que las multinacionales imperialistas controlaban, en 1977, el 100% de la producción de automóviles y el 90% de la producción farmaceutica. En 1979, las inversiones extranjeras procedentes de Alemania Federal (15%), del Japón (10%) y de Francia (4,2%) suplantaban con un total del 29% las inversiones norteamericanas (28%) y confirmaban la tendencia a la diversificación de los lazos económicos internacionales.

Esta industrialización acelerada no es obra de una burguesía nacional fuerte y enérgica, sino el resultado combinado de la iniciativa del Estado y de la aportación de capitales extranjeros. El Estado populista había asegurado una primera fase de industrialización en el sector de los productos de consumo. Después de agotar este ciclo de acumulación y de la crisis del pacto populista, la dictadura militar tomó el relevo e hizo funcionar el aparato estatal y militar para que desempeñara el papel que una burguesía raquítica era incapaz de ejercer por ella misma. Durante el boom de 1967 a 1973, el 60% de las inversiones fueron por cuenta del Estado. El número y la parte de las empresas públicas aumentó sin cesar. El sector público empleó el 30% de la mano de obra y el capital del Estdo controló el 46% de las inversiones, contra solamente el 15% para el capital privado nacional.

La radicalización obrera

El reciente desarrollo del Brasil evidencia hasta qué punto la expansión del capitalismo engendra a sus propios enterradores. La década transcurrida ha visto formarse a una clase obrera numerosa, jóven y extraordinariamente concentrada en las grandes metrópolis. Este movimiento obrero renovado ha irrumpido en la escena política desde hace tres años por medio de huelgas cada vez más frecuentes y masivas.

En 1979, todas las grandes ciudades industriales fueron alcanzadas por huelgas obreras de masas: Sao Paulo y su gran periferia del ABC, Belo Horizonte (donde los obreros de la construcción fueron dueños de la calle durante varios días), Rio, Puerto Alegre. Ante la carencia de estadísticas oficiales fiables, puede estimarse que el número de obreros implicados en estas acciones reivindicativas oscila entre 4 y 5 millones como mínimo, o sea más que en los últimos meses del régimen de Goulart, y más que nunca en toda la historia de Brasil.

Los 41 días de huelga de los 240.000 metalúrgicos del ABC, en abril y mayo de 1980, representan el punto culminante de esta ola de luchas. La reanudación del trabajo de los metalúrgicos, sin haber obtenido satisfacción de sus principales reivindicaciones, la puesta bajo tutela de su sindicato, la represión en masa contra los trabajadores más combativos, demuestran que cada nuevo paso adelante implica una prueba de fuerza política contra el régimen y la patronal. Por esta razón, el segundo semestre de 1980 representa una pausa y un retroceso relativo de la movilización obrera con relación a los dos años precedentes.

Los principales objetivos de lucha durante los cinco años últimos han sido el aumento de los salarios (o el pago de salarios atrasado) y, en menor proporción, la reintegración de sindicalistas o de trabajadores sancionados. Las acciones más duras fueron las de los obreros de la metalurgia, con importantes moviminetos en la construcción civil, los transportes, los bancos. Solamente en en Estado de Sao Paulo se han desarrollado la mitad de las acciones reivindicativas del conjunto del país. Lo cual indica hasta qué punto se reproducen en el mismo seno de la clase obrera los efectos del desarrollo desigual.

Esta radicalización no se limita a la clase obrera industrial, ya que ha movilizado ciertos sectores de enseñantes y de empleados. A través de la participación en las asociaciones de vecinos, en el movimiento contra la carestía de la vida y en el naciente movimiento feminista, ha alcanzado a las mujeres. Hubo en 1980 importantes luchas de estudiantes contra las reformas universitarias. También se manifestaron los primeros embriones de un movimiento negro con-

tra la descriminación racial, que sigue siendo una realidad omnipresente, a pesar de las pretensiones de la sociedad brasileña a una integración lograda.

La situación en el campo, bien que diferenciada según las regiones, combina —en un país en que la población rural es todavía de 55 millones— la tradición de la oligarquia terrateniente y la penetración del capitalismo más concentrado. Aún hay un gran número de haciendas inmensas en las que reina el terror de las milicias privadas y en las que el salario agrícola es reducido a una cuantía próxima a la semiesclavitud. Hay ya grandes compañías multinacionales que adquieren inmensos terrenos, como hay también en Amazonia y en el Mato Grosso, millares de pequeños propietarios que son expulsados.

La transformación agraria que se está operando, y que tiende a hacer del Brasil un gran exportador de productos agrícolas (soja) y a encontrar productos energéticos susceptibles de reducir la parte de las importaciones petrolíferas (Plan alcohol), bloquea el desarrollo de una pequeña y de una mediana burguesías agraria. El 2° Plan de desarrollo, para 1980-1983, reconoce la realidad de un *"Proceso masivo de proletarización del trabajo rural"*. Este paso directo de la dominación de la oligarquía a la del gran capital se salda ya en ciertas regiones, particularmente en el *Noreste,* por un monocultivo casi absoluto de la caña y una agravación de los déficits nutricionales con fenómenos de deficiencias biológicas y cerebrales en la población, de baja de la fecundidad en las mujeres, de mortandad infantil récord.

Los primeros signos importantes de una resistencia campesina aparecieron en 1980, con manifestaciones de masas de pequeños propietarios productores de soja en el Sur contra las tasas del gobierno a la exportación y, sobre todo, con la huelga, en setiembre, de 240.000 obreros agrícolas de Pernambuco, que paralizaron 35 fábricas de azúcar y de alcohol de la región, huelgas en las que reivindicaban principalmente el 98% de aumento salarial, el pago del salario en dinero y no en especie, y la propiedad de una parcela de dos hectáreas que permitiera mantener un cultivo de subsistencia familiar. Esta radicalización tambiénse ha manifestado mediante la participación en aumento de los campesinos en las reuniones de las oposiciones sindicales y en la construcción del Partido de los Trabajadores (PT).

La extraordinaria explosividad del movimiento obrero durante los últimos años muestra su fuerza potencial y también su debilidad: ésta es la consecuencia de la ausencia de organizaciones obreras de masas independientes del Estado y de mecanismos legales de concertación social. Los sindicatos oficiales siguen rigiéndose por una ley de 1943, directamente inspirada en la Carta mussoliniana del Trabajo, que los subordina directamente al ministerio de Trabajo. Los dirigentes son elegidos, pero el ministro tiene el poder de destituirlos, de requisar los locales, de nombrar *interventores* que ocupen el puesto de los dirigentes elegidos. Cosa que ocurrió en 1979 con el sindicato de banca de Porto Alegre y, más aún, en abril de 1980, al destituir y encarcelar a los representantes sindicales elegidos por los metalúrgicos del ABC.

Sin embargo, el empuje fue tal que se manifestó incluso a través de las estructuras corporativas, por la elección de direcciones clasistas al frente de determinados sindicatos y por el surgimiento de dirigentes combativos llamados "auténticos", en contraste con los *pelegos,* burócratas serviles a sueldo del régimen y de la patronal.

La otra debilidad destacable del movimiento obrero reside en su falta de enraizamiento en la base de las empresas: a pesar de su fuerza y de su impetuosidad, las luchas de los últimos años no han hecho aparecer en los lugares de trabajo unas estructuras presindicales comparables a lo que fueron, por ejemplo, las Comisiones Obreras en los últimos años del franquismo. Hasta hoy, una represión despiadada junto con el despido en masa de los dirigentes obreros surgidos en las luchas, se ha opuesto a la aparición de tal fenómeno.

Pero hay que reconocer también que la débil estructura orgánica del movimiento de masas y el carácter personalizado en extremo de sus direcciones,expresan una debilidad subjetiva: el peso todavía vivo del populismo y del paternalismo en el seno de la clase obrera, la falta de tradición de un movimiento obrero independiente, la inexistencia histórica de partidos obreros de masa independientes de la burguesía.

La diferencia entre una magnífica combatividad y un nivel de conciencia y de organización todavía limitados, sigue siendo la contradicción más importante que tiene que superar el movimiento obrero brasileño para poder hacer frente victoriosamente a la dictadura y defender eficazmente los intereses de los trabajadores de las ciudades y del campo en los próximos enfrentamientos.

Las contradicciones de la burguesía

La burguesía brasileña va a tener que afrontar ahora las contradicciones económicas y sociales acumuladas durante un cuarto de siglo de crecimiento acelerado. La deuda exterior alcanzará en 1980 los 60.000 millones de dólares, mientras que las reservas bajarán de 9.000 a 6.000 millones. La inflación batirá ampliamente el récord del 94% a que llegó el régimen Goulart, para rebasar con creces el 100% y tal vez el 110%.

Las estadísticas oficiales pretenden que sería necesaria una tasa de crecimiento anual de, cuando menos, el 7% para absorber el crecimiento del 3% de la fuerza de trabajo. Ahora bien, en el mejor de los casos, el crecimiento no alcanzará más del 6% en 1980 y podría ser inferior al 5% en 1981.

El paro, difícil de cifrar con exactitud a nivel del país entero, afecta ya al 8% de la población activa en las grandes ciudades. Debido a su profunda integración en la economía imperialista mundial, el Brasil recibirá directamente la onda de choque de la crisis. La burguesía tendrá que proceder a una reconversión de las estructuras industriales, tanto más explosiva y arriesgada debido a que no dispone aún de los amortiguadores políticos necesarios y a que la lentitud de la apertura democrática prometida puede ser aún fuente de explosiones sociales brutales. Tanto más cuanto el aplastamiento de las instituciones populistas por la dictadura militar ha destrozado completamente los mecanismos tradicionales de integración de los oprimidos y los explotados en el pretendido consenso nacional.

A los primeros síntomas de agotamiento del "milagro", en 1974, el ascenso del descontento se manifestó primero por la polarización electoral en torno del PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño), partido de oposición tolerado por la dictadura en el marco del sistema bipartito instalado por ella misma. Pero esta dictadura no ha renunciado nunca a un proceso de institucionalización tendente a reconstruir los mecanismos de integración y a restaurar la legitimidad del régimen. Es lo que intenta desde hace dos años el gobierno del general Figueiredo.

Hasta ahora, esta *"apertura lenta, gradual y segura",* no se ha manifestado con nada en concreto, excepto la ley de amnistía, una mayor tolerancia a la prensa, y la ley de reforma de los partidos, que impone condiciones particularmente tortuosas para que un partido político pueda acceder a la existencia legal.

Por el contrario, los 41 días de huelga de los metalúrgicos del ABC han bastado para arrancar la careta de la liberación con la que la burguesía se ornamentaba. La ocupación de los locales sindicales, el encarcelamiento de los dirigentes normalmente elegidos, las brutales intervenciones policiales, evidencian claramente las contradicciones y los límites de una apertura que nada tiene de irreversible. Después, el gobierno ha hecho aplazar hasta 1982 las elcciones municipales inicialmente previstas para el año 1980. Ha hecho adoptar una ley abiertamente xenófoba contra los residente extranjeros; ha hecho suspender a parlamentarios de la oposición, mientras que ciertos dirigentes del PSD, la fracción parlamentaria mayoritaria, reclamaban el restablecimiento de la inmunidad parlamentaria.

Por último, y principalmente, lo esencial de los cuerpos de represión de la dictaduar, empezando por la policía y la jerarquía

militar, siguen intactos y dispuestos para funcionar de nuevo. Han sido puestos en litigio con motivo de la campaña de terrorismo que se desencadenó estos últimos meses contra las personalidades, los miltares y la prensa de la oposición.

Sin embargo, no se trata de un retroceso puro y simple, de un "cierre" que sigue a la apertura, sino de una voluntad de controlar más de cerca el proceso y ejercer una presión directa sobre las organizaciones clasistas susceptibles de dar otra dimensión y otro contenido a la oposición.

En efecto, la fecha de 1982 ha sido confirmada para la celebración de elecciones municipales, de elecciones generales y de elecciones directas a gobernadores, cuyo principio ha sido adoptado. Por último, los principales dirigentes de la huelga de metalúrgicos han sido procesados y sobre ellos pesa la amenaza de condenas superiores a 12 años de prisión, en nombre de la Ley de Seguridad Nacional. La instrucción arrastra su lentitud y parece no saber cómo salirse del dilema: condenar con el riesgo de una explosión, o renunciar, con el riesgo de crear un precedente ventajoso para los obreros. Empero, es grande el peligro de ver desembocar el proceso en una suspensión de los derechos políticos (y electorales) para los principales dirigentes del PT, entre ellos Lula.

Si la burguesía tiene tantas dificultades para coronar con el éxito el proceso de apertura que hubo entablado, se debe principalmente a que ella misma se encuentra profundamente dividida. No dispone de elementos políticos adecuados para tal empresa. El partido mayoritario en la Asamblea, el PDS, sacado directamente de la manga de la dictadura y enturbiado por el descrédito de ésta, no puede unificarse políticamente ni sobrepasar el clientelismo, los particularismos regionales y hasta el gangsterismo puro y simple que ilustran toda su historia política.

A esta debilidad fundamental se añaden la divergencia de intereses en el seno mismo de la clase dominante, de la patronal y del ejército, entre los sectores cuyos privilegios están directamente ligados al peso específico del Estado y aquellos sectores asociados al capital multinacional.

La misma Iglesia no puede asegurar completamente la cohesión ideológica de la nación bajo el signo de la colaboración de clases. Las 80.000 parroquias de base que representan, después del hundimiento del popularismo, el único encuadramiento de masa de la población pobre, lejos de constituir una garantía fiable para la dictadura, refleja la radicalización.

Esta alcanza ampliamente a los curas que, en su gran mayoría, vivven en contacto directo con la miseria y con los explotados y se refleja incluso en el seno de la jerarquía eclesiástica. El viaje del Papa en junio de 1980 ha confirmado el peso considerable de la Iglesia en la sociedad brasileña. Esta supo guardar sus distancias con la dictadura y hacerse eco de las principales reivindicaciones sociales, si bien predicando la reconcialización nacional y consolidando la unidad de la Iglesia amenazada por la polarización política.

La unidad de la institución religiosa es, en efecto, muy importante para el futuro político del país. Si el bajo clero puede sentir directamente la presión de las capas sociales más oprimidas, la jerarquía eclesiástica, en última instancia, defenderá una política activa de colaboración de clases y puede representar un último recurso para la defensa de la paz social.

Si la burguesía parece conservar la iniciativa sobre el terreno pilítico, a pesar de sus debilidades y sus divisiones, ello no es a causa de su vigor y de sus propios recursos, sino más bien debido a los límites del movimiento obrero organizado. Por esta razón, por lo demás, la aparición y el impulso del Partido de los Trabajadores (PT) ha venido inopinadamente a perturbar la escena de un sistema cuatripartito imaginado por los generales reformadores, y constituye un elemento y un factor de primer orden en el desarrollo de la crisis brasileña.

El Partido de los Trabajadores

La clase obrera brasileña no ha estado nunca organizada masivamente de forma independiente con relación a la burguesía. Los quince años de dictadura han agrandado el vacío aún más: mientras el PTB, el partido populista tradicional, se marchitaba en la oposición y en el exilio, mientras el PC se desacreditaba y las organizaciones armadas se aislaban, un nuevo proletariado urbano buscaba sus propias formas de expresión política. La idea de un partido obrero independiente, de un partido de los trabajadores, nació durante el año 1978 por iniciativa de dirigentes sindicales combativos para quienes los límites legales del sindicato oficial resultaban un obstáculo insoportable para las necesidades de la acción.

La Carta de los principios, documento de referencia para la construcción del PT, lo define como un partido *"solamente de los trabajadores"*, cuya *"lucha por la autonomía y la independencia sindicales efectivas, reivindicación fundamental de los trabajadores, es parte integrante de la lucha por la independencia política"*. Tambien afirma que el PT *"trata de conquistar el poder político y de implantar un gobierno de los trabajadores basado en los órganos de representación creados por las mismas masas trabajadoras para el ejercicio de una democracia directa"*.

Se trata, pues, de un partido de los trabajadores, de un *"partido sin patronos"*, para *"acabar con la explotación del hombre por el hombre"*. Además, *"el PT se construirá respetando el derecho de las minorías para expresar sus puntos de vista y respetará el derecho de fracción y de tendencia"*.

Pero hasta 1980 el PT no adquirió su verdadero impulso. Varias generaciones de militantes sindicales combativos de la ciudad y del campo se encontraron codo a codo con corrientes cristianas y de organizaciones revolucionarias de extrema izquierda. A medida que iba creciendo, su fuerza de atraccción se confirmaba. Con ocasión de su asamblea nacional del 29 de mayo, el PT ya anunciaba 26.000 adherentes en 22 Estados. En octubre, ya contaba cerca de 70.000 y podía presentar al tribunal electoral toda la documentación necesaria para la legalización del partido.

Si logra esta legalización, a pesar de todas la puñeterías administrativas del régimen, el PT será el primer partido obrero —y tal vez el único— en llegar a obtener una existencia legal. Desde ahora mismo, ya aparece como el tercer partido político de la vida política brasileña, detrás del PDS, directamente sostenido por la dictadura, y el PMDB, partido burgués de oposición, en las filas del cual se encuentra el Partido Comunista.

En el documento de referencia, adoptado en la reunión de Mayo, el PT se define como el partido de los trabajadores, construido a partir de sus luchas, un partido que se enfrenta a la dictadura y luch a *"por una alternativa de gobierno de los trabajadores y de los oprimidos"*.

Por el contrario, la fórmula popular *"partido sin patronos"* ha desaparecido, lo mismo que la consigna de Asamblea Constituyente. Aún siendo de lamentar, la desaparición de tal o cual consigna no constituye por sí misma un signo de capitulación o de degeneración del partido. Dotar a la clase obrera de un partido de masas independiente de la patronal y del aparato de Estado, constituye hoy la tarea principal que se plantea ante los revolucionarios barsileños. Se trata de dar un primer paso concreto hacia delante en la senda de la independencia política de clase.

El PT nace de la efervescencia de la joven clase obrera, con los inevitables tanteos de la inexperiencia. Aún no hay en su seno intereses materiales cristalizados de burocracía aferrada a sus privilegios o subordinada a un aparato de Estado internacional. La única fuerza capaz de brindar en breve plazo un aparato y una orientación para una política de colaboración de clases en el seno del PT sería la Iglesia. Pero solamente las grandes pruebas y los grandes acontecimientos podrían demostrar una degeneración irreversible de un tal partido y de su paso hacia posiciones reformistas consolidadas.

El PT debe ser concebido como un partido de clase y de masas y no como un estrecho partido de cuadros ni como una gran máquina electoral sin contornos definidos. No es un trampolín para ambiciones electorales, ni una sigla-refugio para un mosaico de grupos. Ha de ser construido como un partido militante, fundado sobre una red de núcleos de base y no sobre la

estructura formal de comités electorales. Debe ser un partido de unidad y de independencia de la clase trabajadora, un partido de clase y de masas, puesto que no hay ninguna contradicción entre estos dos términos.

Como partido de clase, el PT tiene que ser el instrumento de la defensa intransigente de los trabajadores en todos los terrenos. Existe la posibilidad de que sea negada la independencia de clase del PT, nada más afirmada, mediante una política de alianza con la oposición burguesa. Porque la burguesía, si no puede impedir la legalización del PT, no escatimará esfuerzo alguno para hacer presión sobre los dirigentes del PT, con objeto de marginar en su seno las corrientes revolucionarias y tratar de recuperar al partido en los mecanismos institucionales.

Ciertas personalidades destacadas del PMDB han lanzado ya la idea de una oposición unificada. Nada hay que prohíba concretar con las fuerzas burguesas de oposición acciones concretas para luchar contra el terrorismo de la derecha, para arrancar libertades democráticas, o para imponer una Constitución soberana. En cambio, negociar con el PMDB o el PDT de Brizola un programa mínimo y un frente electoral permanente, sería tanto como hacer entrar por la ventana a los patronos que se pretendió echar por la puerta, y alienar por las buenas la independencia de los trabajadores, tan vigorosamente proclamada.

El PT debe ser el más activo y el más combativo de los partidos en el frente de las libertades democráticas. Pero los revolucionarios deben dejar sentado bien claramente en su seno que esta lucha resuelta no se inscribe en la perspectiva ilusoria de "democratización gradual" del Estado dictatorial, sino en la perspectiva real de su desmantelamiento.

En todos sus textos de referencia, el PT se ha pronunciado por una Central Unica de los Trabajadores, por un sindicato independiente del aparato de Estado. Ciertamente, no se trata de proclamar desde ahora mismo los sindicatos libres y una central, fuera y al margen del movimiento real de movilización y de organización de la clase obrera. De lo que se trata es de orientar en la perspectiva de la Central única un proceso combinado de construcción que pueda abarcar lo mismo a los sindicatos oficiales arrancados de la burguesía por medio de listas clasistas, a los grupos de oposición, que a los embriones de comisiones o de comités sindicales que puedan surgir en las empresas en el transcurso de las luchas.

El conjunto de estos componentes, en el marco de un ascenso generalizado del movimiento de masas, deberán ser partícipes de un congreso constitutivo de la Central única. Partiendo de la corriente de "Unidad Sindical", la corriente animada por la burocracia modernizada y el PC, estos últimos tratan de fijar los jalones de una confederación sindical fundada sobre los sindicatos dependientes, con el consentimiento de la dictadura. Una Central única, independiente de los patronos y del Estado, no podría deslizarse en la camisa de fuerza del sindicalismo vertical. El reagrupacimiento de los sindicalistas combativos en una corriente sindical de oposición no implica abandonar toda participación en la "Unidad sindical", o en el Congreso Nacional de la Clase Trabajadora (CONCLAT) proyectado para 1981. Al contrario, permite avanzar, de cara a estas iniciativas, propuestas concretas, y exigir su preparación democrática.

Animado por sindicalistas combativos, el PT no es por ello un partido de masas basado en los sindicatos. De hecho, hay un desfase entre la construcción nacional del PT como partido de masas, y la dispersión y la heterogeneidad de las oposiciones sindicales. Al adoptar una orientación fundamental para el movimiento sindical, el PT puede contribuir, pues, a llenar este vacío crucial del movimiento obrero y será él mismo una palanca para el desarrollo y la unificación de una oposición clasista en los sindicatos.

Lo mínimo sería que todas las corrientes y militantes que se encuentran bajo la bandera del PT se encuentren también juntos en los sindicatos para impulsar listas clasistas independientes, frente a la de la burocracia obediente a las órdenes de arriba, en las elecciones sindicales. A pesar del carácter desigual del movimiento y de la frecuente división de las oposiciones, las últimas elecciones sindicales demuestran, en efecto, que las posibilidades de conquistar estructuras sindicales están lejos de agotarse.

Los militantes revolucionarios son leales constructores del PT. La condición de lealtad de todos, en las filas del PT, es que éste respete los derechos de las minorías, que sepa tener en cuenta la diversidad y la desigualdad de las experiencias en un país tan variado como Brasil.

Para que las corrientes y los grupos políticos que participan en la construcción del PT puedan hacerlo con toda claridad, sin tratar de imponer artificialmente la integridad de sus posiciones o constituirse en fracciones ocultas, tienen que poder seguir existiendo como organizaciones separadas y defender abiertamente la totalidad de su programa.

A la inversa, considerar el PT como un simple frente de fuerzas políticas ya organizadas, no puede conducir más que a dividirlo y a paralizarlo. Por esta razón, los militantes se adhieren individualmente al PT y desarrollan la intervención del PT en tanto que militantes de sus núcleos de base. Para los marxistas revolucionarios, construir el PT como instrumento de unificación de la clase obrera no significa disolverse, sino ser sus mejores y más activos militantes, al mismo tiempo y porque defienden la integridad de su propio programa, dado que la construcción de un partido obrero de masas es parte integrante de este programa.

En el período que se abre, el destino del PT dependerá tanto del desrrollo concreto de la lucha de clases como de la intervención consciente de una vanguardia marxista revolucionaria capaz de aprender las lecciones de la experiencia brasileña a la luz de los logros programáticos, que son la síntesis más avanzada de las luchas del proletariado mundial.

Los militantes revolucionarios más conscientes deben, pues, ocupar su sitio en el PT para construirlo, y no para practicar el entrismo como en un partido reformista; para contribuir a la elaboración de su programa al calor de la práctica y no para imponerle a la fuerza un programa prefabricado. Incluso en el caso de que triunfaran posiciones erróneas en el PT, esto podría significar la necesidad de una batalla política abierta en su seno, llegando a la formación de una tendencia organizada, pero no a la necisadad automática de una ruptura, mientras que no haya pruebas decisivas en la acción.

Las tareas del momento

Para intentar escapar al atenazamiento de la crisis, quedan abiertas varias posibilidades frente a la burguesía brasileña. Pero no hay nada más que puertas estrechas. El actual gobierno pretende practicar únicamente una política de austeridad selectiva. La nueva ley salarial se niega a garantizar el cobro de salarios superiores a 15 jornales como mínimo (unas 8.500 pesetas mensuales). Pero cualquier medida de este tipo surtirá efectos de cadena y no podrá sino agravar, en fin de cuentas, las condiciones de vida ya desastrosas de la gran masa de los explotados. El régimen lleva a cabo una gran campaña publicitaria exaltando las riquezas naturales del país, sus capacidades y sus recursos casi ilimitados, en lo que respecta a la madera, el azúcar, la energía hidraúlica, las minas de hierro y hasta el oro (cuya producción alcanzaría, en 1985, 250 toneladas por año en lugar de las 40 actuales).

Todos estos proyectos, empero, reclaman una masa enorme de inversiones. Ahora bien, de los 20.000 millones de recaudación por la exportación, los intereses de la deuda absorben ya cerca de 13.000 millones (7.000 millones de amortización y 5.000 millones por intereses).

Las previsiones y las informaciones demográficas anuncian un futuro de lo más sombrío para una población de 200 millones en el año 2000, frente a los 120 millones hoy, con un aumento dramático de las desigualdades regionales.

En la hipótesis —muy optimista si se mira la situación mundial— de un aumento medio del 7%, el 14% de la población del Sur industrializado y el 55% de la del Norte agrario se encontrarían entonces en un estado de subalimentación. En la hipótesis inferior de una tasa de crecimiento anual del 4%, serían el 75% de la población del

Norte y el 39% del Sur quienes se enfrentarían con problemas de subsistencia elemental. Ahora bien, desde 1972 hasta 1978 el consumo anual por habitante ha caído de 78 a 63 kilos de arroz, de 27 a 21 kilos de judías, de 298 a 220 kilos de mandioca.

En tales condiciones, los gobernantes brasileños dudan de su capacidad para alcanzar los objetivos políticos y económicos anunciados a bombo y platillo: las elecciones de 1982 y los 40.000 millones de dólares de exportación para 1985. No está excluído, pues, un nuevo endurecimiento del régimen, proclamando el estado de excepción y la adopción de una política feroz de recesión. Lo que plantearía a la burguesía problemas de muy distinta envergadura que en 1964 o en 1969.

Porque una represión selectiva no bastaría para amordazar a una clase obrera ya adentrada en la via de la lucha de masas. En tales dimensiones será necesaria una represión cualitativamente superior. Por otra parte, las medidas recesionistas no afectarían únicamente a los sectores arcáicos de las pequeñas empresas, sino que alcanzarían inevitablemente a los sectores clave del capital brasileño y a las mismas empresas estatales.

La otra hipótesis, barajada en ciertos medios políticos, es la de un gobierno de Unión Nacional que cambiaría una austeridad negociada por la consolidación de un régimen parlamentario. El Partido Popular, partido de oposición sostenido por los grandes patronos, podría convertirse en el eje de tal solución, en alianza con el PMDB y con el consentimiento activo del mismo PC. La perspectiva de una revisión de la Constitución o de una *"Constituyente con Figueiredo"*, antes de las elecciones de 1982 pueden formar parte de tal proyecto.

Las dificultades de tal política son múltiples. Se deben, en primer lugar, a la gran miseria de los trabajadores brasileños, demasiado intolerable para que unas concesiones políticas formales puedan ser una virtud de apaciguamiento. En España, los pactos de austeridad llegaron después de la institucionalización. En Brasil, la miseria preexiste y es terrible. Las dificultades se deben, también a la ausencia de un movimiento obrero organizado susceptible de negociar y de encargarse él mismo de controlar las explosiones. Y se deben, en fin, a la división política y a la falta de tradición de la misma clase dominante.

La tentativa de poner en marcha tal proyecto no está excluída, sin embargo. Supondría la restauración, por lo menos parcial, de las libertades sindicales y de los mecanismos de integración en la empresa. Con unos costos salariales que no representan más que un 5% de los costos de producción, las multinacionales tendrían los medios de aplicar una política salarial que incidirá en las divisiones de la clase obrera.

Después de la Scania, la Volkswagen ha hecho la propuesta de un comité de fábrica, elegido con la mitad de representantes sindicados y la otra mitad de representantes no sindicados (y derecho al veto de la dirección sobre los elegidos). Estas proposiciones pueden hallar el apoyo de las corrientes de la burocracia amarilla "modernizada" y del PC, reagrupados en la corriente "Unidad Sindical". En fin, a pesar de las deudas del Brasil, los bancos internacionales pueden aportar su concurso político, antes que arriesgarse a perderlo todo, política y económicamente, en un enorme *crack* brasileño.

Tal tentativa implicaría una reestructuración profunda de la economía brasileña, el desarrollo del sector de bienes de producción y la ampliación del mercado interior. También implicaría una diversificación de los lazos económicos internacionales. Brasil ha iniciado ya un nuevo despliegue, con dirección al Oriente Medio, Africa y Países del Este (especialmente Polonia).

Paralelamente, Figueiredo y Videla han emprendido la marcha de una cooperación nuclear e hidroeléctrica acentuada y Brasil ha concluído acuerdos nucleares con el Chile de Pinochet. En cambio, el proyecto de un tratado militar suratlántico, con Africa del Sur, preconizado por Argentina, sigue en punto muerto, ya que Brasil no quiere comprometer sus posiciones en el continente africano. Claro que todos estos esfuerzos continuan estando amenazados por la represión y la nueva contracción de los cambios internacionales que puede resultar.

Dentro del movimiento obrero brasileño, el Partido Comunista, a pesar de estar reducido a dimensiones muy modestas, sigue siendo el defensor más consecuente de una estrategia de revolución por etapas y de alianza con la burguesía liberal, con vistas a la primera etapa de democratización y de independencia nacional en el cuadro de un estado burgués. Esta línea ha conocido ya varios fracasos históricos estrepitosos, entre ellos el último —dramático— en 1964.

La burguesía brasileña no es hoy tan débil y se halla inextricablemente ligada al ejército. Cualquier alianza con una fracción significativa de la burguesía implica la subordinación abierta de los intereses de los explotados.

En cuanto al tema de la independencia nacional, éste encuentra un eco legítimo en un país que, agobiado por la presión del imperialismo, soporta sus consecuencias onerosas. Pero los lazos entre el imperialismo y el capital brasileño son tan estrechos que la independencia no puede ser concebida sin revolución social. En la hora actual, la línea del PC se concreta en su presencia en el gran partido burgués de oposición que es el PMDB, en compañía del antiguo organismo guerrillero MR-8; también se concreta en la alianza con una fracción de la burocracia sindical contra las oposiciones clasistas (el MR-8 practica con gran celo el gansterismo sindical), y por la aceptación del proyecto de *"Constituyente de Figueiredo"*.

La aparición del PT como partido de clase y de masas, defendiendo claramente los intereses de los trabajadores, mientras que el PC se incrusta en el PMDB, ha planteado ya problemas agudos al partido estalinista, que ha conocido una escisión entre el ala moderada y su viejo líder histórico Luis Carlos Prestes (19) deseoso de afirmar más vigorosamente la vocación de clase para hacer frente a la expansión del PT.

El eje de las luchas continúa siendo la construcción de un movimiento obrero independiente del Estado y de la patronal, la conquista de las libertades democráticas, el derrocamiento de la dictadura y la defensa palmo a palmo de los intereses y las condiciones de vida de los trabajadores contra toda política de austeridad:

a) Por las libertades democráticas: restablecimiento del derecho de huelga sin restricción, legalización de los partidos políticos, amnistía total y abolición de la censura, asamblea constituyente libre y soberana, desmantelamiento del aparato represivo, de la policía política y militar, de los servicios secretos. ¡Abajo la dictadura!

b) Contra la explotación y la opresión, contra la austeridad, con las reivindicaciones de los obreros y campesinos:

•un salario mínimo único a escala nacional para los obreros y los campesinos, basado en un índice controlado por los trabajadores, dado que el sistema actual del salario mínimo diferenciado por estados y el índice oficial de precios que sirve de base para los reajustes semestrales, de hecho, comportan la baja del salario real.

•Rechazo de las horas extraordinarias, reducción de las cadencias, reducción del tiempo de trabajo sin disminución del salario y escala móvil de las horas de trabajo; estabilidad del empleo.

•Reforma Agraria radical; expropiación de las grandes empresas multinacionales y nacionales así como de los latifundios; plan económico obrero de reconversión y de producción.

•Control obrero de los precios, de la producción y de los libros de cuentas (al gobierno, que pretendía controlar los fondos de huelga de los metalúrgicos del ABC, los huelguistas le respondieron muy atinadamente reclamando la apertura de los libros de cuentas de Volkswagen, Mercedes, FIAT, General Motors, Saab-Scania, etc.).

•contra toda discriminación de los negros, los indios, las mujeres; derecho a la contracepción y al aborto.

c) Por la unidad y la independencia de clase:

•Unidad e independencia sindical, por una Central única de los trabajadores, independiente del Estado, y por reconocimiento de los derechos sindicales en las empresas.

• por un partido obrero de masas y de clase, por un partido sin patronos, por un partido de los trabajadores, por la construcción del Partido de los Trabajadores (PT).■

El Partido Comunista Francés y la Elección Presidencial

Pierre FRANK

LA situación política en Francia se encuentra ya desde ahora dominada por la elección presidencial que, por medio del sufragio universal, tendrá lugar en marzo-abril de 1981. Los partidos terminan sus preparativos (designación de los candidatos, temas de la campaña electoral, preparación del material...), la propaganda consagra a ello mucho tiempo, las reuniones y manifestaciones comienzan a multiplicarse.

Mencionaremos sucintamente la situación económica y social en la que se desarrollará esta elección. En primer lugar, el número de parados se cifra entre 1,5 y 2 millones y, sin duda, no disminuirá en el plazo que falta para la citada elección; las concentraciones de empresas se multiplican, al igual que las bancarrotas y el cierre de fábricas. La inflación, que constituía una de las primeras preocupaciones del gobierno, alcanza una tasa cercana al 15%, y el único medio de que dispone aquél para disminuirla consiste en modificar los cálculos del índice. Mientras que hasta finales de 1977 los trabajadores pudieron conservar el poder adquisitivo, éste ha disminuido desde hace más de dos años, aún cuando sea en menor proporción que en otros países europeos; por vez primera, el jefe del gobierno, Barre, acaba de declarar cínicamente que el año 1981 no verá mantenerse, sin variar, el poder adquisitivo —se refiere sin la menor duda al de aquellos que han de ganar su sustento con el trabajo.

La ofensiva patronal contra los trabajadores y sus organizaciones sindicales prosigue cada vez con mayor vigor con la ayuda del Estado: delegados obreros que habían sido elegidos en las empresas y que gozaban de cierta inmunidad contra los despidos, se ven ahora privados de ella y despedidos en gran número.

Toda una serie de libertades y de derechos, conquistados en el pasado mediante las luchas, son cercenados: ofensiva contra el derecho de huelga; utilización de fuerzas armadas para evacuar las fábricas ocupadas por huelguistas; derecho de asilo prácticamente suprimido; mayor incremento de las medidas contra los extranjeros que trabajan en Francia; agravación del Código penal; nuevas leyes para otorgar a la policía poderes exorbitantes; coger de nuevo las riendas en las universidades, etc.

En la cumbre de la sociedad, los escándalos se multiplican (*affaire* Bokassa, *affaire* de Broglie, nepotismo, especulación bursátil...). La intervención de Giscard —comprometido personalmente en algunos de estos escándalos— ha hecho que la gran prensa, salvo raras excepciones, y los otros medios de comunicación (radio, TV) guarden silencio. El régimen actual es, en el fondo, lo mismo que el de Petain, el de Vichy, aún cuando le falta la ocupación nazi.

En tal atmósfera, nada tiene de particular que los grupos numéricamente débiles de neonazis efectúen impunemente toda especie de exacciones. No ha habido solamente el mundialmente conocido atentado de la rue Copernic; se ha hablado mucho menos de las numerosas agresiones contra los árabes y no sólo por parte de algunos nazis, sino también por policías en uniforme. En algunos casos, ante la completa pasividad de las capas atrasadas de la población.

La benevolencia del gobierno a este respecto no ofrece la menor duda. Los secretarios de dos sindicatos de policías, que agrupan la mayoría de este personal, denunciaron la pertenencia a la policía de varias decenas de agentes neonazis, denuncia que tuvo lugar después de ocurrido el citado atentado de la rue Copernic. El ministro del Interior no ha encontrado mejor respuesta que porfiar sobre el número de tales agentes... y llevar a los tribunales a estos dos secretarios sindicales. ¿Y qué puede darse como más característico de la gente gubernamental que el lapsus de Barre, al día siguiente del atentado en cuestión, cuando habló de *"un atentado que iba dirigido contra los israelitas que acudían a la sinagoga y que ha recaído sobre unos franceses inocentes"*?. No es preciso ser conocedor o adepto de Freud para saber en qué medida este lapsus es revelador de los más hondos sentimientos de su autor.

El acto significativo más reciente de este gobierno es la persecución emprendida contra *Le Monde* por cinco artículos publicados en tres años, pero no como delito de prensa, sino de derecho común, lo cual puede tener como consecuencia una condena de cárcel. ¿Y esto por qué? Pues porque, ante todo, LE MONDE ha revelado algo que tiene todo el aspecto de una prevaricación, como es el haber sustraído del expediente, y sin el menor conocimiento del interesado, unos pliegos precintados. La violación de estos precintos y el poner a salvo los pliegos, de manera que el inculpado no pueda mencionarlos siquiera ante el tribunal, explica la razón. Bien es verdad que estos pliegos se referían al *affaire* Bokassa y a los diamantes que éste había regalado a Giscard.

La situación política y social y la política llevada a cabo por la actual camarilla gubernamental a este respecto, y de la que uno no puede escribir ni pronunciar los nombres sin taparse la nariz ante el hedor que despiden, a diferencia de los escándalos, suscitan inquietudes y divisiones en los círculos políticos de la burguesía. Algunos no han olvidado cómo Mayo del 68 estalló de manera inesperada.

La mayoría parlamentaria, que sostiene formalmente al gobierno, está tan dividida hoy como lo están el PS y el PC. Entre Chirac y Giscard no hay amistad perdida. Con vistas a la elección presidencial, el RPR (el partido de Chirac) ha preparado un libro en el que expone sus posiciones sobre los problemas políticos y sociales. Al presentarlo a la prensa, Méo, consejero económico de este partido, declaró: *"Una cosa cierta es que la actual política del gobierno lleva a Francia a la bancarrota y a la revolución"*. *(Le Monde,* 22 Octubre 1980).

Incluso teniendo en cuenta un cierto exceso verbal dictado por las necesidades electorales, el representante del RPR expresa una inquietud real, auténtica.

Sin la menor duda, a fuerza de tirar mucho tiempo y muy fuerte de la cuerda, ésta acaba por romperse. Pero la clase obrera que en 1977 esperaba aún poder sacudirse a Giscard electoralmente, y cuyo potencial de combatividad sigue manifestándose episódicamente, parece estar hoy reducida a una actitud defensiva de la que, por ahora, no ve la salida. Resiste lo mejor que puede a la extensión del paro y a los ataques contra su poder adquisitivo, pero lo hace nada más que en combates limitados, parciales. En la coyuntura de crisis económica, sería preciso ofrecer a la resistencia obrera una perspectiva global para transformar esta defensiva en contraofensiva. Haría falta una perspectiva política creíble (la de una huelga general para derribar a Giscard), porque no hay hoy ninguna salida efectiva sobre el plano estrictamente económico. Después de la ruptura de la Unión de la Izquierda, durante 1977-78, la clase obrera, que veía en la victoria de esta Unión una perspectiva política (por ilusoria que haya podido ser para los militantes revolucionarios), se encuentra hoy, cara a los partidos obreros tradiconales, que lo único que le ofrecen son las violentas discordias entre ellos, que se van agravando aún más a medida que se acerca la elección presidencial.

La segunda vuelta, una incógnita

Creemos necesario añadir algunas indicaciones generales acerca de las condiciones en que se presenta esta elección. La mayor parte de los votos será repartida entre cuatro candidatos: Giscard, por la UDF, Chirac, por el RPR, Mitterrand por el PS y Marchais, por el PC. Se anuncian muchas otras candidaturas, desde las de extrema derecha hasta las de extrema izquierda, pasando por las de burgueses que rompieron con su partido respectivo, la de los ecologistas, etc.

Dado que el gobierno ha hecho votar una ley que exige a cada candidatura el ser apoyado por 500 diputados, senadores, consejeros generales o alcaldes; en lugar de 100 como anteriormente, y que estas firmas habrán de figurar en el Diario Oficial (Boletín del Estado), y que los prefectos no dejan de ejercer sus presiones, habrá que esperar hasta las semanas que precedan la elección para saber qué candidatos habrán podido salvar los obstáculos creados por el gobierno.

Los sondeos hechos por agencias que muy a menudo están al servicio de los grandes grupos capitalistas dan como ganador a Giscard por escasa ventaja. De hecho, como en el pasado, el resultado final dependerá del desplazamiento hacía la derecha o hacía la izquierda de trescientos mil a quinientos mil votos. Sin duda, la división obrera favorece a Giscard y perjudica tanto al candidato socialista como al comunista. A pesar de lo cual no puede decirse que Giscard tenga ya el resultado en el bolsillo. En los próximos seis meses aproximadamente, pueden ocurrir muchas cosas tanto en el plano económico como, sobre todo, en el plano social.

Y también pueden intervenir otros factores. Con relación a Giscard existen, en efecto, creciente malestar y, también, un cierto asco por sus escándalos y su actitud despreciativa; malestar que afecta a amplias capas burguesas y pequeño-burguesas. Estos sentimientos podrán manifestarse con mayor o menor amplitud en la segunda vuelta, al igual que las consecuencias de la división obrera. Todos los votos comunistas -como lo veremos después- no serán esta vez casi automáticamente para el candidato socialista, pero todos los votos de Chirac y de otros candidatos burgueses no serán automáticamente tampoco para Giscard en la segunda vuelta, por diversas razones.

Algunos gaullistas temen, no sin razón, que un segundo septenio de Giscard signifique la muerte de la formación gaullista. Numerosos electos de ésta buscan, por eso, su sosten en aquel que tiene a su disposición sinecuras y prebendas del Estado y que ha demostrado saber servirse de ellas. Otros están dispuestos a jugar la peor baza, es decir, hacer elegir o dejar elegir a Mitterrad, pensando (algunos lo dicen incluso públicamente) que éste no hará sino aumentar el desorden actual y que, como ya ocurrió en el pasado con gobiernos de izquierdas, al cabo de dos o tres años de tales gobiernos, entonces serán llamados y constituirán el "recurso" -es su expresión-, es decir, los que pondrán la casa en orden.

Así, pues, la gran incógnita de la próxima eleccción son los votos añadidos en la segunda vuelta. De donde se desprende que los candidatos y sus partidos no piensan solamente en cómo obtener el máximo de votos en la primera vuelta sino, también, durante su campaña, en facilitar en la medida de lo posible, el desliz favorable a los electores para la vuelta siguiente. Como veremos después, no es solamente el PC quien se erige contra todos.

La división de los partidos obreros

La suerte de Giscard estaría echada muy probablemente en contra suya, sino hubiera obrado en su favor la política ejercida por los dos grandes partidos que se reclaman del socialismo. En 1978, durante los meses que siguieron a la ruptura de la Unión de la Izquierda, los electores socialistas y comunistas mostraron bastante indiferencia electoral ante esta ruptura y votaron al candidato que obtuvo mejor resultado en la primera vuelta. Hoy no es igual: independientemente de las consignas de voto que puedan lanzar estos partidos, se ha podido observar en las elecciones parciales recientes una sensible pérdida de votos en la segunda vuelta, tanto de votos comunistas para el candidato socialista, como de votos socialistas para el candidato comunista.

¿Cómo se presenta en la actualidad el enfrentamiento en estos dos partidos? Respecto al PS ye hemos señalado la lucha entablada en su seno por Rocard contra Mitterrand para ser el candidato del partido. Tal y como lo creímos desde el primer momento, finalmente es Mitterrand el candidato. Dejemos de lado las sagaces maniobras que han permitido a éste último bloquear a su rival, quien, a causa de su ambición, ha actuado de manera precipitada y, a veces, cómica (1).

Políticamente, Rocard creía presentar un programa tecnocrático susceptible de ganar votos a la derecha; Mitterrand creía seguir siendo fiel a su perspectiva del Congreso de Epinay, es decir, a saber desarrollar su influencia en primer lugar a la izquierda, incluso a costa del PC, para forzar a éste a volver a una política de alianza de facto con el PS inclinándose ante la relación de fuerzas así creada. La conducta de Mitterrand le estaba dictada, por un lado, por el fracaso de la política de alianza con los centristas, seguida por Guy Mollet durante la IV República, y que casi costó la vida al Partido y, por otro lado, por los acontecimientos de Mayo de 1968, aquella huelga general que hubiera podido derribar al régimen capitalista.

Desde un punto de vista reformista con relación al capitalismo, Mitterrand ha comprendido que la burguesía francesa tenía necesidad, al igual que en Gran Bretaña y en Alemania, de un partido socialista fuerte , dado que el PC, a pesar de ser reformista, no presenta garantías suficientes para contener un potente movimiento de masas. Comprendió también que un partido socialista fuerte había de acercarse al PC con objeto de remontar la corriente para reequilibrar la relación de fuerzas y, después, dominar a este partido. El cambio de política de la dirección del PC no ha cambiado la perspectiva de Mitterrand, excepto en querer mantenerse todavía más cerca del PC en política interior y seguir manifestándose en pro de la Unión de la zquierda.

También ha comprendido que la política preconizada por Rocard haría muy bien el juego a la dirección del PC y no dejaría de provocar tarde o temprano una escisión en el mismo PS. Nada de extraño tiene, pues, que Mitterrand se haya dirigido ya a los electores comunistas —y se dirigirá con mayor tesón aún— para pedirles que no sigan una política de la dirección del PC que él tilda de "insensata". Ha mantenido su posición de Epinay consistente en invertir la relación de fuerzas en el plano electoral respecto al PC. ¿Conseguirá llevarlo a un plano más elevado y, sobre todo, logrará hacerlo en el seno de la misma clase obrera, en particular en el plano sindical, que es lo más importante para el caso? Sólo las circunstancias futuras darán la respuesta.

La política reformista hipersectaria del PC

El PC lleva a cabo hoy una política con relación al PS totalmente opuesta a la que había buscado y, después, practicado durante unos veinte años. En aquellos tiempos, abandonó la dictadura del proletariado, que ya hacia mucho que no era más que una vieja reliquia, y se pronunció en pro del desarrollo de la energía nuclear y de las armas atómicas. No ha rectificado nada de esto y se hunde cada vez más en un nacionalismo que alcanza actualmente la exigencia de suprimir absolutamente la emigración, no sólo en los ayuntamientos comunistas en el momento en que en las capas más atrasadas de la población se refuerzan las corrientes racistas, xenófobas, antisemitas. Defiende a grito pelado toda clase de reivindicaciones de cualquier categoría debido a la ausencia de un programa general y de una perspectiva por poco creíble que fuera, lo cual da a su actividad un aspecto demagógico de caza de descontentos, sin la menor tentativa de educación

política. Después de que el PC se hubo mantenido durante meses enteros sin gran actividad. Marchais se lanza en una sucesión desordenada de mitines y se pone a la cabeza de manifestaciones —que no surten el menor efecto en el terreno de la lucha de clases—, con el único objetivo de ganar sufragios.

En los meses que siguieron a la ruptura de la Unión de la Izquierda, parecía que el PC ponía ciertos límites a su política contra el PS. Es como si no quisiera extenderla a los ayuntamientos de la Unión de la Izquierda , lo que ahora ya está ampliamente olvidado, por una y otra parte por lo demás. Todavía peor: a comienzos de 1978, el Congreso de la CGT se diferenciaba un tanto de la política antiunitaria del PC y se pronunciaba por una mayor libertad de expresión en el seno de esta central sindical.

Durante cierto tiempo, la dirección el PC se conformó lanzándose en una pugna por ver quién intervendría antes, el PC o la CGT, en las empresas, particularmente durante las huelgas. Actualmente, la CGT ha sido arrastrada a la senda antiunitaria del PC. El pacto entre la CGT y la CFDT establecido hace ya varios años está ahora roto en la dirección y, desgraciadamente, con frecuencia también en la base. La dirección de la CFDT ha contribuido considerablemente al pronunciarse por un "recentrismo", es decir, por posiciones reformistas muy acentuadas. La dirección Maire (CFDT) se halla muy próxima a las posiciones defendidas por Rocard en el PS.

Ahora la dirección del PC camina en la senda de dar un mal paso en el terreno sindical. Desde que la campaña electoral ha comenzado, se manifiestan ciertos manejos en el sentido de asociar de modo apropiado a la CGT con la candidatura Marchais, burlándose deliberadamente de los trabajadores socialistas que se adhieren a ella. Este asunto no está definitivamente zanjado, pues la decisión será adoptada probablemente antes de fin de año. Si la CGT se asocia a la campaña electoral del PC, puede dudarse de que le proporcione un gran número de votos; sino al contrario, se verá después ciertamente muy debilitada.

En la Conferencia nacional del Partido Comunista, que aceptó la candidatura de Marchais, fue claramente reconocido el objetivo: *"Reforzar el partido"*, volver a encontrar por todos los medios una relación de fuerzas favorable con respecto al PS: *"El desequilibrio de la izquierda a favor del Partido Socialista, la fuerza insuficiente del Partido Comunista, han engendrado la división y la derrota"*, declaró Fiterman en su informe en esta Conferencia nacional. Y añadió: *"La primera vuelta será decisiva, las uerzas reunidas en torno al candidato comunista, los votos reunidos en su nombre, tal será la clave del cambio"*.

En ningún momento la dirección del PC se plantea el poner en tela de juicio su política. Más aún, si los trabajadores no le siguen, será peor para ellos, por culpa de ellos. *"Nosotros les decimos claramente a los trabajadores: hasta ahora no han dado a nuestro partido bastante fuerza para que logre un lugar adecuado, su lugar, para que pese con un peso suficiente en favor suyo, en favor del cambio"*. (Fiterman, informe en la Conferencia nacional, HUMANITE del 13 de octubre 1980). *Si el Partido Comunista no aumenta su fuerza y su influencia; si no logra el puesto que le corresponde, la clase obrera, los trabajadores, el pueblo, no conocerán más que la prosecución de las dificultades y las desilusiones"*. (Marchais, discurso en la Conferencia nacional, *L'Humanité,* 13 Octubre 1980.)

Dicho en otros términos: trabajadores, vosotros realizasteis la huelga general de Mayo 1968 y numerosas luchas después, pero todo esto no vale lo que una gran cantidad de sufragios. Si no nos concedeis más, vosotros tendréis la culpa de las desilusiones y las derrotas que os esperan. Sí, la culpa será vuestra y no de nuestra política. Resulta difícil imaginar un lenguaje más vulgarmente electorero y más escandaloso.

La primera vuelta será decisiva, dice la dirección del PC. Tal es su argucia para escamotear la respuesta a los problemas que se plantearán para la segunda vuelta. La segunda vuelta, es un falso problema, dice Fiterman. El equívoco sobre este punto es intencionado. La dirección del PC no quiere decir abiertamente que ella no lanzará un llamamiento para votar por el candidato socialista en la segunda vuelta. Quiere reservarse una posibilidad de desistirse en el último momento si ello le puede dar algo a cambio. Pero cuando se declara **urbi et orbi** que el PS en el poder no haría otra política que la de Giscard; cuando se lucha por *"la unidad de la clase obrera"* solamente detrás del PC y contra el PS, es evidente que se trata de convencer a los trabajadores de que Mitterrand y Giscard es tanto como decir que olivo y aceituna es todo uno, es decir, lo mismo, y, en el fondo, tanto como señalar una preferencia por la reelección de Giscard, lo que salta a la vista de quien tenga los ojos abiertos.

En una entrevista publicada e: *Le Monde*, el presidente del grupo parlamentario comunista, Ballanger, ha declarado que él no votará en la segunda vuelta por un candidato socialista atlantista —como si pudiera existir la más pequeña duda sobre la posición de Mitterrand a este respecto.

En efecto, cuando fue firmado el pacto de la Unión de la Izquierda, en 1972, la dirección del PC aceptó una fórmula de compromiso que implicaba la aceptación del Pacto del Atlántico. La dirección del PC que, durante cierto tiempo, se había distanciado con muchas precauciones con respecto a la URSS, ha vuelto a un alineamiento casi total hacia el Kremlin. No ha reconocido los sindicatos polacos *Solidarnosc* hasta que lo hiciera la dirección del PC polaco y, aún hoy, no publica nada más que lo que aparece en la prensa oficial de Polonia. También ha puesto en sordina la represión de los no conformistas en la Unión Soviética.

Inmediatamente después de la Conferencia nacional que aprobó la candidatura de Marchais, éste declaró en la televisión que el desistir en la segunda vuelta, en nombre de la *"disciplina republicana"*, era una *"fórmula caduca"*. La cuestión de la segunda vuelta tiende a polarizar las discusiones.

Para nosotros no es en sí la cuestión de las cuestiones, dado que una elección no puede cambiar un régimen social. Pero tras ella se plantea una cuestión fundamental para el movimiento obrero francés: la unidad de acción de la clase obrera que, en las condiciones presentes, debe constituirse ante todo por el frente único del PC y del PS. Frente a la división política de la clase obrera, que es un hecho objetivo, no hay estrategia válida para la lucha por el poder si no tiende a realizar la unidad de acción de la clase. La táctica electoral debe necesariamente ser el resultado de tal estrategia. En la forma de escrutinio que rige en Francia, esto es, con primera y segunda vuelta, la táctica debe permitir a cada partido obrero el contar sobre su programa en la primera vuelta, y en la segunda (2) hacer una voto de clase con el candidato obrero mejor situado, con el fin de ayudar así a los trabajadores a realizar la experiencia de este partido en el gobierno, en la medida de lo posible, claro.

No se trata de *"disciplina republicana"*, que no es una *"fórmula caduca"*, sino que ha sido siempre una fórmula falsa desde el punto de vista de clase, debido a que tiene su origen en los partidos burgueses de izquierda cuando, antaño, éstos se oponían a las primeras candidaturas obreras propiamente dichas. También fue utilizada ulteriormente por los reformistas de todos los colores para cubrir una alianza con la burguesía de izquierdas.

Los militantes revolucionarios oponían la fórmula *"clase contra clase"* (pero no en el sentido que los estalinianos le dieron durante el "tercer período"), para hacer de la segunda vuelta una manifestación unitaria de los trabajadores contra la burguesía. Desistir en la segunda vuelta no significa en modo alguno un voto en pro del programa del candidato por el que se desiste, ni puede, tampoco, ser condicionado a un acuerdo programático cualquiera (3); léase *La enfermedad infantil,* donde Lenin aconseja a los trabajadores británicos que voten por el Partido Laborista.

La actual táctica del PC hacia el PS en las elecciones no puede surtir más efecto que castigar a los trabajadores que voten por el PS, tal y como, en sustancia, se expresa en los términos de Marchais y Fiterman: "no habéis dado bastantes votos al PC y vosotros sufriréis las consecuencias". Por otra

parte, también estimula entre los socialistas las tendencias a ejercer represalias contra los comunistas. Los únicos que salen ganando con ello son los burgueses.

La dirección del PC no ignora que tal táctica electoral levanta oposiciones y no sólo en la clase en general sino, también, entre los miembros del partido, incluso entre los cuadros y el aparato. Asimismo, en la Conferencia nacional, además de las intervenciones para uso de los propagandistas del partido, pudieron oirse algunas intervenciones un poco más elaboradas, destinadas a aquellos miembros a quienes esta táctica inquieta.

Pudo oirse, en primer término, a Fiterman cómo criticaba a aquéllos que quieren ser fieles a *"viejas recetas"*: *"Hemos decidido en nuestro XXIII Congreso no volver a seguir por las sendas que conducen a las viejas costumbres y abandonar las viejas recetas que tuvieron su valor pero que lo han perdido dado que la situación ha cambiado. Nosotros dejamos eso a los dogmáticos, a los machacones que balan, incapaces de la menor imaginación creadora y de audacia combativa. Van con retraso de una guerra o de varias y, además, tienen el gusto de la derrota. Nosotros, no"* (Fiterman, *L'Humanité*, 31 Octubre 1980).

No perdamos tiempo de buscar la imaginación creadora de los Marchais y compañía. Francette Lazard, miembro del buró político, se pronuncia en pro de *"respuestas nuevas"*, aunque dejando entender que las masas tal vez no las comprendan: *"Esta situación requiere respuestas nuevas, sin modelo; sin que puedan repetirse ni tampoco adaptarse ni modernización aquellas fórmulas que fueron positivas en su tiempo (...) No somos lo bastante fuertes para tener la seguridad de que las posibilidades de cambio que están abiertas sean comprendidas y bien comprendidas por el movimiento popular..."*

Malberg, miembro del CC, que ha reemplazado a Fiszbin en el puesto de secretario de la Federación de París, también está por una *"respuesta nueva"*, al invocar las experiencias anteriores con el PS: *"Se nos conmina,* dice Malberg, *a que reanudemos la Unión de la Izquierda. Pero entonces,* añade, *se hace el punto muerto acerca de la realidad del PS"*. Y estima que *"responder a estas conminaciones sería ir en contra del cambio anhelado"*, que lo que hoy hace falta es *"dar una respuesta nueva"* al problema de la Unión. El orador recuerda cómo los socialistas rompieron la unidad por tres veces: *"En la época del Frente popular, en la Liberación y en 1977... Votar por el candidato comunista es diez veces, cien veces más eficaz que llorar por la Unión desaparecida..."*

Señalemos que son los acuerdos establecidos con el PS los que son condenados en todos los casos, pero no el programa sobre el cual se establecieron tales acuerdos ni la inclusión en éstos de los partidos burgueses, es decir, la colaboración de clase sobre el mismo programa. Así, pues, la colaboración de clase no es condenada ni en el pasado ni en el futuro.

Nada tiene de sorprendente que esta acentuación de la política antiunitaria hacia el PS haya puesto en movimiento, una vez más, a las oposiciones que se hubieron manifestado en diversas ocasiones después del segundo semestre de 1977 y que no habían sido suprimidas a pesar de algunas sonrisas a los intelectuales. Estas oposiciones son dispares.

Mientras que un Ellenstein se comporta desde hace algunos meses como si deseara ser excluído del partido —lo que prácticamente acaba de ser decidido (4)—, los otros repiten sus críticas, sobre todo con respecto al régimen del partido. El anterior secretariado de la Federación de Paris, Fiszbin, había pedido que le dejaran presentar su punto de vista a la Conferencia nacional, lo cual le fue denegado. Es un artículo publicado en *Le Monde* del 11 de Octubre, éste escribía: *"George Marchais ha afirmado que Mitterrand electo haría la misma política que Giscard d'Estaing. Tal análisis manifiesta un abandono puro y simple de la política unitaria del partido"*.

También señala que los oposicionistas son invitados a abandonar el partido.

"Los que desde lados diversos expresan su negativa a aceptar silenciosamente el actual estado de cosas son apremiados para que comprendan, en fin, que no hay nada que hacer y se les ruega que dejen el partido. Una invitación del mismo género ha sido escrita por la pluma del secretario general: Las puertas del partido están abiertas en los dos sentidos".

Fiszbin, que a continuación fue excluído del buró de la Federación de París por votación del Comité Federal —77 votos contra 12—, ha anunciado que en las condiciones no democráticas en las que ha sido adoptada la decisión de la Conferencia nacional, no se creía obligado a tomar parte en la campaña electoral. Esta declaración ha recibido el apoyo de varios concejales de la población parisiense.

También se dice que el PC de La Martinica, un partido independiente del PCF, que hasta ahora llamaba a los habitantes de la isla, que son formalmente ciudadanos franceses, a que votasen por el candidato del PCF, ha resuelto preconizar la abstención. Ignoramos aún los móviles de esta decisión, que todavía puede cambiar. Probablemente no están en relación directa con las relaciones PC-PS, pero esta decisión muestra un debilitamiento de la influencia del PCF sobre el partido martiniqueño.

En cuanto a los colectivos de "unión de las luchas", que integran miembros del PC, del PS, de la CGT, de la CFDT, han adoptado desde ahora una posición a favor del desistimiento en la segunda vuelta, por el candidato obrero de mayor votación en la primera.

¿Qué es lo que predominará entre una campaña, cuyos preparativos y primeros pasos denotan un ritmo frenético y que intentará captar a los descontentos sin tener en cuenta lo que éstos quieren, y las resistencias a la política antiunitaria y al candidato del PC incluso en el mismo partido —lo que nunca se había visto—. Eso no podrá saberse antes de la noche del escrutinio. Incluso en el caso —a nuestro parecer dudoso— de cierto éxito con relación al resultado obtenido por el PS, la actual política del PC —una gimnasia verbal sin perspectivas, y de agitación y manifestaciones altisonantes— no surtirá otros efectos reales más que el agotamiento y el desánimo de numerosos militantes. Como esta política no pasa de ser una caricatura de la del "tercer periodo", tampoco puede surtir mejores efectos que aquélla.

Por fortuna, la situación es objetivamente distinta por completo a la de entonces. No existe un ascenso fascista potente. El paro no ha roto la energía de la clase obrera. Aún siendo todavía débil y mal unida, existe una extrema izquierda surgida de Mayo del 68 que podrá desempeñar un papel eminente, incluso tal vez decisivo, en las grandes crisis que se avecinan, dado que la elección presidencial no pasará de ser más que un momento breve de la política francesa, sin la menor modificación profunda en la situación económica y social del país.

Por el contrario, acarreará inevitablemente tensiones y crisis políticas de las que no quedará excluída ninguna formación, principalmente las de la clase obrera. La dirección del PC tal vez especula con una escisión del PS en el caso de que el candidato de este partido sufriera un nuevo fracaso. Es hacerse ilusiones el creer que un relativo éxito electoral podría hacerle recobrar solidez por un largo plazo.

El descontento en aumento del país habrá de buscarse una salida contra el régimen, cuya podredumbre es bien patente y el cual no busca la solución nada más que en detrimento de la clase obrera y en el aumento de las fuerzas de represión. Que los partidos obreros tradicionales sigan desunidos como ahora o que —hipótesis poco probable— vuelvan a encontrarse unidos sobre un programa reformista, como en tiempos de la Unión de la Izquierda, el cambio deseado por la aplastante mayoría de las masas trabajadoras se producirá de otro modo. Este cambio se hará mediante la intervención de las masas en una lucha generalizada dirigida contra el poder capitalista. ■

